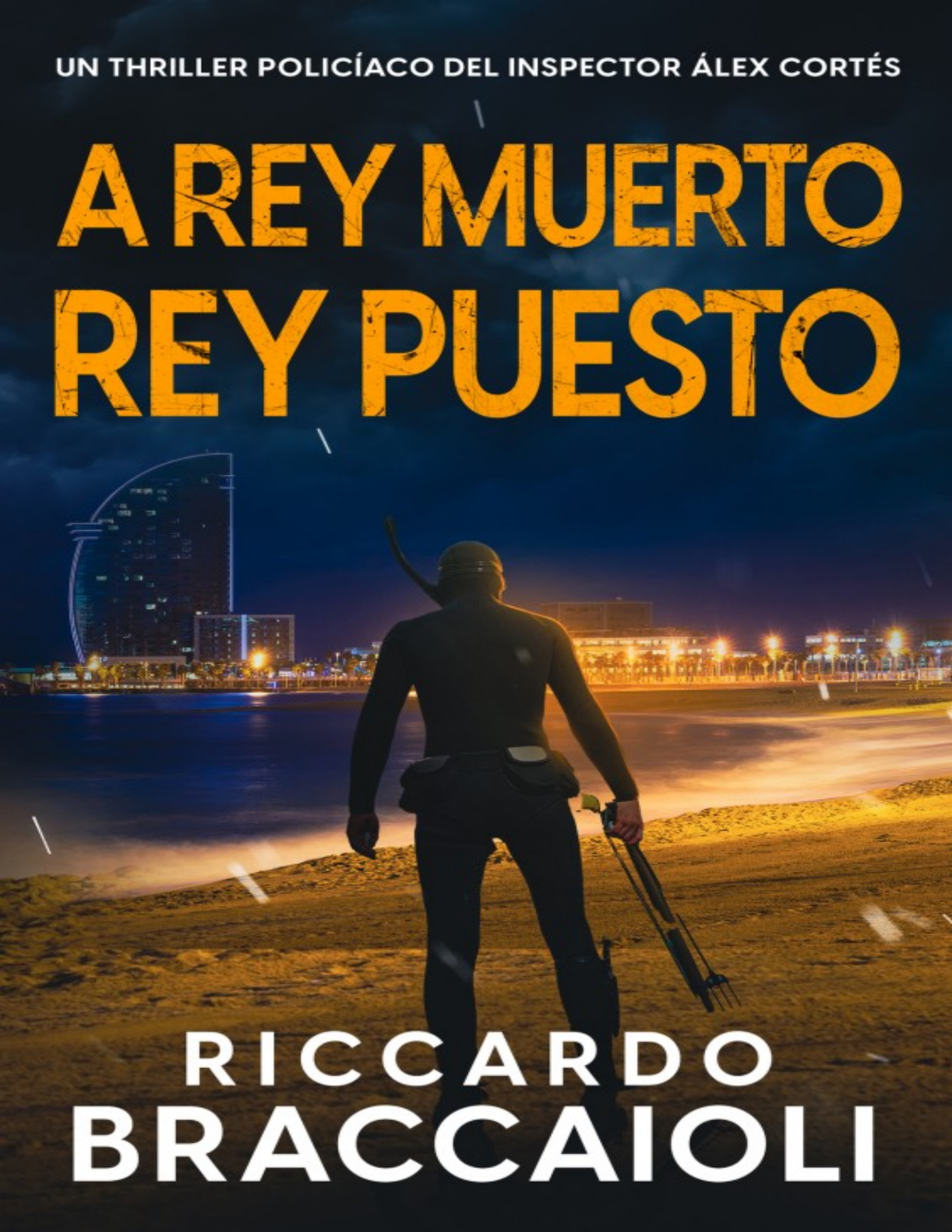
UN THRILLER POLICÍACO DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

A REY MUERTO REY PUESTO



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

A Rey Muerto, Rey Puesto

Un thriller del inspector Álex Cortés

First published by BRALTON BOOKS 2025

Copyright © 2025 by Riccardo Braccaioli

© Riccardo Braccaioli 2025

Este libro es una publicación independiente y está prohibido copiarlo, reproducirlo, transmitirlo o adaptarlo por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia.

Depósito legal: 2501240717287

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



A mi amigo Franky, gracias a ti surgió la idea de esta novela.

“Todo el mundo tiene un plan hasta que le golpean en la boca”.

Mike Tyson, a un reportero antes de su pelea ante Evander Holyfield.

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.
He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

Antes de **A Rey Muerto, Rey Puesto**, hubo



Conoce la historia de lo que realmente ocurrió en la **primera investigación**

del inspector Alex Cortés en Barcelona.

Una **PRECUELA EXCLUSIVA**, ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Álex Cortés!

¡ÚNETE AQUÍ!

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés
El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta
La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

Serie Gildo Falcone
Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos

Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie El Forense
El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey



“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

PRÓLOGO (viene del libro anterior)

La mujer colocó bien la cámara para grabar.

La casa de diseño que había elegido la había alquilado por unas semanas. Para un plan maquiavélico que había estudiado con Néstor Luna en persona.

Había mucha luz en la estancia. A través de las ventanas cubiertas con cortinas, entraba una gran cantidad de luz natural.

Encima de la mesa principal, un ramo de flores variadas aromatizaba el ambiente.

Néstor se quedó un buen rato oliendo las flores antes de sentarse donde le indicó la periodista.

Esta encuadró al hombre y él se quitó algún pelo del jersey negro.

Tosió un par de veces y se quedó observando a la preciosa mujer de color.

Esperó a que se sentara y, con aire remolón, levantó una ceja.

—Está más atractiva de lo que recordaba, periodista.

—Ha pasado mucha agua debajo de los puentes desde su llamada aquella noche anunciándome la mujer que ahogó.

—Pues sí, Emily, se ha vertido mucha sangre, la verdad.

—Bien, ¿comenzamos? —dijo la periodista del *Daily Sentinel*.

—Espere, no me ha dicho por qué ha aceptado.

—Por la información, porque pasaré a la historia siendo la primera persona que habrá realizado una entrevista a un fugitivo.

—Un fugitivo al que ha ayudado a escapar.

—Bueno, primero deberán probarlo. Y segundo, mi país, Gran Bretaña, debería aceptar una extradición muy dudosa —dijo, y negó con una mueca contrariada—. Imposible.

Néstor se encogió de hombros.

—Bueno, de todas formas, gracias por ayudarme.

—Esto no va de gracias, Néstor. Esto va de exclusivas. Yo le he ayudado y usted me da lo que anhelaba. Como el día del parque de la Ciudadela. Lo mismo.

—Claro, Emily. Nada personal, solo *business*.

—Le ha copiado la frase a *Forbes*.

Néstor se volvió a encoger de hombros.

—¿Arrancamos?

—Dele —confirmó Néstor mientras lanzaba un beso al aire para Clara, que estaba detrás de la cámara.

—La primera pregunta para Néstor Luna es la siguiente, ¿cómo se está en la prisión de Quatre Camins?

El hombre delante de la cámara arqueó la boca y asintió.

—La verdad que muy bien. Quisiera primero saludar a Roberto, que me ayudó a salir de la cárcel, y al alcaide, que es muy buena persona.

—¿El alcaide lo ha tratado bien?

—Sí —dijo con un ademán—. Si es que es un bonachón, al final, con que le lleves una caja de donuts, te deja hacer lo que quieras.

—No es una buena publicidad para ellos.

—Lo sé, pero es lo que han hecho.

—¿Qué han hecho?

—¿No me ve? Dejarme salir.

—Podemos decir que ya es la segunda vez, el segundo intento y el segundo logro de escapar que ha conseguido, ¿verdad?

—Soy mucho más inteligente que toda esa masa de burócratas y policías que me encarcelaron y que me persiguen.

Emily sonrió y dio un vistazo a su carpeta, que sujetaba encima de los pantalones de piel apretados. Basculaba la pierna y el zapato de alguna marca cara comprado en Harrods o en el barrio de Mayfair. No demostraba nerviosismo hacia Néstor, sino por conseguir que la entrevista fuera un hito sensacional.

—Señor Néstor Luna, ¿es verdad que se casa?

—Me voy a casar con la mujer más estupenda de la faz de la Tierra —dijo, y lanzó otro beso al aire.

—¿Cómo se conocieron?

—Pues era una admiradora, se atrevió a venir a ver a este pedazo de hombre y aquí estamos.

—De ser libre, se ha convertido en otra fugitiva.

—Bueno, somos libres y estamos enamorados, eso es lo más importante.

—¿Es verdad que también conoció a Nicolás Alcázar, alias el Asesino de las Maletas, también de una manera epistolar?

Néstor se lo pensó por un instante.

—No sé de quién me habla.

—¿Me confirma que no conoce a Nicolás Alcázar? ¿De veras?

El negó.

—No sé quién es —confirmó.

—¿Cómo que no sabes quién es? Es tu discípulo, ¿verdad, Néstor? —insinuó una voz masculina desde atrás.

Todos se giraron.

Álex Cortés estaba de pie apuntando con la pistola a todos.

—Menudo nido de víboras. Emily, la ayudante escapista. Clara, la futura mujer que se acaba de convertir en la próxima detenida de la cárcel femenina, y el mismísimo Néstor Luna, el Asesino del Criptograma, alias el nuevo Harry Houdini. La familia al completo.

—Vaya, vaya, es verdad, Álex, solo faltabas tú.

—Sí, faltaba yo, y os he encontrado. Y ahora os llevaré a la cárcel de nuevo, pero a los tres.

—Lo siento, pero no creo que sea tan fácil, querido amigo —afirmó Néstor con un tono de voz seco y confiado.

—Yo sí que te lo aseguro.

Néstor miró el reloj.

—Por cierto, ¿cómo está tu hermana? Me han dicho que ha tenido una noche movidita con Nicolás… —dijo, y se tapó la boca con una expresión de picardía.

Álex alargó la pistola y accionó el martillo con unas tremendas ganas de disparar.

Sus fuerzas de policía estaban sucumbiendo a las de hermano. Quería hacerle pagar todo el daño que había hecho a su hermana, a su familia, a la ciudad de Barcelona.

—Está bien, no tenemos mucho tiempo —dijo Néstor—. Clara, sabes qué hacer.

Álex arrugó el ceño y, mientras giraba la vista, vio cómo la futura mujer de Néstor sacaba una pistola de su bolso.

No tuvo tiempo de moverse, ella apretó el gatillo enseguida.

La bala cruzó la estancia y entró directa en el cuerpo de Álex.

Este arrugó el ceño.

Dio un paso hacia atrás para compensar el golpe.

Sintió frío de repente. Bajó la mirada y comprobó que la sangre salía de su pecho.

Era verdad, le habían disparado.

La primera vez en el momento menos oportuno.

Parpadeó un par de veces y las personas que seguían hablando dejó de escucharlas.

El frío se intensificó.

Apoyó la mano en el orificio, manchándose del propio líquido rojo.

Cayó de rodillas al suelo.

Néstor desapareció de su plano visual.

Luego, ya sin control sobre su propio cuerpo, cayó de morros sobre una alfombra.

Sus ojos se cerraron y solo quedó oscuridad.

Todo se perdió y todo dejó de existir.

El frío se convirtió en paz.

Y la paz, en serenidad.

El dolor desapareció y entonces, justo en ese momento, dejó de recordar.

01

Barcelona, Hotel Rex.

Viernes por la noche.

Sujetaba el cuchillo con fuerza.

Lo guardaba dentro de la cinturilla del pantalón, invisible a la vista. El hombre podría haberlo llevado directamente en la mano y nadie se hubiera dado cuenta. Ninguno de los invitados a esa enésima fiesta que organizaba el anfitrión estaba pendiente de lo que ese individuo pudiera llevar, vestir o hacer, pero, aun así, procuró quedar fuera de la vista y pasar desapercibido.

Justo en ese momento, entraron los camareros del hotel con botellas de *champagne* formato extragrande, levantándolas por encima de sus cabezas, haciendo que las chispas de las bengalas incrustadas iluminaran aún más la noche.

Chicas con vestidos negros y escotados lucían sus cuerpos al bailar. Hombres con trajes caros y camisas medio abiertas mostraban sus torsos con la esperanza de que alguna mujer se fijase en ellos.

La música llegaba de un lado de la *suite* presidencial del Hotel Rex. Ubicado en la playa y con una forma arquitectónica en forma de corona estilizada, era el hotel más exclusivo y caro de la ciudad. El anfitrión era un «cliente» habitual. Siempre la misma habitación, siempre la misma bacanal, siempre el mismo resultado. Un fin de semana de drogas, excesos y orgías. El lunes por la mañana, la habitación estaba hecha un desastre. Era habitual que no entrase primero la brigada de limpieza, sino la de mantenimiento, para reparar los desperfectos.

Ese viernes, sin embargo, era una fiesta especial. El anfitrión celebraba una nueva victoria. Su bufete de abogados, el más importante de la ciudad, había

ganado un juicio.

El hombre del cuchillo se detuvo a un lado observando la escena. Le producía arcadas ese mercado deplorable de la carne. El carísimo *champagne* comenzaba a ser vertido en las copas de los invitados. Detrás, llegaron mujeres con bandejas de plata que portaban sutiles líneas de polvo blanco. Cuando encontraban a un invitado que quería aprovechar la cortesía del anfitrión, las chicas, solo vestidas con la parte inferior del bikini, acercaban un cilindro y dejaban que consumieran las rayas de cocaína. Si se acababa la mercancía, regresaban a un apartado de la habitación para recargar, como si fuera un *catering* de croquetas o canapés de caviar.

La música subía de volumen por momentos. El hombre del cuchillo, perplejo por el espectáculo que estaba viendo, solo podía confirmar que los rumores sobre esas fiestas extremas que recorrían Barcelona eran verdad.

Los invitados, ya casi borrachos y colocados a primera hora de la noche, bailaban o, mejor dicho, movían sus cuerpos de forma desacompasada bajo los varios efectos de las sustancias que habían consumido, delante de ventanales que iban del techo hasta el suelo. A través del cristal, se veía cómo las luces de las farolas se fundían con la costa y desaparecían dejando paso primero al puerto, luego, al mar.

Distraído por las vistas y por el circo montado, regresó al presente, al ahora, a su misión.

Afinó los ojos, se sintió superior a esa depravación colectiva. Había ido allí para llevar a cabo lo que había estado planificando durante mucho tiempo.

Identificó a su objetivo entre la gente, entre los invitados que lo aclamaban como a una *superstar*. El anfitrión, el abogado, el joven Rey del Foro, apareció y entró en el radar del hombre.

Se movía desenfadado, saludando a la gente y mirándola como si le estuviera perdonando la vida. Todos lo aclamaban como si fuera un dios, un hombre todopoderoso. Para eso había ido, para destronarlo, para ridiculizarlo.

Conocía muy bien sus costumbres. Era un hombre que seguía el método milenario de los sastres: mil medidas y un solo corte.

Lo había medido y estudiado suficiente como para saber que no tardaría en elegir a la primera «víctima» de la noche. La diversidad en esa fiesta era tan amplia que se postergó la elección de la primera «afortunada» hasta que

apareció. Un beso, otro beso, unas palabras en la oreja y la decepción de las otras mujeres a su alrededor.

La sonrisa blanquísima de la chica lució una dentadura cuidada, perfecta, seguramente arreglada para las mejores ocasiones, para ella, como esa.

Del mismo modo, un cuerpo escultural. Tonificado y ardiente. Un vestido negro, ceñidísimo, marcaba sus curvas y unas tetas retocadas por algún cirujano plástico.

Su mano seguía a la del anfitrión, que se la llevaba a su cueva, al dormitorio de la *suite* presidencial. El núcleo de la movida.

Pasaron por delante del hombre que analizaba la escena y se cerró la puerta en un pequeño pasillito, oscuro, discreto.

El hombre del cuchillo miró el reloj: las veintitrés y cuarenta y dos minutos.

Su plan iba con retraso; el anfitrión había tardado en elegir a la primera de la larga lista que caería antes de que se acabara el fin de semana.

Sentir la fría hoja del cuchillo le daba seguridad. Había estado horas afilándolo como hace un samurái con su sable.

Sonrió porque su idea era reducir drásticamente la lista a solo esa chica. Para esa noche y para siempre.

Dejó pasar unos minutos de cortesía y dio el último sorbo al vaso con agua que parecía un cóctel de vodka.

Se acercó al pasillo con sigilo y entró en él convirtiéndose en sombra, desapareciendo en la oscuridad de ese espacio. Se colocó un pasamontañas y bajó la maneta de la puerta.

Se coló sin que ninguno de los dos ni siquiera se diera cuenta.

El anfitrión estaba en una situación depravada.

Subió la intensidad de la venganza en sus adentros. Agarró el cuchillo y lo sacó de entre la ropa. La música de la fiesta que se colaba por los conductos del aire acondicionado impidió que se escucharan los ligeros pasos del hombre.

El anfitrión, en un éxtasis impulsado por el placer carnal y las drogas que galopaban por sus venas, se encontraba con los pantalones bajados mientras la mujer le daba placer oral con extremo énfasis. Una mano de la chica se sujetaba al hombre mientras la otra se colaba por el vestido, en la parte inferior, dándose placer a sí misma.

Mientras, para aprovechar el tiempo y el gozo, el anfitrión esnifaba unas rayas de polvo blanco mágico.

Todo pasó en décimas de segundo.

La mujer se vio con el miembro del anfitrión en la boca, separado del cuerpo del hombre, mientras él caía de espaldas.

El anfitrión no se dio cuenta de lo que había ocurrido hasta pasados unos segundos. No por el dolor, ya que se encontraba anestesiado por el cóctel de alcohol y drogas que había ingerido, sino por la imagen de la mujer, que caía con su pene en la boca cortado de cuajo.

Su vista no tardó en bajar a su ingle, que comenzaba a chorrear sangre y líquidos viscosos que provenían de varias partes del cuerpo.

Su boca se abrió se repente, ya no de gozo, sino de sorpresa, de horror y dolor. Un dolor que aparecía lento pero agudo, aplastado por las sustancias. El mismo dolor que, a su vez, él había causado a numerosas víctimas.

Cuando el herido entendió qué le había pasado, levantó la vista y vio al encapuchado. Este le puso una mano en la boca y lo apuntó con el cuchillo.

—Ni una palabra, gusano —espetó.

Luego se giró y se agachó hacia la mujer. Esta, horrorizada y sin saber del todo cómo podía ser que tuviera un miembro en la boca, se lo sacó y se quedó en silencio a punto de gritar con toda su potencia pulmonar. Si eso hubiese sucedido, el plan se habría esfumado en un segundo.

Entonces, justo cuando se decidió a lanzar el grito más fuerte y agudo que nunca hubiera emitido, recibió un puñetazo en la cara que la dejó noqueada y con la nariz partida.

El primer objetivo estaba neutralizado.

Regresó al anfitrión, que estaba apoyado contra un mueble. Los pantalones oscuros y los calzoncillos blancos de marca italiana estaban empapados de su propia sangre.

El agresor se preguntó cómo podía aún resistir en pie. Se sorprendió, pero siguió con su plan. Se quitó el pasamontañas, quería que supiera quién era, quería que sus asquerosos y perversos ojos vieran quién acababa con él.

—¿Tú? —susurró el hombre herido.

El otro sonrió.

—Sí. Llevo mucho tiempo esperando este momento, tu muerte, tu declive, maldito diablo.

El otro se quedó sin palabras, con las manos intentando tapar algo que ya no tenía.

—Es hora de dormir, Jordi.

—Te voy a… —dijo, y sus ojos se tiñeron de dolor y desesperación cuando la hoja del cuchillo le cruzó el torso, dejándolo sin aliento.

El anfitrión lo miró con rabia, con sufrimiento, con venganza. Luego, se fue apagando poco a poco, como si alguien le hubiera quitado la batería.

Cayó encima del hombre del cuchillo. Este sacó la hoja y dejó que el cuerpo se desplomara bocabajo por su propio peso.

El segundo objetivo se había conseguido.

Fue directo al lavabo y limpió el cuchillo. Se quitó la primera capa de ropa, de materia oscura y sintética, y la puso en la ducha. Vertió primero un bote de lejía, luego, uno de salfumán. Cerró la ducha y dejó que el agua caliente hiciese el resto.

Regresó a la chica, estaba cubierta por una máscara de sangre. Comprobó que estaba desmayada.

Luego, observó el pene que estaba en la moqueta. Sonrió pensando que ya no podía hacer ningún otro mal y fue hacia la puerta de salida.

Con la segunda capa de ropa que llevaba debajo, dejó la habitación. Como un gato, salió de la estancia reapareciendo como si nada en la fiesta.

Pidió una copa más, ahora sí con vodka, y se la bebió entre las miradas hambrientas de jóvenes mujeres en busca de juerga.

Salió de la *suite* y dejó atrás su misión completada. Al final, resultó ser una noche provechosa, muy provechosa.

A pesar de que los invitados seguían bailando, en realidad, la fiesta había acabado. De una manera inesperada y abrupta.

02

Llançà.

Unas semanas después.

El subinspector Ferrer levantó la mirada. El número coincidía.

Era la dirección que le habían indicado. La calle estaba vacía, como de costumbre en un día al inicio de la primavera. Un pueblo de la Costa Brava con pocos habitantes y menos turistas.

La casa era la típica de pescadores, rehabilitada y adecuada a la vida moderna.

Suspiró y apretó el botón del timbre. El ruido metálico se extendió por el interior.

Un gato al otro lado maulló.

Luego, pasos lentos, sordos, de unas chanclas. Y se abrió la puerta. La hoja de la madera se desplazó unos centímetros, una cadena impedía que se abriera más.

—¿Qué se le ha perdido, subinspector? —preguntó una voz femenina desde el interior.

—Yo también estoy muy contento de verla, cabo Ramírez.

—¿Qué ocurre, en comisaría han cortado la línea telefónica y no puede llamar? —espetó ella.

—Nuestros teléfonos están perfectamente, es usted, que no contesta.

—¡Oh! —exclamó, y se dio la vuelta hacia la sala de estar—. Puede que me olvidara de colgarlo la última vez que me llamaron.

El jefe de los Mossos d'Esquadra de la comisaría de Travessera de les Corts afinó la vista y emitió un sonido gutural.

—¿Y cuánto hace de eso?

—No sé, quizá un par de semanas, ¡yo qué sé! —afirmó, molesta—. Con respeto, ¿ha venido a tocarme los cojones, jefe?

—¿Me dejará entrar o prefiere que los vecinos se enteren de lo que he venido a decirle? —dijo con un tono de voz algo incómodo.

Ella liberó el pestillo de seguridad, abrió la puerta solo hasta la mitad y, mientras lo dejaba pasar, le dijo:

—Podría hacer una fiesta con bafles a todo volumen y aquí nadie se enteraría de nada. Se lo aseguro —afirmó mientras el jefe pasaba y ella echaba un vistazo a la calle.

Ferrer entró y, al girarse, se dio cuenta de que ella sostenía una pistola en la mano. Hizo como si nada, siguió y vio que en el sofá descansaba un gato peludo y gordo que bufó al verlo.

—¿Es suyo?

—¿De quién va a ser, jefe?

—¿Cómo se llama?

Ella se acercó al sofá y guardó la pistola bajo un cojín, el felino fue directo a su regazo.

—Rocky.

—Bonito nombre.

—Quería llamarlo Comisario, pero me pareció que era demasiado llevarse ese nombre también a casa. Era como tener al jefe también en mi tiempo libre.

—Bien pensado. Yo también tengo un gato. Bueno, varios, en la calle, mi mujer alimenta a una colonia.

Karla se quedó mirando a su exjefe con la cabeza algo torcida.

—¿Pretende hacerme la pelota? —ladró ella con una expresión que rozaba el asco—. Suelte de una vez lo que quiere. ¿Por qué ha venido hasta aquí, Ferrer? Sea lo que sea, ya sabe la respuesta.

Él la miró fijamente e indicó un sillón.

—¿Puedo? —preguntó él, y ella hizo un gesto que venía a ser algo tipo «si no hay más remedio».

No habló enseguida, se la quedó observando por unos segundos. Esa mujer no era Karla Ramírez, cabo del grupo de Investigación de Homicidios, sino un fantasma de aquella brillante profesional. Un recuerdo diluido, un espectro que recordaba a una gran mujer. Una persona dejada, superada por los

acontecimientos que habían sucedido y que no había querido afrontar. No había querido pasar página. No, ella se había dejado marchitar como una flor de otoño.

Lo bueno de todo eso era que, al parecer, no olía a bebida alcohólica. No había encontrado consuelo en el vino ni en el *bourbon* ni en la ginebra.

No, solo dejada y desaliñada.

Su pelo, encrespado y corto, mal cortado, seguramente por ella misma. Su ropa olía mal y las mismas manos, hacía tiempo cuidadas, tenían una línea de mugre que sobresalía de las uñas, también mal cortadas.

Esa no era Karla, sino su espectro. Ferrer sintió que, a lo mejor, aún estaba a tiempo de remediar esa situación, incluso revertirla y recuperar a una de sus mejores agentes.

—Tengo una propuesta para usted.

—No quiero propuestas, quiero vivir tranquila.

Él arrugó el ceño y miró a su alrededor. Enfrente, por el gran ventanal, entraba la luz del sol reflejado en el mar bravo.

—¿Cómo va a mantener esto? ¿De qué vive?

—Eso no es asunto suyo.

—¿Y entonces por qué me ha dejado entrar?

—Suelte lo que tenga que decir y lárguese, Ferrer.

Él tragó saliva, estuvo a punto de irse sin decir nada más. Pero en esa situación, la fuerza de la obligación pesó más que la del ego.

—Necesito que investigue un caso.

Ella se rio a carcajadas, burlándose de él, de su visita. A pesar de que sus padres la habían educado con buenas maneras, su carácter se había agriado por lo sucedido.

—Sabe de sobra que lo he dejado.

—Uno nace policía, no se hace. Y nunca se deja de serlo.

—Teorías absurdas de bares. Déjese de rodeos, ya somos mayorcitos, ¿no cree?

Bufó el policía y explicó a lo que había ido.

—Necesitamos que nos ayude con un caso. Hubo un asesinato hace unas semanas y…

—Y han avanzado tan poco que les han dado un tirón de orejas. Están arreglados —interrumpió llena de ironía, riéndose de la situación, bueno, de la comisaría en su conjunto más que del subinspector.

—Vengo con la propuesta para que se reincorpore en esta investigación. El juez Vila ha pedido expresamente que vuelva usted… a investigar… —dijo, y en la entonación se calló algo.

—¿Yo? ¿En qué caso?

—En el del asesinato del abogado del Hotel Rex. ¿Se ha enterado?

—Sí, ¿por qué?

—Es un caso importante, sonado, mediático. El juez no está conforme con la investigación y quiere que… —explicó sin disimular que le estaba doliendo decir eso; hubiera preferido comer un tarro de babosas vivas antes que seguir — lo lleve usted.

—La comisaría está llena de agentes e inspectores válidos.

—No. ¿Es que no lo entiende? ¡El juez quiere que lo investigue junto a Álex! —gritó.

Esa última palabra retumbó en la casa como si fuera la ola de un tsunami entrando devastadora por el gran ventanal. Un terremoto marino que alcanzó el corazón de Karla, dejándolo en un puño.

Álex.

Su Álex.

La atención y la percepción del caso por parte de Karla cambió por completo.

Descruzando las piernas, se acercó al subinspector.

Se quedó en silencio, mirándolo a los ojos directamente.

El hombre hacía lo mismo. No dejaba de mirarla.

—¿Có… cómo ha dicho?

—Sí. Álex se ha despertado.

03

Se tiene solo una ocasión para matar a un depredador. Si fallas, entonces eres un cadáver que camina. Debes correr mucho más que él. Un depredador herido y enfurecido es más peligroso que uno ileso, aunque los dos estén igual de hambrientos.

En la vida real, como en la jungla, no gana el más adaptado, como dice la teoría darwiniana, sino el más motivado. Cuando alguien está resentido y no tiene nada que perder, es letal. Lo peor que le podía suceder era regresar a la cárcel.

Así era Napoleón. Un rey destronado. Un depredador herido, camuflado y resentido con esa ciudad. Necesitaba volver a su normalidad, a una nueva normalidad que para él sería la puerta a una nueva vida.

En la cárcel de Quatre Camins, había conseguido estudiar, formarse, crecer, para que, cuando llegara el momento de salir, pudiera integrarse como un ciudadano «casi» rehabilitado.

Pero en su interior, el germen del psicópata no paraba de crecer, de fermentar, de florecer.

Napoleón era el resultado de un lavado de cara, fruto del trabajo y de una nueva oportunidad que le había regalado la vida.

Entró por las puertas del edificio acristalado. Macetas de geranios colgadas en la fachada daban color entre enredaderas de hiedra.

La frente alta. Como un ganador. Como un depredador.

Se acercó a la recepción con el aire de quien te ha perdonado la vida. La señorita con traje negro lo atendió enseguida, preguntando en qué podía ayudarlo.

Él no contestó. Sonrió maliciosamente. Esa mujer elegante y distinguida hubiese sido pura diversión para él. La habría puesto encima del mostrador de

cristal y, después de haberle arrancado las bragas de cuajo con los dientes, la habría penetrado hasta la saciedad allí mismo, incluso delante de todos. Varias veces, hasta hacer que se corriera lo necesario para que suplicara que no podía más.

—Tengo cita con vuestro presidente —contestó, tajante, con la imagen en su mente de esa muchacha desnuda y chorreando su propio esperma por la boca o por su sexo.

—¿Su nombre?

—Napoleón. Napoleón Deulofeu —respondió.

—Lo llamo enseguida —respondió, levantando el auricular, sin ni siquiera imaginar lo que pensaba el hombre que tenía delante.

Solo los ojos de Napoleón revelaban las barbaridades que lo estaban excitando y pasando por su insana y enferma mente.

Mientras ella hablaba por teléfono, pensó que, en lugar de convertir a esa mujer en un juguete sexual o en una funda para su miembro, preferiría trocearla con una sierra eléctrica. Cortarla a trozos y esparcir sus partes con mensajes encriptados por lugares públicos de Barcelona. Eso, eso sí que le daría mucho más placer. O las dos, primero, una y luego, esparcirla.

—Décima planta. Mi compañera, la secretaria del presidente, lo espera justo a la salida del ascensor —respondió con una sonrisa—. Póngase esta identificación —pidió mientras se la alargaba.

Era una tarjeta que ponía «visita». El hombre se la colocó sin quitarle los ojos de encima.

La chica se quedó prendada del hombre y de su terrible y fascinante seguridad en sí mismo. De su traje nuevo y planchado. De su mirada penetrante y su aire dominante.

Napoleón también se quedó mirándola fijamente con los ojos bien abiertos, como si pudiera captar su alma y encerrarla en su psique. Como si quisiera raptarle el alma y quedársela.

—Gracias. ¿Cómo se llama?

Entonces ella se levantó y le acercó la mano.

—Inma.

Las pupilas del hombre se dilataron por un segundo casi imperceptible.

A su mente, le vinieron los recuerdos de otra Inma que pasó por su vida. Recordó cómo quedó, en cuántas partes la desmembró y de cuánto le gustaron sus tremendos y firmes pechos.

Se acercó y le besó la mano. Un beso largo, sentido, embriagador.

Ella se sonrojó.

Después, él se levantó y le hizo un guiño.

—Nos volveremos a ver.

—¿Sí?

—Se lo aseguro —confirmó con convicción de depredador.

Y sin más dilación, despegó sus ojos de la mujer y se fue directo al ascensor. Apretó la tecla del piso que le había indicado y, viendo cómo la entrada del edificio se hacía cada vez más pequeña, se sintió importante aun antes de ser nadie allí dentro.

Al abrirse las puertas del ascensor, apareció la secretaria. Una mujer con falda de cuadros y pelo blanco. No era anciana, pero se vestía como tal y, al no teñirse el pelo, daba la idea de tener más edad.

—Señor Deulofeu, un placer —dijo la señora mientras alargaba la mano.

El hombre asintió, bajando la cabeza, casi una reverencia.

—Sígame. Lo están esperando.

Napoleón levantó una ceja. Siguió a la señora mirándole el trasero; en él, era irremediable. Luego, miró a su alrededor. Unos despachos sin fotos, sin cuadros, casi sin ninguna referencia a la identidad de la empresa. Al final del pasillo con moqueta, la señora abrió la puerta de una sala de reuniones. Una mesa larga, para unas veinte personas, contó Napoleón a vista rápida. En una punta, había un hombre de pelo gris peinado hacia atrás, con traje y gafas redondas de pasta negra. En las otras dieciocho sillas, señores igual de trajeados y sentados que lo miraban entrar. Dos paredes de obra y dos acristaladas daban luz natural a la estancia y una visión privilegiada del barrio financiero de Barcelona.

La secretaria del presidente lo anunció:

—Aquí está el último candidato, el señor Napoleón Deulofeu.

—Gracias —respondió el presidente, ya analizando al recién llegado—. Siéntese. —Indicó la silla vacía, en el lado opuesto de la mesa.

Napoleón se sentó con treinta y ocho ojos que lo estudiaban y analizaban.

Se sentó impasible.

El depredador no se deja intimidar por otros depredadores.

Pasó uno por uno, mirándolos a los ojos, como si se estuviera presentando con estas palabras intrínsecas: «Aquí estoy yo y pienso quedarme».

—Señor Deulofeu —dijo el presidente—, su agente es uno de los mejores cazatalentos de la ciudad. Nos ha contado maravillas de usted. Contactó personalmente para confirmarnos que tenía al candidato perfecto para nuestro puesto de director de operaciones —dijo el presidente, juntando las manos y apoyando los codos en los reposabrazos de su sillón, que le sobrepasaba el ego y la cabeza varios palmos—. Teníamos ya al aspirante, pero insistió en que usted… —dijo mientras lo apuntaba con un dedo y los otros hombres, de forma simultánea, estudiaban al candidato, que sostenía una risita malévola—, cito palabras textuales: «Podría calzar como un zapato Church».

Napoleón asintió y sonrió.

—Gracias —respondió, escueto, el candidato analizado por los hombres trajeados.

A pesar de estar lejos del presidente, podía ver sus ojos y reconocerse en ellos.

«Un depredador reconoce a otro depredador desde el otro lado de la sabana», se dijo en sus adentros Napoleón.

Había sido más listo que todos los demás solicitantes. Napoleón había cumplido el mismo procedimiento que siempre había llevado a cabo cuando se llamaba Néstor. Estudiaba a la víctima, sus costumbres, sus gustos, sus redes sociales, en su basura. La estudiaba y la analizaba.

Antes eran las víctimas que desmembraba, ahora sus objetivos principales eran los ejecutivos, las empresas. Como un *stolker*, analizó la empresa, la Global Next S. A., y a su presidente, el señor Leopoldo Sánchez, que se encontraba delante de él. Convertirse en el candidato que esperaban fue más fácil de lo que creían.

Mientras estuvo encerrado en la prisión de Quatre Camins, entendió que la informática lo gestionaba todo. Dominándola, podría dominar su futuro.

Y un día, mientras veía una película de Hollywood de ilusionistas, se le encendió una idea que lo llevó a sentarse en esa silla, a ese momento.

Al día siguiente de esa lejana noche en la que tuvo esa idea magistral, se apuntó a dos carreras que proporcionaba la cárcel: Derecho y ADE.

Pero el golpe maestro fue que se apuntó con un nombre falso, bajo nueva apariencia, un nuevo perfil, una nueva persona. Un depredador vestido con corbata.

Sacó con excelentes notas las carreras y, después de que Emily, la desventurada periodista inglesa, lo ayudara a salir de la cárcel, comenzó el plan.

Compró una nueva documentación bajo el nombre de Napoleón Deulofeu. Un nombre importante con un ego inflado como él y un apellido tradicional.

Se dejó crecer la barba, el pelo y se hizo retoques quirúrgicos. Ni su madre lo hubiera reconocido. Lo único que no podía cambiar Néstor eran sus ojos de psicópata. Por eso, pocos lo reconocerían.

Una vez completado el *make up* de su cuerpo, estudió la actualidad. Una mañana apareció en la prensa la noticia. El director de operaciones de la famosa empresa Global Next de Barcelona había sido despedido de forma fulminante.

Estudió la empresa, a la competencia y, con base en ese estudio del perfecto director que se necesitaba para ese tipo de empresas, fabricó uno: él mismo.

Creó un personaje en la vida real y en las redes sociales y las llenó de fotos maquilladas y contenido copiado.

Luego, buscó quién mandaba en Global Next, el fundador, el presidente Leopoldo.

Se compró las mismas gafas que tenía él con unos cristales sin graduación. Buscó su sastrería y se hizo un traje parecido a los suyos. Analizó sus gustos y replicó todo lo que hacía en su perfil público de las redes sociales.

Conociendo a las personas adecuadas, chantajeando a algunas y sobornando a otras, todo en la vida era factible.

Solo faltaba una pieza importante, una conexión. Buscó al cazatalentos más cercano a Leopoldo. Fue difícil encontrarlo, repasó centenares de fotos hasta que lo localizó y lo contactó. Consiguió venderle el personaje que había creado, convenciéndolo de forma ilícita. Pero, en eso, Néstor era el rey indiscutible.

Cuando a Leopoldo le llegó la propuesta y buscó a Napoleón, se vio reflejado en él. El juego estaba hecho.

—Señor Deulofeu, todos aquí hemos leído su currículum. Teníamos ya a un candidato en mente, ¿por qué deberíamos elegirlo a usted? —preguntó el presidente, lanzando como primera la que debería ser la pregunta final en una entrevista de trabajo.

A Napoleón le encantaban los retos y que le apretaran.

Pensó que solo como depredador podía convencer a otro depredador, y debía actuar como tal.

—Porque os voy a hacer ganar más dinero de lo que podéis imaginar —espetó, se levantó y comenzó a caminar—. Yo sé lo que hacéis aquí dentro. Os he estudiado. No hacéis consultorías y optimización de empresas. No os dedicáis a la financiación o a finanzas. Aquí hacéis dinero. Eso es lo único que cuenta, lo que importa es que hagamos más dinero. Solo eso. Y yo —dijo, y se detuvo al lado de Leopoldo, mirándolo a través de las lentes de las mismas gafas, como si fuera una fotocopia con algún año menos— os voy a explicar cómo lo vamos a hacer.

04

El mundo se había detenido para Karla con el disparo de Clara.

En cambio, en ese momento, su latido era tan fuerte como las campanas de la catedral de Barcelona el día de Pascua.

Nadie se lo había dicho.

El último parte médico del que había tenido conocimiento era que no se había despertado. El coma era irreversible, una maldita y endiablada bala había partido su vida en dos.

Se marchó de la habitación del hospital entre lágrimas y rabia. Y se retiró a esa casa perdida para que el mundo se olvidara de ella.

Álex, su Álex, jamás regresaría. La vida de Karla había concluido o, por lo menos, la de la cabo Ramírez.

Pero, contra todo pronóstico, los médicos se equivocaron.

Y un día, la luz al final del túnel se encendió. Apareció como un punto blanco de nombre Ferrer, que traía una novedad inesperada e increíble.

¿Era verdad? ¿Había entendido bien? ¿O era un farol?

Un farol no podía ser, ¿qué ganaría al bromear o usar una noticia falsa y tan sensible como esa? Pero tuvo que asegurarse.

—¿Está bromeando?

—¿Cree que he venido hasta aquí para bromear? ¿Cree que no tengo nada mejor que hacer?

Ella no sabía qué contestar, entre la incertidumbre y la esperanza.

—¿Cómo está?

El subinspector no pudo ocultar una cierta compasión, se calló y tensó los nervios de la cara.

—¿Cómo está? —insistió ella.

—Sería mejor que fuera a verlo —contestó por fin; bajó la mirada al suelo, tragó saliva y suspiró.

—Pero… no entiendo.

El jefe del grupo de investigación se levantó y no quiso dar más detalles.

—Ramírez, necesitamos que regrese a la comisaría con carácter inmediato. El juez Vila quiere que lleve a cabo la investigación con Álex, con lo que él pueda ayudar, vaya —aclaró.

—No me queda claro…

Ferrer se dio la vuelta y, con toda su fanfarronería, se acercó a la puerta.

—Tiene veinticuatro horas para presentarse —dijo él con el ceño arrugado.

Abrió la puerta y, de repente, cambió de tercio. Su rostro se destensó y apareció uno más humano, más compañero y menos jefe. Ferrer la conocía muy bien y se guardó para el final, antes de desaparecer detrás de la puerta, las cuatro últimas palabras. Las más importantes, las más impactantes:

—Ha preguntado por usted —afirmó, y desapareció.

Karla, con el alma en un puño y las lágrimas bajando por las mejillas, se quedó en silencio por unos minutos. En su mente, rebobinó la conversación con Ferrer. Rebobinó la noticia que la había dejado en jaque. Rebobinó la escena en el hospital, con los médicos, con Ana. La imagen de Álex intubado y dormido. Una película de ocho milímetros de secuencias rápidas y borrosas, llenas de tristeza.

Karla lloró.

Álex se había despertado, ¿pero cómo? ¿Se habría quedado parapléjico? Su imaginación se desbordó.

Álex estaba vivo, eso era lo más importante.

¿Pero por qué necesitaban su ayuda en ese caso?

Demasiadas dudas y preguntas y pocas respuestas.

Se tranquilizó. La cabo, en su situación autoimpuesta en la reserva, se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo en el sofá de su casa. Apartó a Rocky, el gato pelirrojo, y corrió hacia su habitación a buscar el chisme infernal. Lo encontró en un cajón de la mesilla de noche. Quiso encenderlo, pero, después de tanto tiempo y a pesar de estar apagado, estaba sin batería.

Buscó un cargador y lo enchufó a la corriente.

Ávida de noticias, con la misma sed que puede sentir alguien que intenta cruzar un desierto sin agua y ve una botella.

A los minutos, se encendió la pantalla.

Apareció el logo de la marca del móvil y luego, la dejó marcar el pin.

Una avalancha de mensajes y llamadas.

Cuando el chisme olvidado terminó de actualizarse, llamó a la única persona que podía ayudarla. Que podía darle información real y fehaciente. Ana Cortés, su hermana.

No dejó que sonara el segundo tono.

—Por fin, has tardado… —dijo, sonando a reproche.

—Lo siento, estaba… En fin. Me acabo de enterar —dijo Karla, y se quedó callada.

Ana se quedó en silencio y se escucharon unos ruidos de planchas metálicas, ruedas y voces de un hombre hablando de jeringuillas.

—Lo tengo delante.

—¿Me… me lo pasas?

—Es mejor que vengas. Lleva días preguntando por ti —confirmó Ana con un tono de voz compasivo—. Te está esperando.

05

Esa seguridad nacía del interior.

La misma despiadada seguridad que tenía Néstor para cortar un cuerpo congelado o violar a una mujer la tenía para hablar a esa manada de lobos.

Era exactamente la misma fuerza.

Nadie lo conocía ni nadie lo habría reconocido. Hacía lo mismo que antes, pero ahora de forma legal.

No descuartizaría a nadie, solo que, gracias a hacer más ricos a esos hombres de la mesa, se llenaría también sus bolsillos y, lo peor, conseguiría poder y atenciones para su ego.

Explicando su plan de qué hacer en Global Next, se sentía importante, respetado y seguro.

Seguro.

Lo único que había seguro era su desmesurado ego. Solo eso. El resto eran palabras que salían de su boca para inflar la ambición de los demás.

Teorías que no tenía ni idea de cómo llevar a cabo, pero que defendía con la misma intensidad que defendió su vida Napoleón en Waterloo.

—Y para concluir la línea financiera personal, tenemos que endeudarlos vinculándolos a nosotros. Crearemos empleados que trabajarán para nosotros, sus deudas irán a nuestros bolsillos. Sin pagar la Seguridad Social, empleados externos, ya enjaulados en la rueda de hámster que será la propia deuda. Inundaremos el mercado de tarjetas y créditos rápidos. Compraremos a cambio sus coches, sus barcos, sus casas. Los arruinaremos y nos haremos ricos —finalizó con el mismo tono de un general antes de la batalla.

En su cara seguía la misma sonrisa malévola de superioridad. Apoyó los antebrazos encima de su sillón, en la extremidad opuesta al presidente.

Este aplaudió.

—¡Bravo! Este tío me encanta. Es exactamente lo que necesitamos, alguien capaz y despiadado frente a los retos del futuro —afirmó mientras sus ojos verdes de billete de dólar se entrecerraban observando a Napoleón—. ¿Alguna objeción? —preguntó, y paseó la vista sobre los otros dieciocho hombres trajeados, entre los cuales había consejeros externos, asesores, socios y directores de área o de producto.

En la sala de juntas, se hizo el silencio. Todos se miraban a los ojos, a ver quién era el primero en poner una pega al plan del candidato y nuevo protegido del presidente.

El silencio se interrumpió por una persona. Levantó la mano un hombre…, bueno, un hombrecillo.

Napoleón lo miró. Le dio pena a primera vista. Llevaba una corbata mal anudada con una mancha de aceite. Una chaqueta que podía ser de hacía diez temporadas con tres botones en la solapa y un corte anticuado.

—Yo —dijo capturando la atención de todos.

—¿Sí? Habla, Juan. ¿Qué piensas? —incitó con tono de juez.

Este tragó saliva. Se podía entrever que lo que iba a decir era de todo menos apoyo, un comentario impopular no era lo que se esperaba el presidente. Pero la tarea real de los asesores era esa: hacer de abogado del diablo.

—Tengo mis dudas de que este personaje pueda llevar a la empresa hacia los retos del futuro. Creo más que la llevará a nuevos problemas —afirmó el hombrecillo, que tenía un bigotito estilo hitleriano y el pelo despeinado y mal cortado.

Napoleón lo estudió con la misma intensidad que un gato a punto de arrojarse encima de un ratón, coleteando y a punto de saltar.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque no sabe lo que dice y… ¿quién le asegura que la experiencia que pone en su currículum es correcta?

—Confío plenamente en la persona que nos lo ha presentado. Y si tienes dudas, puedes preguntar o informarte. Entra en internet y comprueba que todo lo que vemos es cierto. Me temo que tienes prejuicios, Juan. En fin, no estamos de acuerdo de forma unánime. Así que invito a levantar la mano. ¡Votemos! —ordenó, molesto—. Que levante la mano quien no esté de acuerdo

con que este brillante candidato sea el nuevo director de operaciones. —Y esperó a que votaran.

La tensión se respiraba y se veía en el aire. Todos se miraron entre ellos. Algunos negaban con las comisuras de los labios hacia abajo perplejos y contrariados.

Juan, el único que había visto que ese personaje no era trigo limpio, miraba a su alrededor con expresión dudosa. Quizá no estaba seguro de Napoleón porque era el único cordero entre tanto lobo. El único puro y sincero. El único que veía más allá de una titulitis y experiencia en un papel.

Juan, de nombre completo Juan Medina, un asesor externo, después de ver que era el único que se oponía, tragó saliva. Era consciente de que levantar la mano le saldría muy caro. Una hija universitaria, una hipoteca de un piso en el Eixample de Barcelona, una letra del coche y una mujer que se acababa de despedir para dedicar más tiempo a la casa y a su hijo pequeño. Nunca se habría imaginado que ese acto de deliberado motín le costaría mucho más que su puesto en la compañía.

Sin embargo, su profesionalidad fue la energía que le hizo levantar la mano tirada por un hilo invisible llamado coherencia.

Como se esperaba, su mano fue la única levantada.

La mirada inquisidora de Leopoldo era pueril comparada con la de Napoleón. Porque, cuando se dio la vuelta y sus ojos se cruzaron, confirmó que esa decisión había sido la peor de su carrera y, posteriormente, de su vida.

—Presidente, ¿puedo hacerle una pregunta al candidato?

El hombre que presidía la mesa y la compañía asintió con un gesto de la mano.

—Señor Napoleón Deulofeu, ¿qué significa para usted esta reflexión: «El hombre que salva una vida salva el mundo entero»?

Napoleón lo miró esperando algo más, pero el hombrecillo no apartó la vista, esperando una respuesta.

—¿Me está preguntando esto en serio?

El hombrecillo asintió.

—Sí, qué piensa.

—¡Menuda chorrada! —dictaminó Napoleón, y le giró la cara con un aire entre enfadado y vengativo. Después, miró al presidente, sonriendo de nuevo.

—Bien. Está claro. Ahora, levantad la mano los que creáis que Napoleón debe ser nuestro nuevo director —repitió con orgullo, y, sin dilación, todos levantaron las manos.

Mientras observaba a las personas que alzaban el brazo, Napoleón, de reojo, miraba al componente de esa reunión que no creía en él y lo dejó en evidencia.

El pequeño bosque de brazos se quedó erguido durante pocos instantes porque enseguida los bajaron y se extendió una euforia generalizada acompañada por unos aplausos sonados.

—Bien, ya tenemos nuevo director. Napoleón Deulofeu. —El presidente cruzó la vista con el recién elegido. Los dos depredadores se habían encontrado de la misma manera que las almas gemelas. Su cruce de miradas no necesitaba palabras, como si se conocieran desde siempre. Porque dos psicópatas tienen un lenguaje propio y no necesitan más.

Napoleón miró a los consejeros que lo aclamaban aplaudiendo como a un emperador romano. No, mejor, como a un gladiador en la arena después de haber ganado los juegos estivales de Roma.

Entre esa aclamación, el nuevo Néstor volvió a sentirse bien, como cuando amputaba a sus víctimas. Al fin y al cabo, esas personas acababan de convertirse en sus nuevos propósitos.

Para el nuevo Néstor, comenzaba un flamante abanico de maldades infinitas.

06

Karla no pudo esperar al día siguiente.

Las ganas de verlo otra vez consciente eran demasiado grandes como para esperar. Recogió las cuatro prendas limpias que tenía y las metió en una maleta. Colocó a Rocky en un transportín. Cerró la casa y salió hacia el centro del pueblo. Si se daba prisa, podría coger el autobús de las tres para Barcelona. Si no, tendría que esperar al nocturno o incluso al del día siguiente.

Cruzó con su gato y su maleta la población, casi corriendo, como una loca. Mientras se acercaba a la estación, le pasó por la cabeza que habría podido volver a la ciudad con el subinspector. Pero fue un pensamiento que duró solo unos segundos, antes hubiera preferido hacer autostop, cosa que bien sabía que estaba prohibida desde hacía mucho tiempo.

Pagó al conductor y se sentó con Rocky en un asiento aislado de todo pasajero e incómoda conversación inútil y que no habría llevado a nada.

Tenía un viaje de casi tres horas, entre las paradas y las carreteras secundarias.

Le dio tiempo de pensar. Echaba de menos a Álex, más de lo que pensaba, más de lo que sentía, más de lo que creía.

Durmió hasta llegar a la ciudad. Cuando entró en Barcelona, se despertó y se estiró como si hubiese descansado una noche entera.

Llegaron a la estación cerca de Plaza Urquinaona. Miró el reloj, el autobús había llegado en horario. Llamó un taxi y, en menos de diez minutos, estaba en el Hospital del Mar.

Después de dejar a Rocky en una consigna de la recepción junto a la maleta, subió las cuatro plantas en ascensor hasta llegar a la puerta cerrada de la habitación de Álex.

Se quedó mirándola como si fuera un sueño, un anhelo materializado. No podía creer que hubiera llegado el momento de volver a verlo.

Fue a abrir la puerta, pero le entró miedo. Miedo de qué encontraría al otro lado. Álex, u otro Álex, la esperaba, se había despertado del coma irreversible.

Ella era mucho más fuerte de lo que creía. Estaba dispuesta a aceptar cualquier versión que encontrara de su compañero.

Tragó saliva y abrió.

La luz cálida del sol de la tarde entraba por las ventanas colorando las sábanas y las paredes de un naranja suave. El olor de las flores que abundaban en la estancia decoraban todas las superficies posibles, hasta había ramos por el suelo. En el centro, Álex. A su izquierda, su hermana.

Sintió una punzada en el corazón y una presión en la garganta. Karla había dado por perdido ese momento, no confiaba en que pudiera volver a verlo en vida. Bueno, con él consciente o, por lo menos, eso parecía.

Él sonreía, contento de verla. Ya no tenía tubos en el cuerpo, solo una intravenosa en el brazo. Su cara estaba chupada por la inactividad y por la falta de comida. La piel se había convertido en grisácea, pero sus ojos eran los mismos.

Sonrió aún más.

Ella le devolvió otra. Sus ojos se volvieron a encontrar después de semanas de separación forzada por una bala que había salido de una pistola accionada por la novia de Néstor. Después de ese disparo, nada había sido igual.

—Pasa, Karla —dijo Ana—. Está ya muy cansado, pero insistió en verte.

Karla entró despacio, como si los pasos dados más lentos ayudaran a Álex a recuperarse. Lo que había debajo de esas sábanas era una versión deteriorada de lo que fue el policía más inteligente y popular de Barcelona. El sargento Cortés, el que había conseguido capturar innumerables veces al Asesino del Criptograma o, lo que venía a ser lo mismo, el asesino en serie más feroz de la ciudad, ahora estaba irreconocible.

Karla cogió una silla que estaba al lado de la cama y se sentó.

Acercó la mano a la izquierda de Álex, pero al final la retiró.

—No muerdo —susurró Álex.

Ella sonrió.

Él, al verla sonreír, también lo hizo.

—No esperaba volver a hablar contigo.

—¿Pensabas liberarte de mí tan fácilmente? —preguntó Álex.

Ella no respondió.

—Está muy cansado. En breve, nos tenemos que marchar y dejarlo reposar.

—No, estoy bien —susurró, ignorando su estado de salud.

Karla asintió a la hermana y sus ojos regresaron a él.

—Te veo bien —dijo Karla.

—Nunca se te ha dado bien mentir. Los faroles no son lo tuyo.

—Ya.

—Estás hecha un desastre, Karla. Y tú no has pasado por un coma.

Ella se mordió los labios a punto de llorar. Bajó la mirada y luego miró por fuera de la ventana. Su habitación en el Hospital del Mar tenía una vista preciosa. El mar Mediterráneo tenía algo único que los unía. Lo vio en ese momento. Los dos habían estado separados, pero unidos por el agua, por el mar, por el Mediterráneo. Ella, en su casa de Llançà y él, con las vistas a la playa de Barcelona. Al final, somos noventa por ciento de agua y energía. A lo mejor, esa misma materia los había conectado de una forma metafísica, cuántica, superior a todo lo que la ciencia podía demostrar empíricamente.

Sonrió y dejó de llorar.

—Te he estado esperando —confesó ella, ya de vuelta hacia él.

—Yo no puedo decir lo mismo, he estado durmiendo. Pero me alegro de que estés aquí —dijo Álex, se giró hacia su hermana y le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Ya?

—Sí, enséñaselo.

—¿Enseñarme qué? —preguntó Karla.

Ana suspiró y se levantó. Fue a buscar una tarjeta entre las flores y regresó a sentarse.

—¿Qué es? —preguntó Karla al coger la tarjeta.

—Léela.

Karla la abrió.

«Que te mejores pronto. Un admirador».

—¿Y? No lo entiendo.

—Mira la firma —dijo Ana.

Antes de verla, la mirada de Karla pasó por la cara de Álex. Era diferente, expectante. No lo entendió enseguida, luego miró la firma y se quedó aún más perpleja. Eran demasiadas cosas al mismo tiempo.

«Roten» ponía en la firma.

—¿Roten? ¿Quién es Roten?

El rostro de Álex tomó una expresión divertida.

—Un admirador secreto —respondió él.

Ana lo miró con reproche, como mira una madre a un niño travieso.

—Es Néstor.

—¿Néstor tiene la desfachatez de enviarte esto? —espetó, indignada, Karla, volteando el papel en el aire.

Álex asintió.

—Estás cansado, nos vamos.

Álex dijo que no y le hizo un gesto a Karla para que se acercara. Ella lo hizo.

—Eso no quiere decir nada, pero, Karla, Néstor está por aquí…

—¿Por aquí? —replicó ella, mirando la nota en la que se distinguía el logo de una empresa internacional de franquicia de flores—. La puede haber enviado desde cualquier parte del mundo. ¿No lo ves?

Álex negó con la cabeza.

—Está por aquí. Néstor no se ha ido. Tengo una corazonada —susurró Álex.

Karla arrugó el ceño.

—Ahora nos vamos. Te dejamos descansar y nos vemos mañana.

Álex sonrió y cogió con ternura la mano de la compañera. Él estaba frío, entre el color cadavérico y su temperatura, parecía más la piel de un vampiro que la de un hombre.

—Mañana tenemos mucho trabajo. El juez Vila tiene algo divertido —dijo él, guiñándole un ojo.

Karla lo besó en la frente y se apartó de la cama. En ese momento, entró la enfermera con un termómetro en la mano. Mientras se acercaba para tomar la temperatura y la tensión al policía, las otras dos mujeres se fueron. Cerraron la puerta y se quedaron mirándose.

Karla abrazó a Ana. Fue un abrazo largo, sentido y necesario.

—¿Dónde estás? ¿En tu apartamento?

—No, dejé el apartamento que tenía.

—¿Y entonces dónde duermes esta noche, Karla?

—No lo sé —respondió sonriendo.

Ana apoyó su brazo manco en la espalda y se encaminaron hacia la salida.

—Dormirás en mi casa. Mi casa es tu casa —afirmó ella—. Tenemos mucho que contarnos y ponernos al día.

07

Ana seguía viviendo en su piso frente al mar.

Tenía una habitación siempre disponible para invitados, para emergencias. Javier estaba en casa preparando la cena y los niños; Cristian, ya de varios añitos, y el pequeño de casa, en una cuna.

Al entrar, la casa olía a cocina, a hogar, a familia. La recibió Javier con un abrazo y un «bienvenida a casa».

Karla sonrió y cuando Cristian fue a saludarla, se sintió un poco como la tía fallida. La que podía haber sido y no fue. Pero, a pesar de que no lo era, esa gente la trataba como la familia que nunca había tenido.

El hijo de Ana, en cuanto vio al gato, quiso jugar con él.

—Lo siento, no sabía dónde dejarlo —dijo excusándose con Javier—. Lo dejaré encerrado en la habitación.

Él no lo aceptó e insistió en que el gato estuviera libre por la casa. En cuanto salió del transportín, fue al sofá y se hizo el mejor amigo del niño, que prefirió no cenar para estar con el felino rojizo.

—Quiere ser veterinario —dijo la madre a la invitada.

—¿Ya lo tiene claro?

—Así parece. Mejor veterinario que criminólogo.

—Ahora que lo dices, casi es mejor tratar con animales que con asesinos en serie.

—Desde luego.

La familia cenó y se quedaron a hablar un rato de sobremesa. Luego, recogieron y las dos mujeres se retiraron al estudio de la criminóloga para hablar cómodas y sin interrupciones.

El despacho de Ana tenía cada vez más libros. La planta de la derecha del escritorio había crecido y convertido en un ficus precioso que Karla

contemplaba por primera vez.

La ciudad dormida e iluminada que se veía por las ventanas transmitía paz y tranquilidad.

Ana se sentó en un sofá de terciopelo delante de una enorme librería. La misma que Karla supuso que todo psicólogo o criminólogo debería tener en su despacho.

Karla se sentó en otro sillón, a su lado, de espaldas a la puerta y con el escritorio enfrente.

Karla se la quedó mirando. Quien había soñado que fuese su cuñada se quedó en silencio, con la mirada perdida hacia la ventana, hacia el horizonte del mar, que no se veía. Solo era una mancha azul que se intuía por las luces de algún barco mercante con rumbo al puerto de la Ciudad Condal.

—¿Cómo estás? —preguntó Karla a la otra mujer.

Esa era la pregunta más difícil que podía haberle dirigido. Después de lo absolutamente terrible que había sucedido en casa de Nicolás Alcázar, Ana parecía mejor de lo que imaginaba. La tortura física y psicológica que había sufrido en manos de ese asesino en serie y psicópata era desgarradora.

Ana Cortés se giró hacia ella.

—Está siendo duro.

—¿Solo duro?

—Difícil.

Karla levantó las cejas sorprendida, aunque sabía que era una coraza. Solo Ana sabía lo que sentía.

—Aún recuerdo a ese criminal cuando me estaba violando. Es una imagen que no consigo eliminar. No consigo quitármela de la mente.

—Me lo imagino.

—No, nadie se lo puede imaginar hasta que lo sufre en sus carnes.

—Ya, pero ¿cómo lo haces?, te veo… —dijo, y, después de un instante de espera, siguió con delicadeza, como si fuera a decir algo con sumo tacto— bastante bien.

Ana sonrió.

—Soy psicóloga, si no puedo superarlo yo, ¿quién podría? —replicó ella, y suspiró—. Pero me ayuda un compañero.

—¿Javier?

—No, pobre, él no, él me ayuda de otra forma. Voy a otro psicólogo. Me ayuda a digerirlo. También he pensado que, cuando esté lista, creo que me ayudaría ir a un compañero que está especializado en hipnosis.

—¿Hipnosis?

Ana asintió y sonrió a la amiga.

—Quiero probarlo.

Karla le devolvió la sonrisa.

—Ya…

—Cuando se está desesperado, uno lo prueba todo.

Karla arrugó el ceño y comentó perpleja:

—¿Estás desesperada? Quiero decir…, no es para menos con lo que te ha pasado.

—No —mintió la criminóloga.

—Ya… —repitió Karla sin dar a entender que había entendido que mentía —. ¿Te preocupa que Néstor siga en nuestras vidas?

—Hasta que no tenga un metro de tierra por encima, ese hombre será un peligro.

—Sí, y ese mensaje, las flores. Se burla de Álex.

—Un psicópata se burla de la vida de todos los demás. Solo le interesa la suya. Nada más.

—¿Y su novia o esposa? O lo que sea.

Ana bufó.

—Fachada. Un mero trámite. Él no siente amor. No tiene empatía. Un psicópata hace lo que se supone que la sociedad espera de él. Nada más. No siente, no siente lo que tú y yo sentimos. Solo hace lo que es bueno para él y lo que lo lleva a obtener lo mejor para él —afirmó, resignada, mientras sacudía la cabeza—. Nada más.

Luego se levantó.

—Debes estar agotada —dijo Ana—. Mañana te espera un largo día, mejor que vayas a dormir. Necesitas estar descansada.

Karla se levantó y salieron del despacho. Fueron a sus habitaciones. La noche pasó rápida, muy rápida.

Karla se despertó agotada sin saber bien por qué.

Al abrir los ojos, tuvo dificultad para reconocer el dormitorio. Unos segundos pasaron antes de identificar que no era su habitación y recordar todo lo que había pasado el día anterior.

Álex estaba vivo y había despertado. Ese era el recuerdo más importante.

Había dormido mal, entre recuerdos, preocupaciones y temor hacia ese día que empezaba. A pesar de tener ganas de volver a ver a Álex, algo en su interior, esa vocecita, esa intuición que la acompañaba desde niña le decía que algo no iba bien. Un escalofrío le recorrió la espalda. Racionalizó y se autoconvenció de que era una sensación sin importancia, que debía seguir con su vida, con lo que había ido a hacer a Barcelona: a ayudar con la investigación.

En poco más de una hora, estaba de nuevo en la habitación de hospital con Álex. Alrededor de su cama estaban ella, Ana, el subinspector Ferrer y el que había organizado ese nuevo grupo operativo: el juez Vila.

Este se aclaró la voz y, con tono cerrado y sombrío, empezó a hablar.

—No habrá paz para el asesino de mi sobrino.

08

El sobrino del juez Sergi Vila.

Pocas veces un policía presenciaba una situación como esa. Un juez que organizaba un comité alternativo y especializado para cazar a un asesino concreto.

Fruto de la desesperación y la no resignación. No había otra explicación. Un familiar muerto no es lo mismo que una noticia en el telediario sobre una persona asesinada brutalmente. La única diferencia entre el pariente de un cadáver y un juez es que el segundo puede presionar a las fuerzas policiales para que busquen mejor.

Lo que estaba sucediendo era un claro ejemplo del lema real de la justicia que no está escrito en ninguna parte, pero es bien conocido por la población: «La ley es igual para todos vosotros».

El juez Vila no se iba por las ramas ni con «chiquitas». No toleraba los errores ni las injusticias, menos en su familia. Sin nietos, el hijo de su hermana era el único heredero de la familia.

En ese momento, estaba en la habitación del Hospital del Mar de Barcelona con la esperanza de encontrar al asesino volcada en esas dos personas: Álex y Karla.

—El asesinato de mi sobrino no se va a quedar sin culpable. No quiero que sea una de las malditas carpetas que cogen polvo en las mesas de los fiscales. Ya tenemos bastantes casos así. Yo quiero una respuesta. Quiero que se haga justicia —dijo, apoyando el puño encima del mueble al lado de la mesa de Álex.

Mientras ese hombre amargado y cegado por la venganza hablaba, Álex pensaba que la injusticia que el juez mencionaba era una injusticia dentro de una injusticia. Es decir, lo que estaba haciendo era una injusticia hacia los otros casos abiertos y no resueltos. Su poder le permitía alterar el transcurso normal

de las cosas. Y luego pensó también, mientras miraba a Karla y a su hermana: «Pues sí que está mal la cosa para que nos hayan llamado a nosotros. A un hombre recluido en la cama y a una mujer arrancada de su exilio», se dijo, observando a Karla con su pelo desgreñado y crespo y con cara de haber dormido poco.

—¿Me está escuchando, sargento Cortés? Lo veo disperso —juzgó el hombre.

Álex se giró hacia él.

La barba que lucía era tan blanca como su pelo y su pequeña frente casi se cubría por unas gafas de pasta de tortuga, de varias tonalidades de marrón, que disimulaban unos ojos llorosos de color oscuro.

—Sí, le estoy escuchando.

—¿Y qué está pensando?

Dudó si confesarlo, pero era honrado ser sincero, aunque sabía que no era políticamente correcto lo que iba a decir.

—Que está muy mal el patio, señoría.

—¿Cómo?

—Si nos ha llamado a nosotros, es que los compañeros que trabajan en ello están muy perdidos.

El juez tragó saliva y volvió a apoyar el puño, más apretado, en el mueble.

—Tiene usted razón. Como un pulpo en un garaje. La comisaría está en alta mar y no sabe por dónde tirar. El fiscal igual, no puede seguir, porque, sin un claro informe policial, no sabe hacia dónde ir.

—Lo que hay que aclarar —intervino Ferrer— es que la comisaría que ha empezado la investigación no es la nuestra, la de Travessera de les Corts.

—¿Y cuál es? —preguntó Ana Cortés, que más que la pregunta de una criminóloga pareció una indiscreción de periodista.

—Da igual cuál es, nuestros compañeros no han dado con la clave —intervino Karla—. Si podemos ayudar, aquí estamos, ¿verdad, Álex?

Este sonrió a la compañera.

—En fin, quiero que lo investiguen ustedes —dijo el juez.

—Claro que sí —respondió Ferrer, haciendo la pelota; el juez ni se giró ni dejó de mirar al sargento postrado en la cama.

—Cuente con nosotros, señoría —aseguró Álex—. ¿Qué información tenemos?

El juez Vila, por un segundo, sonrió. Luego, agarró su maletín cuadrado, que se abría con varias cerraduras. Parecía una de esas maletas que usan los médicos cuando te visitan en casa. Sacó dos carpetas con dosieres y entregó uno a Karla y otro a Álex. La del sargento la cogió Ana.

Ferrer las vio pasar bajo sus narices como si fuera un niño al que le enseñan una tarta de chocolate y no lo invitan a probarla.

—Aquí está todo lo que se ha averiguado hasta el momento, pero se lo voy a resumir.

—Mejor —comentó Álex.

—Básicamente, no han encontrado nada. Lo que sucedió es lo siguiente: durante una fiesta que organizaba mi sobrino en un hotel, lo mataron. Se fue a una habitación con una chica y un desconocido que se debió colar en el hotel le cortó primero el pene y luego lo acuchilló. Destruyó su ropa en la ducha y se marchó en medio de los invitados. La mujer que estaba con mi sobrino quedó inconsciente con un fuerte traumatismo. Nada más.

—¿Por qué le cortó el pene? —preguntó Ana con las fotos del miembro tirado en el suelo en la mano—. Podía haberlo matado y ya está, ¿no le parece?

—Un sádico, un loco —respondió enseguida el juez.

Esa respuesta no convenció a la criminóloga, pero no quiso decir nada más. No quería seguir por esa tesitura. Álex lo vio y lo entendió al instante.

—Explíquenos cómo era su sobrino.

—Un abogado brillante. El mejor de la ciudad. Había heredado los genes de su madre, de los Vila, y no los de su padre, un timador y un cazafortunas. Tenía el mundo a sus pies y en sus manos. Y me lo han matado.

—¿Cree que puede haber sido un enemigo? No sé, algún cliente insatisfecho…

—Todas las causas las ganaba, sin excepción. Hasta la última.

—La última, ¿cuál fue la última?

—Muy sonada. ¿No lee la prensa, sargento?

—Lo siento, juez, suelo leer todas las mañanas la prensa, pero he estado unas semanas en coma y no me ha dado la vida para hacer eso también —respondió burlándose—. ¿Podría indicarme qué ha pasado en este tiempo?

El juez entrecerró los ojos con un áurea de comprensión.

—El caso Montsant. Un tema de corrupción y responsabilidades. Mi sobrino peleó duro hasta el final y lo ganó. Era casi imposible, pero él lo consiguió —afirmó, orgulloso—. Lo consiguió y, claro está, lo celebró.

—¿Qué quiere decir con que lo celebró? —preguntó el sargento.

—Pues que con cuatro amigos hizo una fiesta en el Hotel Rex.

—¿Cuatro amigos? —preguntó de nuevo Álex, moviendo la mirada hacia Karla, y esta se la devolvió.

—Algo íntimo, algo tranquilo. Es normal entre los abogados de Barcelona, imagino que fuera también. Cuando alguien gana una pelea, hay una celebración, ¿no? Lo hacen los boxeadores, los militares fumándose un puro, etc. —afirmó.

—Ya… —respondió de nuevo Álex sin estar del todo convencido—. Señoría, ha dicho que lo peleó duro. ¿Qué quiere decir?

El juez se rascó la barba blanca y luego se pasó la mano por la cabeza. Parecía un tic, lo había repetido varias veces mientras hablaba.

—Pau Gilabert, ¿lo conoce?

—¿Debería? —respondió Álex, que a cada momento se sentía más cómodo en su traje de sargento e investigador.

El cansancio que sentía por la noche estaba aún lejos. De la misma manera que una batería por la noche se tenía que cargar, él, a media tarde, ya estaba en reserva. Pero a esa hora de la mañana se sentía bien. Bueno, bien, considerando que acababa de salir de un coma irreversible del que los médicos afirmaron que no saldría.

—Pau Gilabert es uno de los mejores abogados de la ciudad. Joven hijo de un linaje de abogados, y ha perdido una causa importante del bufete en el que trabaja.

—Investigaremos. Karla…

—¿Sí?

—Habrá que visitar a este abogado a ver qué nos cuenta.

—Si lo encuentran… —afirmó el juez.

—¿Por qué? —preguntó Álex.

—Porque a lo mejor, después de esta causa perdida, se ha metido en un agujero por vergüenza —dictaminó el juez con un tono agridulce.

—Investigaremos —reafirmó de nuevo, mirando a Karla, y ella asintió y anotó—. ¿Algo más que pueda decirnos?

El juez negó mientras bajaba las comisuras de la boca.

—¿Tenemos fotos o vídeos del funeral? ¿Nuestros compañeros las hicieron? —preguntó mientras miraba a Ferrer, que solo esperaba una ocasión para volver a colarse en la conversación, pero desde luego no con esa pregunta.

—Creo que no.

El juez, al girarse hacia el subinspector, lo miró con la misma expresión que miraba cuando dictaminaba sus juicios, pero no dijo nada.

—Entonces, tendremos que ver si alguien ha hecho algunas fotos o algún vídeo, Karla. Redes sociales o lo que encontremos.

—Eso lo puedo buscar yo si quieres —intervino Ana.

—Fantástico.

El juez miró el reloj, retirando de su muñeca una camisa con gemelos, y levantó la mirada.

—Álex Cortés, confío en usted. Ferrer, tiene mi número para cualquier cosa.

—Mejor que nos lo dé a nosotros.

Este buscó en la americana apartando la corbata, que parecía muy cara, nueva y con un nudo cuidadísimo, y le entregó una tarjeta.

—Nadie tiene mi número de teléfono personal. Haga de él un bueno uso.

Álex le respondió bajando la cabeza. El juez se dio la vuelta, miró al subinspector y dijo antes de irse:

—Suerte.

Y se fue, dejando silencio en la estancia.

—Muy bien, chicos, ¿por dónde empezamos? —preguntó justo al cerrarse la puerta con el juez detrás.

—Empezaremos con que usted se marcha y nosotros iniciamos la investigación. ¡Gracias!

Al decir esas palabras, la situación en la habitación del hospital se tensó de golpe, igual que las facciones del subinspector.

09

El bucle volvía a empezar.

La tensión entre Álex y sus superiores era una historia sin final.

No era un problema de Ferrer, sino de Álex. Un espíritu libre, un potro desbocado e indomable. Un torbellino que ni siquiera el muro de un dique seco lo hubiera detenido.

Tras lo sucedido, no se había calmado su carácter afilado y guerrero. Ni la maldita bala disparada por Clara lo había detenido. Ni unas semanas en coma lo habían dulcificado. Desde luego, la mala noticia era que se había despertado aún más rebelde y combatiente. No dejaría que eso lo hundiera. Si la vida le había dado una segunda oportunidad, pensaba exprimirla. Empezando por el asesino del sobrino del juez y siguiendo por encontrar a ese hijo de perra de Néstor y su apóstol Clara, la que físicamente había apretado el gatillo.

En la estancia del hospital, el subinspector Ferrer miraba sin pestañear al recostado en la cama. Las espectadoras, Karla y Ana, apartaron la vista. Era una pelea de gallos en la que ellas no querían meterse; a ninguna de las dos le hubiera gustado estar en esa situación.

—¿Cómo ha dicho?

—Lo que ha entendido, subinspector. Gracias, pero cuando necesitemos su ayuda, lo llamaremos.

Ferrer dio un paso al frente y lo apuntó con un dedo.

Justo antes de hablar, Álex pensó que eso era justo lo que esperaba que hiciera, empeorarlo todo. Amenazar y forzar la situación con la única arma que tenía a su disposición: la autoridad.

—¡A mí no me dice lo que tengo que hacer!

Álex se quedó en silencio.

—Bueno, es igual, Álex, empecemos. Yo pienso… —dijo Ana, y fue interrumpida.

—¡Espérate! Antes, el señor subinspector estaba a punto de marcharse.

—No.

—¿No? Es mejor que sí o no vamos a continuar. El juez aún está en el edificio. Podemos llamarlo, tenemos el número, ¿por qué cree que se lo he pedido? Para no depender de usted —espetó, sin enfado pero seguro y con convicción inamovible—. Karla, pídele al juez que vuelva.

—Claro, Álex —afirmó ella.

—Esto se te está escapando de las manos —dijo Ana.

—No. Estas son mis condiciones, jefe: nos dejará trabajar solos. Nosotros tres, bueno, si Ana quiere ayudar, claro. Y lo iré informando cuando lo considere oportuno, ¿le parece?

—No —respondió como un niño enojado.

—Entonces, no hay trato. Chicas, devolved las carpetas. Lo dejamos.

Las dos mujeres miraron al jefe; Ana, con preocupación y Karla, con la barbilla ligeramente levantada.

Muchas veces, en el transcurso de la vida, tenemos bifurcaciones frente a nosotros. A veces tomamos la correcta y la olvidamos, la normalizamos. En otras, tomamos la equivocada y lo recordamos el resto de nuestra vida.

En ese momento, Ferrer tomó la correcta para su carrera y la incorrecta para su ego. El portazo que dio al salir de la habitación fue tan grande que el estruendo se extendió por los pasillos de la planta y casi se quedó con la maneta en la mano.

Álex cerró los ojos por el ruido.

No se sintió mejor cuando se marchó el jefe, pero sí más liberado.

Se giró hacia la ventana, el sol brillaba entre las olas que se apreciaban lejos. Un crucero pasaba entre los cargueros que esperaban entrar en el concurrido puerto de Barcelona.

Al lado, Karla tenía puestos sus ojos en él. En su mirada había una mezcla entre admiración y reproche. Nadie decía que sus modales fueran buenos ni populares, pero eran los suyos. Únicos e inequívocos. Gracias a ellos, había llegado hasta allí y había conseguido todo lo que se había propuesto.

—¡Ana! —dijo con tono serio y mirando a Karla, demostrando que no iba a tolerar perder ni un solo segundo en inútiles sermones—. ¿Qué te dice tu experiencia de que lo matara cortándole el pene?

La hermana regresó a las fotos del miembro tirado en la moqueta.

Bufó y se rascó la mejilla con su brazo manco.

—Es complicado. Puede ser un arrebato o una casualidad.

—Pero no lo es, seguro. Si le ha amputado su órgano sexual, es por algo. Seguro.

—Ya lo sé, pero puede que sea una coincidencia.

—Y si no lo fuera, ¿qué quiere decir?

—Puede que sea una venganza. Es un acto violento que nace desde la frustración, desde el castigo. Amputar algo es como decir «quiero que dejes de hacer eso». Quiero que dejes de hacer daño.

—Quiero que dejes de follar —espetó Karla.

—Puede ser —respondió Ana.

—A mí me da que el juez no nos lo ha contado todo —dijo Álex—. No creo que sea casualidad —insistió—. Algo tiene que haber relacionado con el sexo. De hecho, en una habitación, el sobrino y una chica en medio de una fiesta no se van a un apartado para jugar a cartas.

—Probablemente.

—Seguro. Me atrevería a decir que este hombre era el más gilipollas y malcriado de los abogados de la ciudad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Karla.

Álex sonrió.

—Me lo temo. Estamos jugando a cartas tapadas. El juez no nos lo ha dicho todo. O bien por vergüenza familiar, o por una cuestión de que no aceptáramos el encargo, o por algún tema de politiqueo.

—¿Qué tiene que ver la política con esto? —preguntó Karla.

—¿Por qué la comisaría de Travessera de les Corts? ¿Por qué tú y yo? Estamos más familiarizados con asesinos en serie que en casos legales. Hay algo de fondo que no me acaba de gustar.

—A lo mejor no hay nada —dijo Ana.

—Eres la ingenua de siempre, nunca cambiarás —replicó Álex.

—No le hables así, no se lo merece.

Álex gruñó.

—¿Qué más tenemos? —preguntó, cambiando de tercio.

—Fotos de la chica —dijo Karla, y le acercó una a Álex para que viera el destrozo en la nariz.

El fondo era de un hospital. Puntos de sutura y un hematoma tal que parecía que hubiera recibido un puñetazo de Mike Tyson en su mejor época.

—¡Uf! —comentó Álex—. Eso duele.

—¿Alguna vez alguien te rompió la nariz? —preguntó Karla.

—No, pero parece que eso duele —respondió Álex, mirando a los ojos de Karla.

Esa mirada penetrante la ruborizó. No pudo aguantarle la mirada, bajó los ojos y se pasó la lengua entre los labios.

—¿Hace falta tanta violencia? —preguntó Ana.

Álex dejó de mirar a Karla y se giró hacia su hermana.

—¿Qué opinas?

—Tenemos que verlo, pero quizá no hacía falta que le diera tan fuerte.

—Ni directo a la nariz. ¡Bum! —gritó Álex—. Tiene razón. ¿Qué opinas?

—Podría ser misoginia, ¿quién sabe?

—O, simplemente, con las prisas, lanzó un puñetazo y le dio donde le dio.

Álex se quedó pensando mientras Ana y Karla seguían haciendo suposiciones. Llevaban pocos minutos con ese caso, pero estaba seguro de que no existía un equipo mejor formado que ellos tres. Siempre y cuando su hermana se quedara, y eso no era seguro. Se lo preguntó.

—Ana, ¿te apuntas?

—¿No había quedado claro?

—No sé, para acabar de confirmarlo —dijo Álex.

—Con la condición de que pueda escribir un libro sobre esto.

—Ya veremos…

Ana puso los ojos en blanco. Álex la conocía, entendió que, a pesar de discutir, lo hubiera hecho igual. No podía impedírselo. Era su finiquito, la única moneda con la que le podía pagar por tener en la investigación a una criminóloga que no solo estuviese a su disposición, sino que apoyara codo con codo.

Suspiró.

—Seguimos. No podemos olvidarnos de… —dijo Álex, y justo se abrió la puerta.

Entró una mujer con ímpetu. No era guapa, pero sí atractiva, y se movía con un porte elegante, decidido, aunque al mismo tiempo dulce, como se mueven los bailarines en una pista de hielo. No preguntó ni dudó. La bata blanca que llevaba indicaba que, a fin de cuentas, aquella era su casa.

—Menudo genio el hombre ese, ¿no? —comentó la mujer de la bata.

—Ya te digo, es un cabronazo —respondió Álex.

Karla no se dejó embobar por la mujer.

—¿Quién es?

—Núria, de rehabilitación. Esta es Karla y ya conoces a Ana, mi hermana.

La fisio se detuvo y, muy educada, las saludó con un ligero movimiento de cabeza. Luego fue a buscar unas gomas y puso los brazos en jarra.

—Hora del ejercicio. Venga, todos fuera.

—¿Ya? ¿No puedes venir por la tarde?

—¿Nos hemos despertado quejicas hoy? —dijo, burlona.

—Bueno, ¿nos das un minuto? —respondió Álex, esa vez con tono serio.

Ella lo miró levantando las cejas. Sus ojos negros le daban una mirada muy intimidatoria a pesar de no serlo. Tenía el pelo del mismo color de los ojos, pero más intenso, tanto que parecía que estaba teñido de peluquería. Su rostro tenía rasgos marcados, unos labios carnosos y una nariz que se alejaba de los cánones de la belleza moderna.

Debajo del uniforme del hospital, llevaba un jersey de cuello alto que le daba discreción y sobriedad.

Lo apuntó con el dedo y le dijo:

—Te doy un minuto —dictaminó con autoridad—. Cincuenta y nueve. Cincuenta y ocho. Cincuenta y siete —concluyó, cerrando la puerta, y siguió contando mientras se alejaba.

Al desaparecer, se formaron unos instantes de silencio.

—Menudo general —dijo Karla.

—Bueno, ha hablado una que no tiene mucho carácter —ironizó Álex, refiriéndose a la compañera—. A ver, ¿qué os parece si os dividís? Ana, ve tú a entrevistar a la chica a la que el asesino le rompió la nariz. Creo que será interesante que vayas tú a averiguar quién es, cómo es, por qué la eligió a ella el

superabogado que dice el juez Vila y que, en definitiva, es la única que sepamos que ha visto al asesino.

Ana asintió.

—Me parece bien —asintió mientras cerraba la carpeta que sujetaba en su regazo.

—Karla, tú ve al Hotel Rex. Echa un vistazo a las entradas, salidas, cámaras, a la habitación, pregunta por allí. En fin, ya sé que lo han hecho los compañeros que llevaron el caso, pero tu olfato es lo que falta en el mamotreto que estás sujetando —dijo Álex, indicando la copia que sujetaba la compañera —. ¿Te parece?

—Ahora mismo.

—Gracias. Estamos en contacto con los móviles. Cuando acabéis, volvéis y repasamos los tres lo que habéis visto —concluyó.

La puerta se volvió a abrir.

—Tres. Dos. Uno. Fin de escaquearse. A trabajar, chaval. Todos fuera — ordenó Núria, y las dos, sin decir nada, se levantaron y se despidieron.

La fuerte mujer apoyó un pequeño altavoz y encendió la música desde el móvil. Se giró hacia el paciente y, de un solo golpe, quitó la manta junto a las sábanas.

—Empecemos, Álex. Hoy toca darle caña —espetó la mujer.

Álex, al ver salir a Ana y a Karla, las envidió enormemente. Prefería mucho más salir a correr detrás de un asesino e investigar antes que sufrir bajo las presiones y manipulaciones físicas de ese general de la Gestapo travestido de enfermera. Pero la bala que le cambió la vida lo llevó hasta esa cama. Le tocaba recuperar su vida y retomar las riendas. No era una tarea fácil, pero desde luego valía la pena. Al final, había tenido una segunda oportunidad en este mundo. Despertar de un coma sin casi secuelas no era la suerte de todos.

Empezaron a dolerle las piernas con la presión de la mujer mientras gritaba para forzarlo a apretar los músculos. Recordó lo bien que le iba salir a correr por el paseo marítimo de Barcelona. El mismo que pasaba frente al Hotel Rex, donde había sucedido el crimen. Todo giraba en torno a ese hotel y allí empezaba la investigación de la nueva comisión de investigación del asesinato del abogado Jordi Alemany.

10

El taxi dejó a la cabo Ramírez justo delante.

Un elegante botones le abrió la puerta una vez hubo pagado el viaje.

Dio las gracias y se quedó unos instantes bajo el toldo que protegía de la intemperie y del sol a los trabajadores. El chico se la quedó mirando, no con admiración, sino intentando entender lo que estaba haciendo la mujer.

Karla miraba a su alrededor. Nunca había ido a ese hotel tan caro. No, dicho de forma clara y sincera: no se lo podía permitir. Solo si le hubiese tocado la lotería, la misma en la que no creía y de la que no compraba décimos a pesar de que su madre le aconsejaba ir a no sabía qué administración. Otra opción hubiera sido agenciarse un novio milloneti, pero eso estaba aún más alejado, ya que su vida no giraba alrededor del dinero.

El espacio previo al edificio era diáfano. Una línea imaginaria, marcada por unos pilones metálicos, delimitaba la carretera y el acceso al hotel.

Los taxis y chóferes traían hasta ese punto a los clientes adinerados del hotel. El personal cargaba baúles y maletas de marcas caras en los carros aparcados en batería al lado del toldo.

Los empujaban atiborrados detrás de los clientes que llegaban para disfrutar del sol que hacía esos días.

En la carretera de acceso, había coches aparcados; Karla supuso que eran de personas de las oficinas de los alrededores.

Decidió moverse. Quiso entrar en el establecimiento. Levantó la cabeza y, detrás de lo que era el edificio rectangular forrado de cristales, que era el *hall*, sobresalía la gran torre. Ese hotel había redibujado todo el *skyline* de la ciudad. Tazas, imanes para neveras, camisetas y logos de la ciudad habían cambiado para actualizarse con esa nueva construcción.

Decidió dejar para después su visita al hotel y subir las escaleras que había a su derecha. Al final de estas, había una extensión de cemento plano, donde en ese momento se mezclaban turistas, patinadores y corredores que disfrutaban de las instalaciones.

Pensó que alguna vez incluso Álex habría pasado por allí para correr.

Continuó hasta la barandilla. Debajo, enormes bloques de hormigón defendían la estructura artificial que algún equipo de ingenieros había conseguido construir robando metros al mar.

Detrás, la torre de cristal de casi noventa metros.

Karla sonrió, ya que pensó que esa enorme estructura recordaba las antiguas luchas del renacimiento, donde duques y nobles construían las torres más altas de la ciudad para demostrar riqueza y una inútil competición por quién de ellos la tenía más larga.

A los pies de ese amasijo de cristal, acero y ego, pensó que una mujer no lo hubiera construido.

Después de unos pensamientos muy personales, regresó a la entrada.

Las puertas se abrieron y fue directa a la recepción.

El ambiente era fresco y distinguido. La suave moqueta anulaba los ruidos de los pasos. Un perfume de lavanda y cedro daba la bienvenida en el amplio salón, junto a una música relajante de fondo.

A la chica que la atendió le enseñó la placa y le explicó a qué había ido.

Esta llamó al conserje y le explicó que la presidencial estaba vacía.

—Si quiere, le dejo las llaves —dijo mientras la chica preparaba la llave magnética—. ¿O prefiere que la acompañe?

—Explíqueme dónde está, ya me apañaré.

El hombre le pasó la llave después de habérselo indicado.

—Tardaré poco, no se preocupe. Volveré enseguida para ver las cámaras.

El hombre hizo un ademán y le señaló la dirección del ascensor.

Karla apretó el botón del último piso y fue directa a la parte más alta de la torre de cristal. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, tuvo delante el panorama que nunca había visto: su ciudad desde noventa metros de altura.

Se sintió como si diera una vuelta con un helicóptero. Desde esa perspectiva, se veían todos los monumentos más emblemáticos que sobresalían de la caótica extensión de edificios.

Miró por la ventana solo por unos instantes, no había ido a eso.

Siguió las explicaciones del conserje y llegó a la puerta indicada. Levantó la mirada, allí había una cámara de vigilancia igual a las que había visto en el resto del hotel.

Subió una ceja.

¿Cómo no sabían quién demonios había asesinado al abogado con todas esas cámaras?

Llevaba contadas unas cuantas. En la recepción, en la entrada no había punto ciego. Y, por supuesto, en ese pasillo, el de la *suite* presidencial.

Apareció una luz verde y se desbloqueó el mecanismo.

Dudó un segundo antes de empujar la puerta.

Pero cuando lo hizo, se le abrió la habitación del asesinato.

Era enorme y tenía una decoración moderna, minimalista. Ella no entendía mucho de decoración, prefería el caos decorativo pluriestilístico, así lo llamaba ella. En una misma habitación, cada mueble y elemento debía ser de un estilo, país, año y color diferente entre ellos.

Caos decorativo pluriestilístico.

Lo que tenía delante costaba una fortuna y no le gustaba para nada. Demasiado caro, demasiado impersonal.

Dio un par de pasos para echar un primer vistazo y se volvió a girar para cerrar la puerta; esta se abrió de repente.

Un hombre apareció y la apuntó con una pistola.

No le dio tiempo de reaccionar, menos de sacar su arma. Solo pudo levantar las manos en un acto de defensa y protección.

—¿Quién coño eres tú? —ladró el hombre que la apuntaba con aire de tener el gatillo fácil.

11

El taxi la dejó delante de la perfumería.

Pagó y bajó del coche. En su gran bolso de marca, llevaba la gruesa carpeta que había llevado el juez. La repasó en el coche, detalles y pequeñas ideas podían salir desde cualquier apunte, folio, instantánea. Lo más interesante siempre eran errores, pequeños matices que, en una pesquisa, se apuntan casi sin querer. Ella lo sabía y analizaba los documentos con profundo interés y dedicación.

Mientras iba en el coche que la llevaba a la perfumería, fue inevitable pensar en el libro que podía escribir con ese material. Después de que la plataforma de *streaming* abandonara el proyecto de Néstor, se encontró con menos trabajo.

Envió un mensaje a su editor, Patrik Cletman. El escandinavo con ojos de hielo no tardó en contestar. Dijo que le encantaría estudiar la publicación de ese libro sobre el caso Alemany.

Eso la tranquilizó. Desde hacía unos meses, su situación económica era como un columpio. Escribir libros de nuevo, es decir, básicamente todo lo que había hecho hasta el momento, le devolvería la tranquilidad y estabilidad que necesitaba en su vida.

Entró en la perfumería y, después de un vistazo rápido sin encontrar a la chica, se acercó a una dependienta.

Se presentó y preguntó por ella.

—¿Elena? Pobre, no sé cuándo volverá, tiene la cara hecha un Cristo —respondió la empleada.

Esa explicación le resultó violenta y fuera de lugar a la criminóloga.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Estará en casa —afirmó la chica, que era alta, guapísima y rubia. Luego se le acercó y casi susurrando confesó—: Yo, con esa cara, no volvería a pisar la calle —dijo con una risita malévola.

«Si tuviera la otra mano, te habría metido un guantazo», pensó Ana. Pero no hubiese sido justo ni constructivo. No estaba en esa perfumería para defender a esa muchacha, sino para buscar la verdad.

—¿Sabes dónde vive?

La rubia alta, con un gesto elegante y de diva, sacó el móvil y le dio el número de teléfono y la dirección de su casa.

Salió de ese lugar sin darle las gracias.

Subió a otro taxi y fue a la dirección que le había proporcionado. Resultó estar a un par de manzanas de distancia. El taxista le confirmó que era el mínimo de la tarifa, el contador ni se había movido.

De haberlo sabido, habría ido caminando.

Pagó y bajó del coche. Sonó el timbre y le contestó una voz femenina.

—¿Elena? Soy Ana Cortés, necesito hablar contigo.

—Váyase. No concedo entrevistas.

Ana pensó que no tenía que haber sido fácil su historia. Le explicó quién era y la dejó subir.

Un tercero sin ascensor. Un piso de estudiantes, aunque Elena no era universitaria, sino una chica de las afueras de Barcelona en busca de su camino.

Había encontrado un trabajo y un lugar para vivir. Una habitación en ese pisucho de mala muerte, que olía a compañeros de piso que no usaban la ducha, que limpiaban poco y donde la lavadora era un extra que el casero se podía haber ahorrado.

Ana sonrió mientras le servía una taza de té verde.

—Gracias —dijo ella.

Elena se vertió agua hirviendo ella también, pero con una bolsita de roibos.

—Tengo ganas de que esto pase —murmuró con la taza entre las manos, calentándose.

Ana se la quedó mirando con ternura, casi como si fuera una hija. Su rostro había quedado desfigurado; la nariz, con una cicatriz y algo torcida. En una tienda de perfumería, no habría vuelto a encajar. Era un pensamiento duro,

machista pero real. Una pija no habría estado cómoda atendida por una dependienta en esas condiciones.

Ana suspiró.

—Mira —dijo Elena mientras sacaba un móvil del batín de osos rosas que llevaba—. Mira qué guapa que era.

Ana miró la foto que tenía como salvapantallas en el móvil bloqueado. Aparecía en un día de verano, al atardecer, justo cuando la luz es cálida. Llevaba un vestido blanco y el mar de fondo, en algún lugar de la Costa Brava. Bronceada y con una nariz preciosa, la misma que la genética de su familia le había dado.

—Sé lo que se siente. Te lo aseguro.

La chica la miró horrorizada.

—Eres guapísima, ¡qué vas a saber tú!

Ana se subió la manga del brazo manco.

—Un asesino quiso matarme. Me dejó en una cisterna de agua con la mano cortada. Si no llegan a encontrarme, hubiera muerto de frío y devorada por las ratas. —La chica calló y bajó la vista—. Entiendo que para ti ser guapa es importante, pero no lo es tanto cuando ves la vida con perspectiva. Lo que te ha pasado te hará mucho más fuerte si quieres.

Ella levantó la cabeza y fue a decir algo, pero la bajó enseguida.

—La Seguridad Social me pagará la cirugía plástica de la nariz. Regresaré como antes.

—Nunca serás como antes.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que el carácter se forja con los problemas. Si solo eres guapa y buscas triunfar por tu aspecto, te pierdes una parte importante de la vida.

—¿A qué viene esto? —espetó con tono molesto.

Ana suspiró, dio un trago al té lentamente, pero aún estaba muy caliente.

—¿Por qué fuiste a esa fiesta, Elena?

La chica giró la cabeza hacia la derecha. La verdad era dura, como el puñetazo que había recibido esa misma noche.

—Quería que me desmayara. Y lo consiguió. Los médicos dijeron que podía haberme partido la mandíbula y haber creado secuelas irreparables en el cerebro.

—Pero no fue así.

—No, solo esto… —dijo mientras indicaba su nariz torcida.

—Vaya. Entonces, te ha ido bien.

—Podría haberme empujado. Llevaba un pasamontañas, yo no habría hablado.

—Podría haberte matado…

—Ya.

—Y no necesitarías una nariz nueva.

—Ya…

—¿Te acuerdas de algo?

—Se lo expliqué a la policía.

—Me gustaría que me lo explicaras a mí. No como a una amiga ni como a un policía, sino como psicóloga. Como persona que intenta hacer justicia en este suceso. No quiero juzgar, para eso están los jueces, solo quiero saber la verdad y si te puedo ayudar en algo —dijo sonriendo—. Aquí me tienes.

Elena suspiró hondo, como cuando se tiene ansiedad y hay una sensación de que los pulmones, a pesar de intentar respirar, no se acaban de llenar del todo.

—Una amiga me dijo lo de la fiesta.

—¿Era la primera vez que ibas a esas fiestas?

Elena asintió.

—Me avergüenzo. Me avergüenzo tanto… No he vuelto al pueblo con mis padres. Soy el hazme reír de allí. La gente dice que soy la chupapollas. La que me quedé con la polla en la boca. Bestialidades. Bestialidades así dicen a mis espaldas. Ya sabes cómo son los pueblos pequeños, ¡joder! Me horroriza volver —espetó entre sollozos.

Ana arrugó el ceño, podía entenderla. Apoyó su mano encima de la de la chica.

—Sigue, por favor —dijo, sabiendo que, si seguía hablando, incluso le vendría bien.

Elena suspiró varias veces. Sacó un pañuelo y se secó la nariz.

—Una compañera de la perfumería me sugirió ir con ella a una fiesta.

—¿Quién?

—Verónica.

—¿Cómo es?

Elena se lo pensó un momento.

—No sé, alta, guapísima, pelo largo y rubio. Es la única rubia en la perfumería.

—Sí, la he conocido.

—Pues ella. Verónica me dijo que esas fiestas eran de otro nivel. Que nos divertiríamos.

—¿Que os divertiríais?

—Ella ya había estado allí, incluso había estado con él.

Ana afinó los ojos.

—¿Él?

—Sí, con él —respondió Elena mientras asentía—. Con Jordi Alemany.

12

Solo le dio tiempo de tragar saliva.

Nada más.

Karla subió las manos con la llave magnética, totalmente sorprendida por el hombre que había entrado en la *suite* presidencial del Hotel Rex.

Su mirada le daba a entender que era la de un hombre con pocas ganas de preguntar y muchas de disparar.

Repitió la pregunta.

—¿Quién coño eres? —gritó, esa vez cargando la pistola con una mano y cerrando la puerta con la otra.

—Soy la cabo Ramírez, de la comisaría de Travessera de les Corts —respondió con voz tranquila, distendida y colaboradora—. Estoy encargada del caso del asesinato de Jordi Alemany. ¿Quién coño eres tú?

Al hombre, la respuesta no le gustó.

—Soy policía —respondió con el ceño fruncido y, acercando las manos al mango de la pistola, se escudó detrás—. ¡Date la vuelta!

Karla se lo quedó mirando un segundo. Llevaba una chaqueta oscura, pelo corto, cejas tupidas, una cicatriz en la mejilla y un tatuaje que le sobresalía del cuello de la camiseta.

«¡Maldita sea! ¿Cómo no lo he oído llegar? ¿Estoy perdiendo mis facultades?», pensó que arrancaba de la peor manera la investigación.

Karla se giró.

—¡Baja las manos! —gritó el hombre, le dobló un brazo y le colocó unas esposas.

—¡Maldita sea! ¿Eres idiota o qué? —gruñó Karla.

No le dio tiempo a decirlo antes de que el hombre le tocara la cadera, el tejano en la parte de los bolsillos traseros y luego la chaqueta. Con la celeridad

que la cacheó, le tocó los pechos. Él seguramente ni se enteró, pero a ella le molestó.

Encontró su pistola y se la quitó. Luego, la placa.

—¡Joder! Eres una poli de verdad.

Karla se dio la vuelta.

—¿Has acabado de toquetearme?

El hombre había bajado el arma. Su rostro seguía igual de enfadado y oscuro. Con su barba dejada y su sombría expresión, parecía más un traficante de drogas recién llegado en una narcolancha que un policía.

—Gírate —ordenó después de haber mirado su placa.

Ella obedeció y él le quitó las esposas que le había puesto en ese movimiento rápido, casi de mago.

Se tocó las muñecas, ese hombre le había hecho daño.

—Toma —dijo mientras le devolvía su identificación y el arma.

El hombre puso el seguro y guardó su pistola.

—¿Qué coño haces aquí? —insistió.

—Oye, tío, ¿de dónde has salido tú? Perdona, ¿te he hecho daño? Lo siento, te he confundido. No te preocupes, me llamo tal y soy tal cosa —espetó con las cejas arrugadas y un tono de reproche enfadadísimo—. ¡Maldito seas! ¿Quién te ha enseñado modales, un narcotraficante?

El hombre estiró la espalda, sin cambiar de expresión.

—Luis Malagrid, sargento de los Mossos d'Esquadra —se presentó, y le tendió la mano.

Ella la alargó, pero la puso en posición horizontal y dijo:

—¡La placa! —exigió como venganza mientras le hacía el gesto para que se la diera.

Este no se lo pensó, la sacó y se la enseñó sin dársela.

—¿Está bien?

—No, no está bien. Me has tratado como a una terrorista.

—¿Qué coño has venido a hacer aquí? ¿Para qué?

—No puedo decírtelo.

—No hay que ser un lumbreras para saberlo.

—¿Entonces por qué me lo preguntas?

—Porque quiero que me lo digas.

—Tengo que investigar el asesinato del abogado. Ya sabes, el que mataron aquí.

—No hace falta, ya puedes marcharte. Mi comisaría lleva el caso.

—Claro, y lo lleva tan bien que nos lo han encargado resolver a nosotros —respondió Karla con tono de superioridad.

El hombre se la quedó mirando perplejo; ella aún se estaba masajeando las muñecas y lo observaba con desprecio. En su rostro demostró que había atado cabos.

—Ahora entiendo por qué el juez nos pidió… Maldita sea.

—Claro, tío —espetó mientras con la palma de la mano le daba un golpecito en el hombro.

Luego se dio la vuelta y tuvo de nuevo delante la moderna *suite*.

—Menudo lujo, el tío este, hacer una fiesta en esta habitación. ¿Qué puede costar? —se preguntó mientras iba hacia las ventanas que daban al lado este de la torre, hacia el mar.

La sensación era de estar en un barco, pensó Karla. O, mejor aún, en un zepelín sobre el mar, cruzando los océanos en busca de algo o, simplemente, cruzando continentes.

—Unos veinticinco mil euros la noche —respondió el policía—. Unos cincuenta el fin de semana.

La mujer se giró hacia el hombre con los ojos abiertos de par en par.

—¿Perdón?

—Quince mil euros la noche más un DJ toda la noche, servicio de bebidas y *catering* con personal del hotel, servicio de limpieza y mantenimiento posterior para arreglar todo el destrozo. Parquin, ostras, caviar, *champagne* del bueno con bengalas. Más o menos, unos veinticinco por día… —describió, y se detuvo en seco.

—¿Y qué más?

El hombre se sentó en uno de los sofás modernos y en apariencia cómodos con vistas al mar.

—Más todo lo que no sabemos que ha desaparecido, robado, tirado por el wáter, etc.

—¿A qué te refieres?

—Pues a todo lo que no aparece en la factura del hotel. Tía, ¿de dónde caes? ¿No te has estudiado el informe?

—No he tenido tiempo, me lo han dado hace un par de horas. ¿A qué narices te refieres?

—Maldita sea, estamos arreglados, es que no te has enterado de nada, veo —dijo mientras negaba con la cabeza y tono de estar perdiendo el tiempo—. Me refiero a drogas de varios tipos, a prostitución, a bebidas, etcétera, etcétera —acabó como si fuera el profesor y Karla, la alumna tonta que, además, no había estudiado.

Esa manera de hablarle, a Karla le provocó más sarpullido que restregarse desnuda en un campo de ortigas.

—No me vengas con ese tono…

—¿Cómo?

—¡Ya lo sabes! Si hubieras hecho bien tu trabajo, no estaríamos aquí, listillo. El juez no me habría llamado a mí y a Álex para que nos encargásemos de esto. Si tu equipo hubiera hecho bien su trabajo, ahora estaríamos todos en otra cosa… —dijo, y se detuvo porque estaba a punto de llamarlo «guapo», pero lo pensó y camufló de manera algo torpe que faltaba esa palabra.

El otro policía, que tenía las piernas cruzadas y los brazos extendidos en el respaldo del sofá, levantó las manos por un segundo.

—Todo tuyo, Olivia Benson —espetó, refiriéndose al personaje de la serie de *Law & Order*.

La respuesta le hizo subir el nivel de intensidad del sarpullido. Hubiera querido gritar, pero se contuvo. El conserje le había indicado, antes de subir, que tenía que entrar una pareja de americanos y que podía llegar en cualquier momento.

Tenía que dejar esa conversación de besugos y hacer a lo que había ido.

Tragó saliva, ego y siguió.

—¿Cómo sabes que consumieron drogas?

El hombre la miró mal, sacudió la cabeza mientras descruzaba las piernas, apoyó las manos en las rodillas y se levantó.

—Veo que no conoces para nada al Rey del Foro.

—El Rey… ¿cómo?

—Jordi Alemany, sobrino del juez Vila e hijo de la abogada Matilde Vila. Linaje de abogados de Barcelona. ¿En serio no conoces a su madre?

—¿Debería?

El policía le hizo un gesto para que lo dejara.

—Jordi era más o menos bueno. No era un Perry Mason, pero digamos que tenía un buen respaldo. Un niño mimado, fiestero y conflictivo.

—¡Vaya pieza!

—Mira, entre tú y yo —dijo, y bajó la voz mientras se acercaba a la mujer —, casi que nos ha hecho un favor, el mundo es mejor sin ese tío en la calle.

Karla arrugó el ceño, lo que acababa de decir no le gustó para nada. Sin embargo, lo que sí le gustó fueron sus ojos, verde oscuro casi marrón. Fuertes, penetrantes.

—Los de la científica encontraron trazas de hasta cinco sustancias ilegales. Drogas, vaya.

—¿Y no pudisteis localizarlas?

—Nada. Todo en bolsillos, wáter o vete saber dónde… Los amigos fueron muy eficientes en hacerlo desaparecer todo. ¡Todo!

—¿Qué más puedes decirme?

—Pues que sus fiestas eran la sensación de la ciudad. Todas se lo rifaban.

Karla pensó que esa frase desprendía un poco de envidia.

—¿Qué más?

—No sé, si quieres, te enseño la escena del crimen —dijo, indicando la habitación.

Karla se dio una vuelta por la sala de estar de la *suite* y lo siguió.

El hombre le abrió la puerta y la dejó entrar, como si, de repente, se le hubiera encendido una modalidad caballeresca que tenía apagada.

—Por favor.

Karla atravesó el pasillo que conectaba la sala con el dormitorio. Se abrió delante de ella una estancia con el mismo estilo decorativo y una cama cuadrada que podía ser de dos metros y medio. Las ventanas daban al mar y al puerto. En ese momento, pasó un avión que estaba a punto de aterrizar en la pista norte del aeropuerto de Barcelona.

La policía bajó la vista y vio que las manchas de sangre ya no estaban.

—Lo encontramos aquí.

—¿A Jordi?

—No, su pene.

Ella arrugó el rostro, esa visión le provocó que las tripas se le revolvieran. Tenía aún en sus retinas la foto con el miembro masculino en el suelo.

—¿Y la chica?

—Cuando llegaron los primeros agentes, la encontraron en la cama con amigos que intentaban reanimarla.

Karla miró al *mosso* y le preguntó:

—Estamos en el piso 26. ¿Cómo se fue el asesino, sin ser grabado por ninguna cámara?

Él dio un paso hacia ella y la miró con intensidad.

—Aquí está la clave, Olivia Benson —dijo mientras levantaba una ceja y la observaba con descaro—. Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó.

13

La conversación se hacía más interesante por momentos.

Ana Cortés, en la cocina de la casa de estudiantes de la muchacha, daba pequeños sorbos de té mientras Elena explicaba lo que había pasado esa noche.

La noche del asesinato del abogado había sido invitada por una compañera de la perfumería a una fiesta. Mejor dicho, a «la» fiesta de esa noche.

Nada era más lujoso que una de las fiestas de Jordi Alemany. Nada. Si estabas en sus fiestas, eras alguien en Barcelona. Si no ibas o no te invitaban ni una vez, eras un pringado.

—Verónica me dijo que ella iba esa noche. Me dijo que Jordi le había pedido que llevara amigas nuevas. Que vendrían amigos de Madrid o algo así —contó Elena mientras intentaba recordar lo que había pasado esa noche—. Necesitaba amigas.

—Necesitaba amigas y tú le dijiste que sí.

Elena bajó la mirada.

—Ella decía que era una pasada y que fuéramos, que pasaríamos un rato divertido en un hotel de ensueño, todo pagado y, si encima te elegía, verías las estrellas.

—¿A qué se refería Verónica?

—Ella estuvo con él una noche de esas.

—¿Quieres decir que se acostaron?

—Sí. Espera. Dijo: «Me folló toda la noche» —recordó con un tono amargo —. Es que Verónica es muy guapa y lo entiendo. Pero fue una excepción, por lo que entendí.

—No te sigo.

—Sí, quiero decir que Verónica tendrá treinta y pico años. A Jordi le gustaban jóvenes… —dijo, y tosió un par de veces—. Muy jóvenes.

—¿Cuánto de jóvenes?

Ella miró hacia otro lado.

—Mucho, incluso demasiado.

—¿Había menores de edad en esa fiesta?

—Verónica dijo que solía haber, pero esa noche precisamente no, o aún no habían llegado. ¡No lo sé! Así que me eligió a mí.

Ana se estaba haciendo una radiografía de lo que era Jordi Alemany. Lejos de la descripción de su tío, se estaba componiendo en su mente el típico *identiquit* de lo que ella llamaba «pájaro de mucho cuidado».

—¿Cuántos años tienes, Elena?

—Veintidós.

Ana bufó.

—Sigue, por favor.

—Esa noche se paseaban chicas con las tetas al aire ofreciendo coca en una bandeja.

—¿La probaste?

—¡No!

—Era solo por preguntar.

—En cuanto entramos, nos pedimos una copa. Luego, Vero se hizo un par de viajes con esa mierda, pero yo no. A mí eso no me gusta.

—Pero fuiste sabiendo que había drogas.

La chica asintió y miró sus manos. Recordó que tenía el roibos y dio un sorbo.

—Sigue, por favor.

—Aún recuerdo los ojos fuera de órbita de Vero cuando Jordi me dijo al oído que lo siguiera.

—¿Y qué pasó después?

—Fuimos a su habitación. Comenzó a besarme en la boca, luego en el cuello y me metió la mano dentro de las bragas; me tocó un rato. Fingí que me gustaba para complacerlo. Después, me metió la mano dentro del escote y me manoseó los pechos. Cuando sacó la mano, me llevó a un mueble, se preparó dos rayas y se metió una. Me ofreció la otra, pero yo no acepté. Así que me empujó la cabeza y me dijo… —recordó, y se detuvo tomándose unos segundos antes de continuar— ¡chúpamela! —suspiró.

Recordar esas palabras le dolía, como si fueran trozos de cristal de un vaso roto y a cada gesto le provocaran cortes.

—Lo estás haciendo muy bien.

Ella asintió.

—Le bajé los pantalones. Imaginaba que tendría una… —dijo, y señaló un tamaño de miembro como el de una estrella de películas porno—. Tenía un pene más pequeño de lo que me imaginaba. Todo imaginación y ego, creo.

—Sigue.

—Me lo metí en la boca y empecé a darle placer, mientras que él se seguía poniendo de coca. Una tras otra. Eso me estaba haciendo sentir rara. Pero, ya que estaba, no podía escapar, se hubieran reído de mí. Asistió la gente más vip de la ciudad, ya sabes. Así que quise centrarme en la mano con la que me estaba intentando dar placer. Me la metí debajo del vestido, aparté la ropa interior y me di placer. Pensaba en un ex que tuve, y seguí hasta que sentí el sabor de la sangre. Me costó entender qué había pasado. ¿Qué hacía su polla en mi boca si Jordi estaba de pie, lejos de mí? Entonces vi al hombre encapuchado.

—¿Le viste los ojos?

—No. Bueno, creo que sí, pero no me acuerdo —respondió, sacudiendo la cabeza y tapándose la cara con sus propias manos—. Fue rapidísimo. Vi su puño y sentí como me iba al suelo. El pene se había salido de mi boca y ya no me acuerdo de nada más. Me desperté en el hospital.

Ana le sonrió.

—Has hecho un gran trabajo. Esto te ayuda. Cada vez que lo recuerdas, te ayuda a superarlo, ¿sabes? —la reconfortó la criminóloga.

—No creo que sea tan fácil.

—Necesitas tiempo, Elena. Escúchame, ¿recuerdas algo más?

—¿Qué quieres decir?

—No sé, un detalle, cómo entró, cómo era, un tatuaje, un acento, si dijo algo… Lo que sea —dijo Ana mientras asentía.

—No.

Ana sonrió. Pensó que el *shock* que había sufrido esa chica le había cerrado la memoria en un cascarón que le costaría mucho tiempo romper.

Pero la joven se quedó mirándola casi sin parpadear.

—Espera, no sé si es mi recuerdo o lo que mi mente ha recreado. Pero creo que le dijo algo como «Nos volvemos a ver» o «Tú otra vez». No lo sé, puede que sea mi mente que lo recrea de nuevo. No te lo tomes como cierto.

—Puede ser, la mente rellena los agujeros y a veces lo hace con cosas que imaginamos. Pero lo tendré en cuenta. Gracias.

—No creo que te haya podido servir de mucho.

—Eres valiente. Y muy joven. En unos años, todo esto será un viejo recuerdo —aseguró Ana, y dio el último trago a su té verde. Hizo el gesto de levantarse y pensó en algo más—. Espera, si alguien te ha dado tan fuerte, puede que haya sido por rabia o venganza hacia a ti. Una fuerza así es inaudita, ¿no?

—Hace días que lo pienso. Pero yo no he salido con nadie en Barcelona. Solo chicos ocasionales. Nada del otro mundo.

—Es decir, no crees que sea un ex tuyo intentando vengarse. —Elena negó —. ¿Nadie puede querer vengarse? ¿Ningún viejo amor?

—No, no. No creo.

—Ya. ¿Y recuerdas cómo iba vestido?

—De negro —contestó con esfuerzo—. Algo de blanco, pero es más de lo mismo; no sé si es mi mente, los recuerdos o la imaginación. No lo sé.

Ana asintió.

—Gracias. De verdad, gracias por tu coraje al explicarlo —dijo, y se acercó a pocos centímetros de ella, aunque en medio estaba la mesa de la cocina—. Los que te critican en tu pueblo son los típicos que no han salido de sus casas y no han visto el mundo que hay ahí afuera. Tú lo has visto, Elena. Y te ha golpeado. Hoy eres más fuerte que antes. Los huesos se arreglan, Elena. Las narices se reconstruyen, pero la ignorancia se queda. Eres una luchadora y una superviviente. Que nada ni nadie te haga sentir lo que me dijiste al principio. Solo tú decides lo que te hace daño o lo que te afecta. Tú tienes el poder —confirmó, y le guiñó un ojo; buscó en su americana y se sacó una tarjeta de visita—. Cualquier cosa, puedes llamarme a cualquier hora.

Elena asintió mientras aguantaba el llanto, apretando los labios.

Dicho eso, Ana se levantó y se fue del piso de estudiantes. Bajó y cogió el primer taxi que pasaba por la calle.

Indicó la dirección de Sabadell. Directa a la morgue, a conocer a la Dama de la Muerte por primera vez, después de tantas veces que la había nombrado Álex. La autopsia del cadáver de Jordi Alemany la había realizado ella y tenía muchas ganas de conocer el contenido de su informe.

14

Karla arrugó el ceño.

Después de un buen rato, ese hombre le pedía el nombre.

«Menudo cabrón», pensó.

Pero dentro de lo cabrón que era, había algo que la atraía. Quizá sus ojos, su actitud de superioridad o porque le recordaba a Álex.

Sacudió la cabeza y se exigió centrarse.

—Karla Ramírez —dijo, impasible.

—Mucho gusto, cabo Ramírez. ¿O te puedo llamar Karla?

—Preferiría cabo Ramírez.

Él se extrañó, pero asintió con una cierta decepción.

—¿Has controlado las cámaras? ¿Cómo ha salido de aquí ese hijo de perra?

—Ese hijo de perra ha eliminado a un depredador sexual.

—¿Estás de acuerdo con el asesino? —dijo ella, acercándose.

El *mosso*, a pesar de su aspecto dejado, llevaba un perfume que la estaba embriagando. No supo determinar cuál, pero no era desde luego uno de esos que se compran en los estantes de un supermercado barato, en oferta o con un *pack* de varias cosas.

—A lo mejor eres tú, por eso la investigación no ha avanzado.

Al hombre le gustó que se acercara la mujer y, al escuchar la teoría de Karla, estalló en una sonora carcajada.

—Perdona, pero me ha hecho mucha gracia.

A ella no le hizo ninguna su reacción y se alejó. Se colocó de espaldas a las ventanas para tener la vista de la estancia.

—¿Has terminado de reír? Explícame las grabaciones.

—¿No están en el dosier?

—¡No!

—¡Ups! Quizá me olvidé de meterlas.

—Da igual, las pediré abajo.

—Las han borrado.

—Pues le pediré al juez que nos las envíes.

—No hace falta. Yo te las llevaré mañana y desayunamos. O esta noche, con una cerveza —dijo él con el mismo tono que un jefe habla a una subordinada.

—Ni en tus sueños.

—Es solo cuestión de tiempo —respondió, seguro de sí mismo, mientras se agarraba las solapas de la chaqueta.

—¡Cómo salió de esta maldita planta! —gritó insistiendo.

El hombre se puso firme.

—No lo sabemos. La única respuesta posible es que esperó a la estampida y se coló entre ellos.

—¿Estampida? —preguntó más tranquila y con un cierto placer al ver que el hombre empezaba a colaborar.

—Cuando hicimos los interrogatorios, uno de los amigos de él nos contó que entró en su habitación, vio la escena y pidió socorro. Entre la confusión, la gente salió corriendo. Se produjo una estampida, casi se asfixian un par de chicas al caer entre la masa de gente que había en la fiesta.

—Estaba muy bien estudiado.

—Más de lo que imaginas. ¿Qué crees, que nos chupamos el dedo en mi comisaría?

La mujer prefirió no contestar, la conversación estaba comenzando a tomar una dirección constructiva.

—Así que no tenéis una idea de quién, ni por qué.

—¿Crees que estaría aquí si lo supiera?

Ella puso los ojos en blanco.

—Por favor, ¿puedes contestar?

El sacudió la cabeza.

—¿Puedo decirte lo que pienso? —susurró.

Ella afinó los ojos y pensó si seguirle el juego, no sabía si eso era un momento de sinceridad o una trampa. Asintió.

—Era un cáncer para la sociedad. Me alegro de que se lo hayan cargado.

—Vaya —espetó ella con desaprobación.

El hombre se aproximó de nuevo a la mujer y se colocó a su lado, mirando el mar.

—Me imagino que al juez Vila se le olvidó indicaros que su sobrino fue absuelto por varios amigos suyos por denuncias de violación…

—No lo mencionó.

—Lo habrá olvidado, no se lo tengáis en consideración —respondió con un tono que más sarcástico no podía ser.

Esa palabra le entró en la cabeza y no dejó de reproducirse en bucle, en un eco infinito: violación.

—De hecho, una era menor de edad en ese entonces.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué pasó? Pues que se diluyó en el pasado, lo absolvieron por ser quien era. Y las que no llegaron a juicio porque retiraron la acusación seguro que recibieron dinero a espuertas.

—Vaya, un buen chico.

—Eso es.

En ese momento, llamaron a la puerta. Alguien preguntó por la cabo Ramírez.

Los dos *mossos* salieron de la habitación de la *suite*. Era un botones. Al verla, se detuvo.

—Lo siento, el conserje me ha pedido que le diga que tiene que dejar la habitación, han llegado los huéspedes —anunció, y les señaló la salida con extrema educación.

Karla echó un último vistazo y salió detrás del sargento. Una vez fuera, se dio la vuelta y esperó al chico. Este abrió un mueble, cogió un ambientador de espray y lo esparció por todos los lugares en los que habían estado para ocultar cualquier olor de presencia humana que hubiera estado en la *suite* presidencial en las últimas horas.

Lo guardó y salió. Al ver a los dos policías, les sonrió.

Karla sacó la placa.

—¿Conocías a Jordi Alemany?

El chico se puso de puntillas y se arregló la americana de botones.

—Claro. ¡Soltaba cada propina! —respondió, orgulloso.

—Me gustaría hablar contigo cinco minutos.

—Cla… —quiso responder el chico, pero fue interrumpido por el sargento.

—Ya hice yo todos los interrogatorios al personal, amigos de la víctima y demás —espetó el hombre como si le acabaran de pisar el pie con una bota de montaña—. ¡No hace falta!

Karla se lo quedó mirando por un segundo, pensó y le respondió.

—Pues las repetiré —afirmó, y se agarró al brazo del chico mientras caminaban en dirección al ascensor—. Dime qué recuerdas de ese hombre, aparte de las propinas.

—Sus maletas.

—¿Sus maletas? ¿Qué llevaba en sus maletas?

El chico se pasó la mano por la frente y apartó, sin querer, un poco su gorra.

—De todo.

—¿De todo?

El chico bufó y miró a su alrededor por si había alguien que lo pudiera escuchar.

—Hace poco que trabajo en este hotel, pero algo así nunca lo había visto. Fue un viernes hace meses, creo. Aparcó su pedazo de coche en el parquin y me dijo que recogiera sus maletas. Estaban abiertas y dentro había… —dijo, y se calló porque del ascensor salieron dos ancianos—. Mejor se lo cuento en otro sitio, a solas.

Karla asintió y entraron en el ascensor. Apretaron el botón de la recepción y bajaron. Le corroía la curiosidad de saber qué narices había en esas maletas.

15

La Dama de la Muerte estaba practicando una autopsia.

La verdad era que Ana no tenía muchas ganas de ver entrañas, cerebros extraídos de cráneos ni dedos amputados. No, nada de eso. Ana, a diferencia de Alba Guevara, era de explorar los cerebros de los criminales y de las víctimas con los sesos en su sitio. Hablando, con el poder de la palabra, no del bisturí.

Pero, caminando por el pasillo, con paso lento, observando a la forense en plena acción, vio similitudes. Al final, ella y esa mujer del otro lado del cristal eran más parecidas de lo que creía.

Llegó a esa conclusión.

Alba Guevara levantó los ojos como un guerrero durmiente. La observó hasta que llegó a la puerta y tocó.

—Pasa, está abierto.

Ana Cortés entró.

—Te estaba esperando —afirmó, subió las cejas y sonrió mientras Ana entraba.

—¿Me esperabas?

—Tu hermano me ha dicho que vendrías.

—Encantada —saludó Ana, y fue a darle la mano, pero sus guantes de látex de color, originariamente azul, estaban rojos.

—Siéntate, ahora hablamos.

—Estoy bien, gracias, llevo todo el día sentada. Estar de pie un rato me vendrá bien.

Su voz retumbó en la morgue, vacía. Bueno, del todo no, sobre una camilla había el cuerpo de un hombre con el torso abierto y sus órganos esparcidos junto a él. El olor a muerte y a óxido se notaban mucho, demasiado para Ana, incluso para cualquier persona que no estuviera acostumbrada a ese trabajo.

—¿Qué más te ha comentado mi hermano?

—Que me portara bien contigo —gritó desde la otra sala.

—¿Portarte bien? ¿Normalmente no lo haces?

—Bueno, digamos que, con tu hermano, hemos tenido nuestros… —dijo, apareciendo por la puerta sin mascarilla y sin guantes y secándose las manos— ¡quehaceres! —soltó con una cierta malicia, pero Ana, ingenua en ese sentido, no lo pilló.

—Ah, bien, sí. Bueno, mi hermano es un hueso duro y tozudo, muy tozudo, heredado de los abuelos —confesó Ana mientras asentía.

—Ya, siempre heredamos de alguien nuestro genio —respondió Alba—. Me ha dicho que vienes por la autopsia de Jordi Alemany. Asunto complicado, ¿verdad?

—Todos lo son.

—Ya, pero si encima es un caso mediático, qué quieres que te diga…

Ana asintió y se acercó al escritorio. Al hacerlo, vio algo que le llamó la atención en la estantería. El lomo de un libro que conocía bien. Tanto que, al haberlo escrito ella, lo habría reconocido entre millones.

Sonrió y no dijo nada. Sin embargo, Alba se dio cuenta.

—Sí, es tuyo, me encantan tus libros. Los tengo todos. Aquí no, en casa.

Ana la miró diferente, sonrió.

Se llama punto de unión.

Cuando conoces a alguien y de pronto brota algo que se comparte, como un libro, un gusto, una pasión, un *hobby* o lo que sea, entonces hay una barrera mental que baja enseguida y se abre un panorama de posibilidades que hacía unos segundos no era posible.

El punto de unión era el libro en la estantería de la forense. ¿Premeditado? Seguramente no. Si lo hubiese sido, lo habría tenido en la mesa para que lo viera y no camuflado entre otros libros.

—A ver —dijo Alba mientras abría la gruesa carpeta del expediente y pasaba por alto fotos e informes varios—. Paja, paja, paja. Todo esto es mera paja, te la ahorro. Álex dijo que tenemos poco tiempo y que fuéramos al grano. ¡Aquí! Corte por apuñalamiento en el abdomen y, en consecuencia, pérdida de sangre hasta la muerte. Hemorragia interna y externa. La hoja perforó el corazón. De forma limpia.

Ana levantó las cejas.

—Preciso.

—Lo clavó entre las costillas, como si lo tuviese estudiado.

—Caramba, qué interesante. ¿Algún militar?

—Bueno, puede ser. Eso es cosa vuestra.

—¿Puede haberse hecho daño el asesino? No es fácil atravesar un hueso.

Alba suspiró y buscó las fotos de la perforación. La criminóloga apartó la vista, no le gustaban los muertos. Prefería los vivos y, si era posible, que fueran inteligentes.

—La verdad es que creo que no. Sí quería decirte que el cuchillo es un elemento importante.

—¿El cuchillo? ¿Lo han encontrado?

Alba negó.

—Que sepamos no. Pero el corte que hizo fue tan preciso que debía estar muy afilado. Además, en un lado, ha dejado unas marcas. ¿Quieres verlo? —preguntó, señalando una foto pegada al informe.

Ana apartó la vista, como si la forense hubiera sacado un excremento humeante de un animal de gran tamaño.

—Creeré en tus palabras.

La forense se encogió de hombros.

—Dejó marcas irregulares, como si un lado de la hoja fuera dentado.

—¿Ah, sí? Interesante.

—Como un cuchillo de guerra, de caza o de supervivencia, ¿sabes?

—¿De supervivencia? Interesante. Habrá que darle una vuelta a ese dato.

—Espero que te ayude.

—¿Algo más?

—Bueno, el pene se lo amputaron.

—Ya. ¿Cómo?

—De un solo golpe, ¡zas!

—¿Podía haber muerto solo por eso?

—¿Solo por eso? —replicó Alba, sorprendida—. ¡Claro! Una amputación drástica hace que la arteria dorsal se parta y que siga drenando sangre. Si no lo hubiesen atendido rápidamente, tan solo con eso habría muerto.

Ana asintió. Su expresión demostraba, una vez más, que eso le venía grande y que prefería seguir hablando de otra cosa.

—Hay un dato importante que quiero que transmitas a Álex…

—¿Cuál?

—Quiero que sepa lo siguiente: un pene adquiere dureza gracias a los cuerpos cavernosos que se llenan de sangre bajo presión. Cuando es amputado, se va deshinchando poco a poco. No de golpe. Poco a poco. Va saliendo la sangre hasta quedarse deshinchado como un globo.

—¿Por qué me explicas esto?

—Tú eres criminóloga. Mira cómo quedó el pene cuando llegó la científica.

—¿No puedes explicármelo? —preguntó Ana, mirando hacia otro lado.

—Sería mejor que vieras tú misma esta foto.

Ana suspiró y se giró.

Y miró la foto de cómo había quedado el miembro cortado. Alba tenía razón, eso no era normal. No era solo una amputación, tenía algo más que un simple corte, había más, mucho más. Y ella lo entendió enseguida.

16

Consiguieron una pequeña habitación para hablar con el botones, casi un ropero.

Por la expresión no muy amigable del conserje, se leía entre líneas que deseaba que se acabara pronto esa historia. A pesar de su colaboración, el asunto se había atascado sin saber bien dónde, en algún punto de la historia.

Muchas veces es un detalle, una instantánea, un recuerdo, volver a leer un informe, cualquier cosa, para desencallar una investigación policial. Sin embargo, no siempre se consigue.

El asesinato de Jordi Alemany podía convertirse en una investigación fallida. O, como se decía en la jerga, en un caso frío.

—¿Cuántas veces has atendido al señor Alemany? —preguntó Karla al botones.

Este miró al techo y se pasó la mano por las mejillas perfectamente afeitadas.

—No muchas. A lo mejor, dos, tres. Cuatro a lo sumo.

—¿Recuerdas el último día? ¿Lo atendiste tú?

—No. La última vez no. Pero la penúltima sí.

—¿Y qué pasó? —preguntó Karla.

—Cabo Ramírez, ¿por qué no te lees mis informes y dejas marchar a trabajar a este pobre chico? —intervino el *mosso*.

El chico se giró hacia el hombre, luego miró otra vez a Karla con la esperanza de que esas palabras convencieran a la mujer.

Karla hizo caso omiso al policía. Miró al chico, que la observaba con una expresión como diciendo «¿por qué no le haces caso?», pero ella insistió.

—Cuéntame, ¿qué pasó?

El botones suspiró.

—Llegaba siempre con su Lamborghini.

—¿Adónde?

—Siempre delante del hotel, claro.

—¿Claro?

El chico encogió los hombros.

—Se enteraba todo el mundo cuando llegaba. Le gustaba que fuera así. Tenía un pedazo de coche, llamativo y ruidoso. Quería que lo viéramos. A mí me encantaba ese coche. Creo que no hay muchos de esos.

—¿Por qué?

—Un Lamborghini verde… —dijo, y pensó un momento—. Aventador, creo. ¡No sé, pero era más un coche de carreras que de calle!

—Bien —respondió ella mientras apuntaba los detalles—. ¿Qué más?

—La última vez que lo atendí yo, me dio las llaves y un billete de cincuenta —afirmó, entusiasta—. Era muy generoso.

—¿Te dijo algo?

—«Cuida mi buga, chaval» —dijo con un tono de voz más maduro e imitando la voz del hombre—. Y fue buscar a una rubia que te cagas que iba con él y luego me dijo algo así como: «Súbeme las maletas, chaval», y me guiñó un ojo.

—Bueno, vamos a las partes importantes.

—Ya llegamos. Cogí el lambo y lo metí en el parquin del hotel. Lo aparqué y abrí el maletero. Bueno, si se puede llamar a eso maletero.

—¿Por qué?

—Porque es diminuto. Solo cabe una maleta de esas alargadas de deporte, no rígida.

Karla hizo un gesto para que fuera más rápido justo después de mirar el reloj.

—Sí, llego a lo importante. La maleta estaba abierta —explicó mientras se sacaba el móvil—, y vi qué había dentro. —Y miró detrás al policía.

—Mírame a mí, está todo bien —exigió Karla mientras, al mirar de reojo al policía, se dio cuenta de que lo miraba con las cejas arrugadas, sorprendido, casi molesto—. ¿Qué había?

—La maleta estaba abierta. Lo siento, no quería mirar, pero fue más fuerte que yo. Soy muy curioso, lo sé. Lo siento. Bueno, la cremallera estaba abierta.

Era difícil no mirar —se excusó con el móvil ya en la mano—. Dentro había juguetes sexuales, un sinfín de braguitas…

—¿Braguitas? —preguntó Karla, extrañada e interrumpiéndolo.

—Muchas, muchísimas —asintió el botones—. Lencería de varios colores.

—¿Qué más había?

El chico pensó un segundo.

—Tabaco. Cartones de tabaco, muchos. Y cajas y cajas de preservativos. Lubricantes. Vibradores. Esposas.

—¿Drogas? —preguntó Karla.

El chico negó y se quedó pensando.

—¿Nada más? —insistió Karla.

—Solo eso —aseguró, y le mostró una foto en su teléfono—. Hice una foto.

El policía, con dos pasos rápidos, llegó a verla también. Karla lo vio aproximarse y le arrebató el móvil al chico.

—Esa foto no la tenemos. ¿Por qué no nos lo has dicho, chaval? —dijo el sargento, cogiendo al botones por la solapa.

—¡Suéltalo! ¡Es una orden! —ordenó Karla con un tono seguro y contundente—. ¿Qué estás haciendo? Al chico se le habrá olvidado —mintió mientras pensaba que no le habrían creado un entorno suficientemente seguro.

El policía dejó al chico y apuntó a Karla con el dedo.

—Dame ese móvil.

—Ni lo sueñes.

—Voy a hablar con tu superior y con el juez Vila.

Karla no contestó, sentada y con el móvil en la mano, sujetándolo, tranquila en apariencia, pero su corazón latía fuere, muy fuerte.

—Vete. Es mejor.

—Quiero esa foto.

—La voy a dejar a disposición del juez Vila. Él decidirá.

—Quiero verla por lo menos —espetó el policía.

—¡Fuera!

Los dos se miraron en silencio. Las narices se le habían ensanchado al policía. El aire atractivo que desprendía el hombre y que le había gustado a

Karla en la *suite* se había esfumado. Ya era sospechoso cómo había entrado a la fuerza en la habitación y cómo la había tratado desde entonces.

A él, le pasaron ideas por la cabeza que ni siquiera se quería admitir a sí mismo. Soltó un manotazo en la mesa, cabreado, al más puro estilo Álex Cortés, y se fue, casi partiendo en dos la puerta.

—Creo que se ha cabreado.

—Que le den, ¿lo habías visto antes?

—Sí, el primer día, cuando pasó todo, estaba aquí con mucha gente. Nos interrogaron y tal…

—¿Y por qué no le enseñaste la foto?

—No sé —dijo el chico, encogiéndose de hombros.

—Bueno. —Karla le devolvió el móvil y le entregó una tarjeta de visita con su número de teléfono—. Mándame esta foto, por favor, y si te acuerdas de algo, me ayudaría mucho que me lo dijeras, ¿sabes? Cualquier cosa.

El chico la miró.

—¿Cualquier cosa?

—Sí, cualquier cosa. ¿Nada más de la maleta o de cuando ayudabas a ese tío?

—Bueno, la verdad es que no. Pero si recuerdo algo, se lo diré.

—Si te vuelves a encontrar con ese policía y te pide la foto, quiero que no se la des.

—Conoce al director.

Karla levantó las cejas.

—¿Quién conoce al director?

—Ese policía.

—¿Cómo lo sabes?

—Los he escuchado hablar y parecen amigos.

—Interesante —susurró ella, y añadió—: Creo que tengo una charla pendiente con el director —finalizó, y sonrió.

Mientras se dirigía hacia su despacho, se imaginó el coche verde de carreras. Quería buscarlo en internet y ver cómo era exactamente. Y por qué ese policía seguía revoloteando por el hotel y qué se traía con el director.

Llamó a la puerta del despacho y su sorpresa no fue que le dijera enseguida que pasara, sino que allí estaba hablando con él el policía Luis Malagrid.

17

Núria era un tipo de mujer de las que un paciente se puede enamorar.

Fuerte, decidida, pero atenta y gentil.

La rehabilitación con ella era dura pero efectiva. Álex sentía que la progresión avanzaba muy rápido.

Recordaba cuando había hecho rehabilitación con otros profesionales y otros métodos y, al final, por desesperación, se pasaba a una clínica puntera.

No conseguía averiguar si le gustaba a Núria. Ella lanzaba miraditas y palabras picantes, enmascaradas entre conversaciones serias. En un par de ocasiones, hasta tuvo una erección y ella hizo como si no la hubiese visto.

Mientras realizaban los ejercicios, ella le hablaba de las cosas más dispares para que el paciente no se centrara en el dolor.

Que si se fue de viaje a Vietnam con un amigo. Que si le gustaba la *carrot cake* con mucha crema de queso. Que si era una vergüenza que solo hubiesen construido dos carriles en la Ronda Litoral y no cuatro, etc.

Álex, desde que se había despertado del coma, disfrutaba de los momentos con ella.

Se preguntaba si eso era apropiado, si ese cariño que uno siente por su cuidador es normal. Comenzaba a sentirlo más a menudo y más intenso, y lo asustaba.

Esa mañana, cuando Núria se fue, cogió el móvil y comenzó a trabajar. Sí, era verdad que estaba en reposo y en rehabilitación, pero quería entender quién era el hombre del que estaban investigando su asesinato.

Jordi Alemany, el Rey del Foro.

Comenzó por las noticias.

Las más difundidas eran las de su muerte y del funeral. Las fotos demostraban lo famoso y conocido que era. Multitudinario se veía. La catedral

de Barcelona se había tintado de luto para ese hombre, el hijo predilecto de la ley de la ciudad.

El Rey del Foro.

Acababa de ganar un juicio importante para una industria, una de las más grandes multinacionales del sector químico. Un problema medioambiental. Y había ganado.

Álex bajó el teléfono y miró por la ventana. El mar estaba plácido esa mañana, o eso parecía.

Pensó que el abogado había llevado una batalla legal para la multinacional y había ganado. Pero ¿eso implicaba que había perdido el medio ambiente?

¿Se podían defender los derechos de una empresa y salvaguardar los del territorio?

¿Era eso compatible?

Viendo las fotos que había en las redes sociales, daba una sensación que Álex prefirió no admitir.

Sacudió la cabeza.

Jordi, el Rey del Foro, era una persona que parecía de todo menos un abogado responsable. Fiestas, barcos, coches de lujo y mujeres, muchas mujeres. Una diferente de la otra.

Y un avión privado.

La *dolce vita*, como dicen los italianos, iba incrustada en su ADN.

Buscó vídeos de la fiesta que se podían haber filtrado, incluso de la estampida. Sin embargo, las redes sociales estaban limpias, vacías de contenido que pudiera alterar la imagen del abogado.

¿Por qué no se habían subido vídeos o por qué no se habían grabado?

Y si se habían grabado y subido, ¿quién había limpiado esos vídeos que demostraban la verdad?

Siguió buscando, decidido a encontrar ideas, información y respuestas hasta que volviesen su hermana y Karla.

18

Luis Malagrid y el director. Hablando. Confabulando.

¿Qué necesidad había de que ese policía fuera directo a hablar con él?

Eso no le gustó. Había algo que olía a quemado.

—Pase, agente —dijo el director—. Pase, pase.

Karla entró con decisión. Con pasos cortos, mirando a su alrededor y la escena.

Los sensores de su sexto sentido se dispararon. Esa situación ni le gustaba ni le daba confianza. Era forzada y, sobre todo, fuera de lugar.

—¡Siéntese! —la animó el director.

—No hace falta, gracias —respondió Karla.

Era un despacho limpio y perfumado. Un ramo de flores al lado del ordenador. El mismo tipo de decoración de la *suite* que había dejado atrás. Él era un hombre de unos cincuenta y pico años, trajeado, bronceado y de ojos saltones.

—Me gustaría tener las grabaciones de las cámaras de los días previos al asesinato y del mismo día.

El director miró al policía. Luis Malagrid, quien había gestionado la investigación hasta el momento, puso los ojos en blanco.

—Ya —carraspeó el director.

—Te he dicho antes que el sistema las borra. Yo tengo unas copias, ya os las pasaré.

—Me gustaría oírlo por boca del director si no te importa —respondió Karla al policía, y luego miró al otro hombre—. ¿Y bien?

El director afinó la vista, no porque hiciera sol ni algo lo deslumbrara, sino para pensar.

¿Pensar en qué? ¿Qué se llevaban esos dos entre manos? ¿Por eso no había avanzado la investigación?

«Menudo marrón en el que me he metido, vuelvo para ayudar y me encuentro esto», se dijo en sus adentros Karla.

El director levantó las manos.

—Se borran.

«¡Uf!», pensó Karla, y miró el reloj.

—Quiero esa copia en una hora. Ni un minuto más o llamaré al juez Vila en persona. Vosotros mismos… —dijo, dejando una tarjeta de visita sobre la mesa.

Al otro policía no le gustó nada sentirse obligado a coger la tarjetita. Karla intuyó que lo que de verdad le molestaba era recibir órdenes de una mujer.

Ella lo vio, lo entendió.

«Maldito machista de mierda», pensó Karla.

—¿Algo más? —preguntó el director con un tono que venía a decir «si no necesitas nada más, te puedes marchar, poli».

Karla respiró, se tomó unos instantes para que les molestara aún más su presencia allí dentro. Aguantar un silencio en una habitación con dos hombres que te quieren fuera no es placentero. Sin embargo, ella lo disfrutó, volvió a sentir el placer de su trabajo y el de ejecutar su autoridad.

—¿Qué relación hay entre vosotros?

El director arrugó el ceño y el policía la miró.

—¿A qué se refiere? —preguntó el mandamás del hotel.

—¿Cuándo os conocisteis?

—La noche del crimen —espetó el policía.

El director no contestó, solo movió los ojos de él a ella.

—¿Antes no?

—¿Por qué deberíamos conocernos de antes? —preguntó el policía.

—Pregunto —dijo Karla en tono normal, y luego cambió de nuevo al mismo tono contundente anterior—. ¿Seguro que no os conocíais de antes? ¿Fuera de esta estructura?

—Señorita, gestiono un hotel…

—Cabo Ramírez, por favor.

El director sonrió mientras arrugaba un instante las comisuras de la boca. Se apoyó en su sillón de diseño y rectificó.

—Cabo Ramírez, gestiono un hotel de muchos millones de facturación, no tengo tiempo que perder. Es lo que ha dicho el policía. ¿Tiene alguna pregunta más? —Su tono se le clavó como astillas bajo las uñas.

Estaba claro que el hombre quería que se fuera, su presencia no era de su agrado.

No quiso forzar más la cuerda y decidió marcharse. De momento.

—Una hora —advirtió, mirándose el reloj—. Cincuenta y seis minutos para ser exactos —espetó, y, sin saludar, se giró y abrió la puerta.

—¿Cabo Ramírez? —llamó el director, y Karla se volvió—. Que tenga un buen día —le deseó con retintín.

Karla no contestó, cerró la puerta y se marchó de esa estancia con más preguntas de las que tenía cuando entró.

Se sentó en un banco delante de la playa, bajo la torre de cristal del hotel. Repasó por un buen rato todo lo que había visto y lo que había sucedido. Después, decidió regresar al hospital.

Fue hacia la zona de los botones y pidió que llamaran a un taxi. El chico, que no era el mismo al que había interrogado, levantó el auricular. Marcó un número y esperó.

Karla observó mientras tanto el edificio. Le faltaba algo, olvidaba algo, pero no sabía qué era.

—Aquí Hotel Rex, ¿pueden mandar a un taxi? —preguntó el chico—. Perfecto, gracias —respondió, y colgó.

Se dio la vuelta para dirigirse a la mujer.

—En cinco minutos… ¿Hola? —preguntó, sorprendido, porque Karla ya no estaba allí.

Justo en ese momento las puertas del hotel se abrían. Karla había olvidado un detalle importante.

Regresó al interior, directa a la zona de los ascensores. Buscó uno de esos planos que están colgados en las paredes, al lado de las salidas de emergencia. Miró dónde y cuántas tenía esa construcción moderna. La salida principal, la misma por la que había entrado ella. Una que daba a donde había estado

sentada y que llegaba desde las escaleras. Una desde el parquin y otra, que no entendía bien dónde estaba, en la misma planta del parquin.

Pensó que lo más fácil era pedir a alguien que la ayudara. Sin embargo, no quería que nadie se chivara al director o al otro policía qué estaba estudiando.

Hizo una captura de ese plano con el móvil y se fue.

Controló la salida de las escaleras. Si alguien bajaba de las plantas superiores, tenía dos opciones: los ascensores y las escaleras. Las puertas de cristal se abrían hacia fuera, dando directamente al paseo marítimo.

Una vez comprobado, bajó un piso más y llegó a los aparcamientos. Allí, abrió la puerta de emergencia; en ese momento, comenzó a sonar una alarma. Se encontró en el parquin subterráneo.

La sirena, ensordecedora, estaba avisando a la mitad del hotel que se había abierto esa puerta. Delante de ella, había una zona de aparcamientos reservada a los huéspedes.

Mercedes, Ferrari, Bentley, todoterrenos con cristales tintados con matrículas extranjeras. Todos coches de lujo o de superlujo.

Si alguien hubiese salido por allí, habría armado la de San Quintín. Pero ¿lo habrían oído en medio de la estampida? ¿Se habrían enterado?

Mientras se lo preguntaba, apareció un hombre de seguridad de dos metros.

—¿Qué haces? ¡Está prohibido salir por aquí! —gritó, y alargó la mano para agarrarla.

Karla la esquivó. El hombre era alto y muy musculoso, pero no ágil.

Al apartarse, sacó la placa y la enseñó.

—Cabo Ramírez, de los Mossos d'Esquadra. Estoy investigando el asesinato del abogado Jordi Alemany.

El hombre emitió un gruñido extraño.

—Por favor, entre, cerremos esta puerta o me van a llamar la atención a mí —indicó con un ademán.

La policía obedeció. El hombre cerró y el ruido se detuvo al instante.

—¡Oh! Mucho mejor —dijo ella.

—Lo siento, pero me van a llamar la atención —repitió, e indicó la cámara que estaba en el techo.

—Claro —respondió—. ¿También tienen micrófonos las cámaras?

—Que yo sepa, no.

—Genial. ¿Usted estaba trabajando el día del crimen?

—No, libraba.

—Ya. ¿Sabe si esta puerta se abrió el día del asesinato?

—Ni idea, lo siento —contestó, y se tocó el pinganillo que tenía en la oreja —. Lo siento, me llaman. Por favor, no vuelva a salir por aquí —pidió mientras ponía los ojos en blanco.

—Gracias, adiós.

Karla pensó que allí estaba la tercera vía de salida del hotel. Tenía una cámara y una alarma. Si el asesino hubiese salido por allí, habrían grabado su salida y se habría disparado la alarma. Pero también era verdad que, en un caso como ese, entre un aviso de asesinato, una estampida y todo el *show* montado, el sonido pasaría desapercibido en medio del alboroto.

Faltaba otra salida de emergencia. Miró el móvil y buscó dónde estaba. Comenzó a buscarla en la planta. No lo entendía. Fue a la lavandería. Luego, a las zonas de descanso. Entró en la zona de las taquillas, pero no la encontraba.

Se detuvo con el móvil en mano, como si estuviera en busca del tesoro. Entonces, llegó la foto de la maleta. El botones se la había enviado.

Karla sonrió y aprovechó la ocasión.

«Gracias. ¿Puedes venir? Estoy delante de la puerta de la lavandería. Necesito encontrar la puerta de salida, ¿puedes ayudarme?», escribió Karla al chico.

Él contestó que esa salida estaba escondida, por eso no la encontraba. Karla sonrió cuando leyó eso; después, el joven confirmó que iba enseguida. Esa pista le estaba gustando. Su sexto sentido de policía le decía que ahí había algo.

19

A Ana se le removieron las entrañas al ver la foto.

Sin embargo, Alba tenía razón, era importante que la viera.

La instantánea no solo demostraba la amputación del pene de Jordi Alemany, sino la violenta profanación del cuerpo de la víctima.

El asesino, con un golpe seco, pisoteó el miembro chorreante y lo reventó. De la misma manera que podría hacer con un globo, lo estalló por la punta y por el corte. Salió toda la sangre que seguía dentro a presión. Manchando la moqueta en las dos direcciones.

Esa instantánea daba muchas pistas importantes a la policía. Más de la que alguien sin experiencia en la investigación, como Ana Cortés, podría descifrar.

Violencia. Fuerza. Venganza.

Tres ingredientes letales que en una mente humana llevaban a esa muerte.

Ana, en todo ese horror, con esa foto quedó más impactada. No tanto por lo gore del asunto, sino por el gesto, el desprecio y la rabia que demostraba el asesino. Esa, la instantánea que tenía delante, era la pista más importante de toda la investigación. Sin duda. Sin sombra de duda.

Ana se quedó mirando la foto, en silencio, analizando cada centímetro de la imagen. En el miembro amputado, había quedado impresa la marca del zapato. Un taco, una parte de la suela había quedado en negativo.

Un escalofrío le atravesó el cuerpo. Luego, levantó la vista hacia la forense.

—Te dije que valía la pena que lo vieras —confirmó Alba.

—¿Tú habías visto antes…?

La forense negó con la cabeza.

—Ni de lejos. He leído algún caso en Estados Unidos, pero aquí, nunca. Es… es demasiado violento —confirmó, y sonrió—. Ya te digo, la realidad supera a la ficción.

Ana sonrió. Una sonrisa amarga y rápida.

—Bueno, esto es todo. El funeral se hizo hace semanas. Obviamente, no tenemos aquí el cadáver, si no, te lo enseñaría.

—No, no, gracias, ya tengo bastante con este olor y las fotos. Gracias —dijo, levantando la mano.

Luego cerró el dosier y lo metió dentro de una carpeta que introdujo en su bolso de marca.

—Creo que lo tengo todo.

—Creo que sí. Cualquier cosa, hablamos.

—Si tengo dudas, me pondré en contacto contigo, dalo por sentado —confirmó Ana—. Ha sido un placer conocerte. Un verdadero placer. Álex me ha hablado mucho de ti.

—Espero que mal… —contestó con un tono pícaro.

La hermana no lo entendió, porque no podía saberlo, pero dentro de esa bata seguía rugiendo un corazón y una libido de leona.

—Dile que iré a verlo pronto y que tengo ganas de saber cómo está.

Ana miró el reloj.

—Ahora estará acabando su rehabilitación, pero esperamos que se ponga bien pronto.

La forense resopló.

—Le ha faltado poco.

—Ya te digo. En fin —dijo Ana, alargando la mano.

La forense la miró y decidió darle un abrazo.

—Te propongo algo.

Ana no estaba muy acostumbrada a demostraciones tan eufóricas de afecto. Cuando la soltó del abrazo, Alba le dijo:

—¿Qué te parece si, cuando esta investigación acabe, nos vamos de cena las tres?

—¿Las tres?

—Sí. Tú, Karla y yo. ¿Qué te parece?

La propuesta la pilló por sorpresa. Se encogió de hombros y asintió.

—Claro, por qué no. Es una buena idea.

—Claro que sí.

—Bueno, me voy —confirmó, y salió de la morgue.

Subió por las escaleras de la central de los Mossos d'Esquadra de Sabadell y pidió otro taxi.

Llegó a media tarde al Hospital del Mar. Se detuvo en la cafetería para comer algo y ordenar la información del día. Sabía que, cuando llegara a la habitación, Álex la querría saber. Llevaba muchas ideas y consideraciones que quería explicarle. Comió el bocadillo mirando papeles y escribiendo en una libreta.

Después de tomar un café cargado, decidió subir y explicarle sus deducciones como criminóloga.

20

El botones le indicó la puerta.

Karla la miró con una cierta incredulidad.

—¿Esta es la salida de emergencia? —preguntó, señalando una puerta que parecía de interior.

—No, esta da a un pasillo —explicó—, y luego, al final, hay una puerta.

—¿Podemos entrar? —preguntó de nuevo, cabeceando hacia la primera puerta.

—Mejor que no —respondió él, hizo un gesto disimulado hacia la cámara que estaba encima de sus cabezas.

Ella arrugó el ceño. Se giró y bajó la maneta. Abrió la puerta ante la mirada perpleja del chico.

—¿Vienes? —le preguntó, dejando la puerta y caminado por el pasillo.

Las luces se encendieron, seguramente, accionadas por el movimiento.

¿Qué era ese pasillo?

Si lo que tenían encima de sus cabezas era un castillo de cristal, una moderna fortaleza, eso era lo que más se parecía a una salida escondida. Una salida que cruzaba las mazmorras y de la que nadie sabía nada.

¿Qué diablos era?

Y lo más importante, ¿a dónde demonios llevaba?

El botones, antes de entrar, se lo pensó. Miró a su alrededor y, cuando la puerta estaba casi a punto de cerrarse, la empujó y siguió a la policía.

—¿Adónde lleva?

—A fuera, al paseo marítimo de abajo.

—¿De abajo?

—Sí…

—No entiendo.

—El de arriba está a la altura de la planta principal. Donde está la recepción. Aquí estamos a la altura de los restaurantes, de la playa, del mar.

Karla subió las cejas. Lo había pillado.

—¿Y por qué está cerrada con cadenas?

—Porque por aquí no se puede salir.

—Ya lo veo. ¿Por qué?

El chico se encogió de hombros.

—A veces hacen salir a las personalidades que no quieren ser vistas. Por *paparazzi*, creo. O algo así.

—Ya —entendió ella mientras se rascaba la nuca.

Esa era la cuarta salida de emergencia posible. Por allí no podía haber salido nadie, o eso parecía.

—¿Cuántas veces has usado esta salida desde que trabajas en este hotel?

El chico levantó la mirada.

—No sé. Creo que ninguna.

—¿Y siempre han estado estas cadenas?

—Siempre.

—O sea, que por aquí uno no puede salir.

—Si tiene la llave, sí —afirmó el chico.

—Claro. Pero tienes que tener las llaves —respondió ella—. ¿Y cámaras?

—Sí, por fuera y antes de esta puerta.

—Ya. ¡Gracias! —respondió Karla—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Joan —dijo, y alargó la mano.

—Gracias, Joan —respondió, y pensó que el nombre no era difícil de recordar.

Salieron del pasillo y, antes de despedirse, le pidió que explicara con exactitud a dónde daba la puerta por el otro lado. El botones se lo explicó y ella fue directa a comprobarlo.

Tardó más de diez minutos en dar la vuelta a la manzana. Pasó frente a una fila de restaurantes que, a su vez, tenían delante la playa de Barcelona y, por detrás, la sombra de la alta torre de cristal.

Un paseo marítimo cuidado. Palmeras altas y césped. Turistas y camareros que sujetaban bandejas con cervezas frescas y cócteles.

Llegó hasta una escalera de hormigón que daba la vuelta al edificio. Si hubiese ido por allí, habría tardado dos minutos en llegar al mismo lugar. Pero quiso hacer el camino largo para ver mejor, para inspeccionar.

Así alcanzó el otro lado de la puerta con cadenas.

Una cámara de grabación apuntaba desde fuera la salida. Eso, en cierta manera, la tranquilizó.

Podía haber diez metros desde esa puerta a la playa. Era una salida de emergencia desaprovechada, pero, por alguna razón, el responsable de seguridad de ese hotel no quería tenerla abierta.

Se sentó en las escaleras y mandó un mensaje a Álex, enseguida volvería.

Luego, mandó otro a Alan, de informática forense. Le pidió ayuda y que fuera a la habitación del hospital donde estaba el sargento. Se le había ocurrido una idea, pero necesitaba su colaboración.

Guardó el móvil y regresó al Hospital del Mar, aparte de tener muchas ideas y pistas, tenía ganas de volver a ver a Álex.

21

Ana llamó a la puerta y entró.

Álex estaba mirando por la ventana. Al ver la imagen de su hermana, sonrió.

—Te esperaba.

—He comido algo aquí abajo.

—Has hecho bien.

Ana dejó la americana y su bufanda en una silla junto a su bolso y acercó otra silla a la cama. Apoyó la carpeta que le había entregado esa mañana el juez, pero no la abrió.

—¿Esperamos a Karla?

—Mejor, así solo lo explicas una vez —dijo Álex, y levantó el móvil—. Dice que ya está llegando.

—Me ha escrito mamá, dice que vendrá este fin de semana a verte.

—Genial.

Los dos hermanos siguieron hablando hasta que Karla entró por la puerta. Jadeaba por llegar a tiempo.

—No corras, no me voy a ir a ninguna parte, tranquila —bromeó Álex.

Karla bufó.

—Qué calor hace aquí dentro —comentó la cabo.

—Yo me acabo de quitar la americana, está insoportable.

—Qué extraño, en los hospitales suele hacer frío.

—Venga, empecemos —confirmó Álex.

Karla cogió otra silla y se puso al otro lado de Álex. La cama se había convertido en la mesa de una sala de *briefing*. Improvisada pero efectiva.

—¿Quién empieza?

—Yo —dijo Ana.

Álex hizo un gesto para que siguiera hablando.

—Bueno, pues he ido a visitar a la víctima. Elena Puig. Veintidós años. Escapa de un pueblo de las montañas para buscar su futuro y encuentra trabajo en una perfumería. La chica era, quiero decir, es mona. Su compañera de trabajo acude a estas fiestas y lleva a chicas jóvenes con ella. A nuestro amigo le gustaban las chicas muy jóvenes.

—¿Cómo de jóvenes? —preguntó Álex.

Ana encogió los hombros.

—Muy jóvenes. Esa noche se supone que Elena es la más joven y se la lleva a la habitación. Mientras se está poniendo de coca, ella le hace una felación. Aparece el asesino, le corta… eso y le da un puñetazo con toda su fuerza. La chica ha quedado con la nariz tan rota y torcida que parece que la ha arrollado un tren. Increíble. La van a operar para reconstruir la nariz.

—¿Qué te ha contado de las fiestas?

—Eran habituales. El tío era un «pájaro de mucho cuidado». Drogas, mujeres y lo que se presentara. Lo que sospechábamos.

—¿Algo más relevante?

—Sí —asintió Ana, mirando sus apuntes—. La chica cree haber escuchado que la víctima conocía al asesino.

—Interesante —dijo Álex—. Es decir, los dos tíos se conocían, ¿y tú qué piensas?

—Espera, Álex, te cuento lo de Alba. Que, por cierto, te manda muchos recuerdos.

—Gracias —respondió Álex, y tosió mientras miraba a Karla de reojo—. ¿Qué has descubierto con Alba?

—El cuchillo. Afiladísimo, cortó el pene y luego, directo al corazón. La hoja, lisa por un lado y por el otro, dentada. Un típico cuchillo de caza o de guerra.

—Bien. Qué más.

—El detalle más importante es esta foto. Es lo que quiero que miréis por la importancia que tiene —dijo Ana, sacó la foto de la carpeta y se la enseñó a los policías.

La imagen llamó la atención de los dos.

Karla se estremeció. Estaba acostumbrada a ver escenas peores, pero eso tenía más simbolismo que otra cosa. Un detalle que aclaraba muchas cosas. Con una carga de significado oculto que no dejaba indiferentes a los policías. Y así fue.

—Es el pene pisoteado. Os ahorro la parte técnica que me ha explicado Alba. He necesitado un refresco de cola para recuperarme y calmar mi estómago. No es que me dé igual el funcionamiento físico e hidráulico de un miembro viril, pero no ha sido agradable —explicó, bajando cada vez más el tono de la voz mientras alzaba la instantánea—. Pisotear un pene, yo, como criminóloga, lo veo como una venganza contra la vida privada de Jordi Alemany. Las fiestas y las mujeres que se follaba como si estuviera comiendo plátanos y tirando las pieles. Pisar su pene cortado tiene un fuerte simbolismo: estaba en contra de su vida sexual, la utilización de la mujer como si fuera un mero objeto de usar y tirar. Una mujer usada como un condón y tirado en la primera papelera. El asesino conocía a Jordi, y conocía bien su vida sexual.

—Eso cierra mucho el cerco, ¿no? —preguntó Álex.

—Creo que sí —respondió Ana.

—Se dice que tenía muchas denuncias por agresiones sexuales. Los jueces lo absolvieron —intervino Karla sin añadir de dónde había sacado la información.

—No me extraña, sabiendo quién era su tío.

—Ya. Pero me pregunto, si el móvil del asesinato es una venganza por sexo, por una agresión sexual que no continuó el proceso legal y, por supuesto, que no tuvo nada de castigo. Podría ser que el móvil sea este. Podríamos buscar entre las personas que conocían a Jordi y que son parientes o amigos de una chica que sufrió una agresión. ¿No te parece?

—Brillante, Ana —dijo sonriendo Álex—. Me pregunto una cosa. Si esto está tan claro, ¿por qué no lo ha buscado ya el primer equipo de policías?

—Porque no quieren que esto avance.

Álex se giró de sopetón hacia Karla. A Ana, en cambio, no la sorprendió.

—¿Cómo dices?

—Me encontré al sargento de la unidad que estaba llevando el caso de Jordi Alemany. Me dio la sensación de que no quiere que se resuelva este caso.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué has visto? —preguntó Álex.

—Me lo encontré en la habitación del crimen. Casi me muero del susto. Me explicó un poco el caso. Pero no nos ha pasado las grabaciones. El hotel las ha borrado, solo las tiene él. No ha grabado el funeral. Está compinchado con el director del Hotel Rex. Cuando vio la foto del botones, se puso como una fiera…

—Espera, espera —interrumpió Álex—. ¿Qué botones? ¿Qué foto?

Karla sacó su móvil y enseñó la foto.

—Esta foto. De una maleta de Jordi Alemany en una de esas fiestas.

—¿La fiesta en concreto?

—No, una o dos antes. El botones la encontró así, con la cremallera abierta, y echó un vistazo —explicó—. Puedes ver lo que hay dentro…, pues eso eran las fiestas. Nos lo ha confirmado la chica esta, la tal Elena. Sexo, drogas, tabaco, alcohol. Depravaciones varias. En fin.

—Espera… Este detalle… —dijo Álex, e indicó una parte de la foto—. ¿Qué es esto? Un coche… ¿verde? ¿Dónde se ha visto un abogado con un coche verde?

—Sí, no es un simple coche verde. No estamos hablando del coche de Hulk. Es un Lamborghini Aventador verde. Un coche de casi medio millón de euros.

Álex arrugó el ceño. De repente, tuvo una visión, un recuerdo que le pasó por delante. Una imagen y una escena.

—¿Tienes una foto del coche?

Karla cerró la foto de la maleta y buscó el modelo por internet. Enseñó el coche y a Álex se le dibujó una sonrisa amarga. Se había acordado de algo.

—Me acuerdo perfectamente, ese coche casi me atropella unos días antes de que me disparasen.

22

Una idea, un *flash* cruzó la mente de Álex.

Un recuerdo que se enciende, un cajón que se abre, y la memoria sale volando como una mariposa encerrada en el tiempo. Se acordó perfectamente de ese momento.

Estaba persiguiendo al Asesino de las Maletas. Recién habían encontrado el cadáver de la periodista de la plataforma de *streaming*.

Valeria Eriksson.

La noche anterior lo había invitado a una copa y a subir a su habitación. Él no quiso y se fue. Molesto, contrariado, confundido. Ella encontró la muerte en la *suite* del hotel. En lugar de una noche de pasión, fue una de torturas y sangre.

A Álex le costó superarlo y asumir que no había sido responsabilidad suya.

Al día siguiente, cuando encontraron el cadáver, necesitó salir del hotel, respirar, tomar aire y distancia con lo que estaba sucediendo. Un asesino en serie dejaba cuerpos mutilados por Barcelona.

Cruzó Passeig de Gracia desde el hotel.

Mientras caminaba por el paso de cebra, pasó ese maldito coche, un Lamborghini verde con un alerón de fantasma. El estruendo de su motor no lo dejó indiferente, ni el color, por supuesto. Pero, sobre todo, el cambio de dirección que tuvo que hacer para no arrollarlo.

Álex no vio quién conducía, pero la chica rubia que iba de copiloto le enseñó el dedo corazón como si ella, en ese coche de lujo, estuviera por encima de la ley y del orden.

Jordi Alemany y Álex Cortés se habían cruzado. O, por lo menos, eso creía, ya que coches de ese color y modelo, en Barcelona, podía haber muy pocos. Conducido de esa forma y con una chica despampanante, menos.

Álex explicó su recuerdo a las dos mujeres.

—Seguro que era él. Seguro —confirmó Karla—. He llamado al concesionario de Lamborghini de Barcelona mientras venía, y solo han vendido uno de estos chismes. A Jordi Alemany. Por lo tanto, era él, seguro.

—Da igual. Volvamos a la investigación. Es decir, que el sargento ese y el director del hotel no tienen mucho interés en que la investigación prosiga, muy interesante. ¿Por qué lo crees?

Karla encogió los hombros.

—No lo sé —respondió a Álex, y luego miró a Ana—. ¿Puede que tapen una venganza de alguna agresión? Quizá un indicio sea que el asesino esté relacionado con el hotel. Con la propiedad o con el director.

—Difícil, la propiedad de ese hotel es de un jeque árabe que ha invertido en Barcelona —explicó Álex con un tono algo desanimado—. No lo veo, demasiado rebuscado.

—Álex, en una investigación así, no puedes descartar ninguna pista, *a priori*. Ninguna dirección. Parece mentira que te lo diga yo, que soy criminóloga.

—Tienes razón, perdón —respondió Álex.

—¡Perdón, perdón! Hoy es un día para señalarlo en el calendario. ¡El sargento Cortés ha pedido disculpas! —espetó Karla.

—Eres una exagerada, casi me has asustado.

—Álex, pedir disculpas no está en tu naturaleza, la verdad. Te queremos mucho, pero no lo dices nunca, ¿sabes?

«Te queremos mucho», pensó Álex. Eso lo hizo sonreír. En los momentos de enfermedad, era cuando uno se daba cuenta de las cosas importantes, de las personas que te importaban y a las que importabas.

Luego, arrugó el ceño. Esas palabras despertaron otra idea.

—Las personas que queremos —dijo Álex, interrumpiendo a Karla—. Entiendo que Jordi Alemany no tenía novia. Pero ¿y si la hubiese tenido? Quiero decir. Imaginad que fue el padre de una niña a la que dejó embarazada. O un pariente que quiso vengar algo que pasó con su hija, nieta o lo que fuera. ¿Qué pensáis?

—¿Uno arriesgaría tanto para vengar a una hija? ¿Tú matarías? ¿Tú organizarías esto por venganza? —preguntó Ana.

—¿De verdad no crees que alguien estaría dispuesto a esto? A todo. Cuando alguien está desesperado, puede hacer esto y más…, te lo aseguro. Y creo que se ha revelado.

—Bueno, pues busquemos a alguien que esté relacionado con una ex, una denuncia por malos tratos, violación, sexo no consentido…

—Con menores también —dijo Ana—. Elena dijo que le gustaban las menores. A lo mejor puede ser un dato importante.

—Pero ¿cómo encaja que Luis Malagrid, el sargento que llevaba antes el caso, evitara que prosiguiera la investigación? —preguntó Karla.

—No lo sé. Ya lo veremos más adelante. De momento, seguimos esta línea —sugirió Álex—. Karla, ¿para mañana puedes buscar tú a estas posibles personas e interrogarlas? —Ella asintió, sonriendo.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Ana.

—¿Qué te parece si hablas con la señora Matilde Vila, la madre? Es una persona que creo que puede tener una relación muy interesante con este tema. Le podrías incluso hablar de alguna teoría y ver cómo reacciona, ¿sabes?

—Claro. Cuenta con ello.

—Bien. Pues si no hay nada más, te dejamos descansar.

Ana se levantó. Le dio un beso en la frente y fue recogiendo los papeles cuando llamaron a la puerta.

—¿Será ya la cena? —preguntó Álex.

—¿Tan pronto? —se sorprendió Karla, mirando el reloj.

Sin embargo, no entró nadie.

—¡Adelante! —dijo Álex—. A lo mejor nos ha escuchado hablar y no quiere molestar.

La puerta se fue abriendo despacio y, después de una mano, apareció la cabeza de un chico. Álex lo conocía. Era Alan, el informático forense.

—¿Se puede? —preguntó, tímido.

—Pasa, hombre. ¿Qué haces aquí? —preguntó Álex, feliz de verlo.

Este entró y se acercó. Los dos hombres se saludaron, luego intercambió dos besos con las mujeres.

—La famosa criminóloga. No tengo ningún libro para que me lo firme. Llego a saberlo y me traigo alguno.

—No es para tanto. Será la próxima vez.

—Si la verás mañana también —confirmó Karla—. Tráetelo en la bolsa y la verás.

—Me llega a decir Karla que la conozco hoy y, aunque sea, paso por una librería a comprar uno.

—Por favor, tutéame, y si el próximo día no lo traes, yo te regalo uno.

—Karla, ¿por qué has llamado a Alan? —interrumpió Álex con curiosidad.

La mujer pasó el brazo por el hombro del informático. Era algo más bajito que ella. Alan llevaba una sudadera de color amarillo con un personaje de un videojuego. Debajo ponía la marca de la empresa y el nombre de la consola. No fallaba, era un friki hasta la médula. Su bolsa, con la misma grafía y de color rojo fuego. Llevaba el pelo alborotado y las gafas, algo torcidas.

—Nos ayudará con la investigación —confirmó Karla.

—¿Ah, sí? —preguntó el mismo Alan.

—Sí. Esta mañana, cuando estuve en el Hotel Rex, me encontré con el sargento que llevaba anteriormente el caso y este señor… —dijo con retintín— olvidó meter en la información que había pedido el juez las cámaras de grabación. Hace un rato me las ha enviado.

—Entonces, ¿cómo nos ayudará Alan? —preguntó Álex.

—Pues de la siguiente manera. El asesino entró en la fiesta y mató a Jordi Alemany. Eso quiere decir que en algún momento fue grabado por las cámaras internas del hotel. Cuando descubrieron el cadáver de Alemany, según lo que he conseguido entender, hubo una estampida. Todos salieron. Todos corrieron asustados fuera de la habitación. Como si hubiera un asesino persiguiéndolos. Alguien lanzó un bulo y se fueron corriendo.

—No te sigo —dijo Álex.

—Si en algún momento se ha grabado al asesino entrando, y no sale, sabremos quién es.

—¿Por qué no debería salir por allí? A lo mejor se metió en medio de los demás y salió en medio de la estampida, ¿no te parece? —preguntó Álex.

—Puede ser. De hecho, podría haber esperado y haber salido con los demás cuando escapaban. O fue él quien creó el bulo e hizo que los demás salieran en estampida —rectificó Karla.

—Son todas teorías válidas. Tenemos que verlo —aseguró Álex.

—No sé, Álex. Tengo un presentimiento.

—¿Presentimiento?

—Hay una salida de emergencia con cámaras y la puerta no funciona. Está cerrada con cadenas. Nadie puede salir por allí. Es tan raro como único. Si lo relacionamos con que el director puede que esté compinchado con el sargento Malagrid, huele a complot.

—¡Complot! —repitió Álex.

—¿Complot? —preguntó Ana.

—Sí, un complot. Me huele que lo ayudaron a salir sin dejar rastro. Para eso está aquí Alan, para que nos indique qué se ve en las cámaras.

—Un momento, Karla, no me habías dicho que el trabajo fuera tan importante. Joder, ¿sabes cuántas personas habría en esa fiesta?

—No sé, un centenar, tampoco tanto —respondió Karla.

—¿Cuántas? —gritó Alan, y se soltó del brazo que tenía en sus hombros de forma amigable—. ¿Tú sabes cuánto trabajo es?

Álex puso los ojos en blanco, siempre era la misma escena. El tira y afloja había empezado.

—No te puedes imaginar la cantidad de trabajo que es eso. Cientos de personas que hay que controlar de entrada, de salida, por dónde hayan pasado, con varias cámaras.

—Seguro que, con tu inteligencia y la inteligencia artificial, lo consigues. Seguro.

—No, es que esto es mucho trabajo.

—Alan, ¡*stop*! —gritó Álex, y se hizo un silencio que creó tensión en el aire —. ¿Qué quieres?

—¿Cómo?

—¿Qué quieres a cambio de que nos ayudes?

Alan movió la cabeza hacia atrás, sorprendido. Acto seguido, se echó a reír, como si no hubiese entendido o pretender que él no quería nada a cambio. Pero Álex lo conocía muy bien.

—¿Qué quieres a cambio? Solo eso.

—Bueno… —dijo, rascándose la coronilla.

Entonces tocaron a la puerta y entró una enfermera con un termómetro.

—Esta es mi revisión diaria, como no me digas lo que quieres, pierdes tu oportunidad.

—Unas entradas del concierto de Pachi-Chachi en el Palau Sant Jordi.

Álex miró a Karla. Su expresión fue de extrañeza, como diciendo «¿en serio?».

—¡Hecho! Pero añades a las grabaciones de las cámaras del hotel todos los vídeos públicos de las redes sociales y de los vídeos o fotos del funeral.

—¿En serio?

—¿Quieres las entradas?

—Eso es una mole de trabajo.

—No será fácil encontrar las entradas.

Alan sonrió con una risita malévola.

—Están agotadas.

Álex no se sorprendió.

—Por eso lo has dicho. Estaréis en ese concierto tú y un acompañante, pero no sé si estarás en primera fila o colgado de algún sitio. ¿Tenemos trato? —preguntó, y alargó la mano.

Se la estrechó suave.

—Ahora lo siento, pero tenéis que salir —dijo, adelantándose a la enfermera, y los componentes del equipo fueron saliendo—. ¿Ana?

La criminóloga se detuvo.

—Ven.

Ella fue.

—Por favor, ten cuidado mañana con la madre del abogado. He leído que es un hueso duro. ¡Muy duro! No quisiera que tuvieras problemas con tu carrera.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Si él era el Rey del Foro, ni me imagino cómo es ella.

—Gracias, pero no te preocupes, ¿olvidas con quién estás hablando? —respondió Ana, guiñándole un ojo y saliendo de la estancia.

Antes de cerrar la puerta detrás de la enfermera, su hermana le lanzó un beso al aire. Pero, al cerrar, su rostro se endureció. Conocía muy bien a esa señora y no le gustaba para nada.

23

Ana Cortés miraba cómo las palmeras de la Ronda Litoral pasaban delante de la ventanilla del taxi al día siguiente.

Conocía muy bien a esa mujer, a Matilde Vila.

Del mismo modo que al hijo lo llamaban el Rey del Foro, a ella, en la universidad, la apodaban la Venere Negra.

Venere, porque era la mujer más guapa de la universidad. Tenía a todos los chicos y profesores bajo su zapato de tacón de doce centímetros. Era famosa por usarlos y tirarlos como pañuelos. Los profesores babeaban por ella.

«¡Hombres!», pensaba Ana en ese momento.

Incluso Alberto, el que fue su marido, era una de esas moscas que revolotearon a su alrededor. Con los ojos cerrados y atraídos por su perfume.

Negra, porque se decía que follaba con varios hombres a la vez y vestidos con la toga de abogados.

Surrealista. Increíble.

Puede que solo fueran rumores y no real. Pero quién sabía. Ana siempre había pensado que una mujer así podía conseguir cualquier cosa. Incluso vengar a su hijo en un futuro.

¿Por eso tanto afán en averiguar ese nombre?

¿Tanta energía para saber quién era el asesino, saltándose los canales y los tiempos de la ley, de la policía y de la justicia?

A lo mejor, al saber que Álex había despertado del coma, esa Venere Negra quiso al mejor equipo de los *mossos* para desencallar una investigación atascada.

Tampoco era nadie para juzgarla. Bajo un cierto punto de vista, una madre está dispuesta a hacer lo que sea por su hijo.

El taxi se detuvo bajo el edificio del Passeig de Gràcia. Se apeó, se arregló la americana y fue directa a la puerta de entrada.

Se presentó al conserje y este le indicó la planta.

Subió por un ascensor que era estrecho y de hierro, de los de la época de inicio del siglo pasado, cuando los instalaban en los huecos de escalera.

Si hubiera viajado en horizontal y no en vertical, ese chisme se habría asemejado a una locomotora de vapor, pensó Ana. Las locomotoras las habían jubilado, ese chisme, en cambio, seguía funcionando.

Se detuvo. Salió del cubículo y atravesó el umbral del despacho. Una placa de mármol blanco con vetas color gris estaba clavada en la pared. En relieve y en hierro oxidado, se leía el nombre: «Vila & Alemany. Desde 1954 en Barcelona».

Pasó por delante y siguió hasta llegar a la chica de la recepción, que hablaba por teléfono.

Esperó unos minutos hasta que colgó.

La miró con una sonrisa de circunstancia. No parecía muy complacida de verla, pero fingió bastante bien.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo la chica.

—Busco a la abogada Vila.

—¿Tiene cita?

Ana tragó saliva.

—No.

La mujer sonrió, aguantando la risa, después de repasarla.

«Me he puesto mi mejor americana. ¿Qué miras, maldita esnob?», se dijo en sus adentros.

—Tiene una reunión fuera. Lo siento —concluyó, y descolgó una llamada.

En ese momento, un taconeo apareció por detrás de la puerta. Pertenecía a una mujer de piernas largas, con el pelo negro y arrugas camufladas por miles de intervenciones estéticas. Vestía un traje de punto y falda. Una mujer con aire despiadado. Sujetaba un bolso pequeñísimo y culeteó hasta el ascensor.

La seguía lo que podía ser perfectamente un abogado junior, con una bolsa igual a la de Ana, de una marca francesa y llena hasta lo inverosímil de papeles y carpetas. Jadeaba para mantener su ritmo aguantando ese mamotreto y su mochila, que también se veía cargada.

—¿Matilde? —llamó Ana.

La abogada se giró y la miró por una décima de segundo de reojo.

No contestó y esperó a que el abogado junior le abriera el ascensor.

—Matilde, necesito hablar contigo —insistió.

El chico inició el proceso de apertura del viejo ascensor.

—Soy Ana Cortés, llevamos el caso de… —dijo, y se interrumpió para aclararse la voz— de tu hijo.

Entonces la mujer se dignó a mirarla, siempre desde lo alto de sus tacones imposibles y de arriba abajo.

—No tengo tiempo, habla con mi hermano. Él os ha encargado la investigación. Llego tarde —ladró ya sin mirarla.

El chico apretó el botón y el ascensor accionó el mecanismo para descender.

Ana bajó la vista. ¿Se le había escapado? ¿Por qué no quería hablar con ella? ¡Maldita fuera!

Tenía que hablar con ella sí o sí. Por Álex. Por su futuro libro.

Comenzó a bajar las escaleras corriendo. El ascensor le llevaba ventaja a pesar de ser un trasto del siglo pasado.

Llegó al portal más rápido que si hubiese tenido un *pitbull* persiguiéndola.

Cuando los alcanzó, el joven asistente justo estaba abriendo las puertas del ascensor.

—¿Aún tú? —susurró la mujer.

—¿No tiene cinco minutos para hablar conmigo la Venere Negra? —dijo Ana, intentando que los jadeos no estropearan ese momento.

La mujer, que llevaba unas gafas de sol negras y enormes, se acercó a ella. Se las quitó y la miró directamente a los ojos.

Ana rezó para que nunca tuviera un abogado así en contra en un juicio.

—¿Qué has dicho?

—Así te llamaban los chicos en la universidad. Coincidimos en esa época. A lo mejor no te acuerdas —comentó, y respiró—. Cinco minutos, solo cinco minutos.

La mujer gruñó. Se dio la vuelta y se fue. Cuando tenía cinco metros de ventaja, dijo:

—Tienes diez, de aquí hasta el juzgado —soltó mientras ya, con sus gafas puestas y taconeando, salía del edificio modernista.

24

Ana Cortés estaba en la limusina de la abogada.

No era solo un coche de lujo, una berlina de alta gama usada como limusina. No. Era una auténtica limusina, como las que se ven en las películas americanas.

Pero no tan larga como una común, si no, por los recovecos de Barcelona, no se habría movido.

De la marca Lincoln y con un separador entre el conductor y los pasajeros.

No faltaba nada, una minineverita, un teléfono de los antiguos, superficies para escribir y varias pantallas en todas partes.

La abogada dijo al asistente, si se podía llamar así al chico, que se sentara al lado del conductor. Luego, acabado de arrancar el coche, accionó el cristal insonorizado que dividía los dos ambientes. De ese modo, los dos hombres de delante no las oirían.

—¿Qué quieres saber? —preguntó más fría que un témpano.

—Lo siento mucho, no sé cómo puede ser perder…

—Déjate de formalismos. Tienes nueve minutos.

Ana tragó saliva. La mujer miraba la calle a través de la ventanilla. Aunque con esos cristales negros como el alquitrán, no se habría percatado. Eso solo habría empeorado la conversación, poniéndola aún más incómoda.

—¿Quién crees que ha podido matar a tu hijo?

—Si lo supiera, no estarías aquí. Ocho minutos y medio. Siguiente pregunta.

—¿Quieres dejar de tratarme como a una de tus empleadas, o una de esas chiquillas que salen de la universidad y que darían todo por estar contigo tan solo en un juicio? Estoy aquí para ayudarte, no para que me perdones la vida —espetó Ana con un tono cansado.

A Ana le pareció que la mujer bajó la mirada.

—Te lo repito. Una mujer, una madre, sabe, huele, intuye. ¿Quién?

Matilde Vila se giró. Efectivamente, sus cristales eran tan negros que eran impenetrables.

—Mi hijo ganó muchas causas. Tenía muchos enemigos.

—Eso hace que el cerco se reduzca a cuántas, ¿cien, doscientas personas? ¿Puedes ser más explícita?

—La última causa fue mediática, puede que le haya molestado a alguien.

—Creemos que puede tener un trasfondo sexual.

—¿Cómo?

—Una ex, una amante. Una chica que haya podido salir decepcionada o incluso, vete a saber, a la que le hayan desestimado una acusación por un juez amigo de tu hermano. No sería ni la primera ni…

—¿Cómo te atreves? Podría querellarme contra ti.

—Me da igual —mintió descaradamente Ana—. Lo hago por la verdad, no para hurgar en vuestros errores.

—Su ex era una guarra.

Ana abrió los ojos de par en par, ese adjetivo viniendo de esa mujer tan estilosa y educada no se lo imaginaba.

—¿Guarra?

—Cuando se fue de la vida de mi hijo, se llevó joyas y dinero.

—¿Una venganza?

—Un finiquito. Después de la vida que había hecho con mi hijo y todo lo que le había regalado, encima eso. No podíamos permitirlo.

—¿Cómo se llama?

—Carmen Lapuerta.

Hubo unos instantes de silencio, los necesarios para que Ana reformulara la siguiente pregunta. La limusina se había convertido en una sala de juicio móvil donde el abogado defensor estaba recibiendo preguntas incómodas de la acusación. Seguramente, la abogada se habría alegrado mucho de que ese vehículo carísimo tuviera el cristal de discreción.

—Pero, conociendo a tu hijo, no creo que fuera un santo.

La mujer giró la cabeza y miró de nuevo afuera.

—Esa zorra se merecía una lección.

—¿Qué lección?

—Arrastrarla a nuestro terreno…

—¡Los juzgados! —dedujo Ana con tono amargo—. La denunciaste.

La abogada se rio sin dejar de mirar el exterior. No era una sonrisa de placer, era una de venganza.

—Era un mensaje.

—¿Un mensaje? —respondió, sorprendida.

—Las que se acercaban a mi hijo no podían comportarse así o se las verían conmigo.

Ana puso los ojos en blanco sin que la otra lo viera. En el fondo, no creía en las palabras que estaba escuchando. Los Vengadores del Foro.

—¿Pero no crees que tu hijo podía haberse ido con otra? ¿Que le podía haber puesto los cuernos y ella actuó por celos o por venganza?

—Mi hijo no hacía esas cosas.

—Será que no las hizo en ese momento, pero, luego, se dio a la vida desenfrenada —afirmó Ana, y no creyó que la madre no lo supiera—. Dudo que la mejor abogada de la ciudad no sepa qué pasaba en la *suite* presidencial del Rex.

—¿Has venido a juzgar o a resolver el caso, señora Cortés?

—Me da absolutamente igual saber qué pasó con la ex. Pero podría haber sido un amigo de su ex o su padre, o su nuevo novio.

—Estamos llegando, ¿no tienes más preguntas inteligentes? Llevamos rato con suposiciones inútiles.

Ana se sentía frustrada. La abogada no se dignaba ni a mirarla. Faltaba menos de un minuto para que llegasen y la oportunidad de hablar con ella se acababa.

Pensó en lo que habían hablado y qué más podía saber.

¿Y si no fuera la dirección correcta? ¿Y si fuera una dirección que querían que tomaran?

—Señora Vila, un abogado que gana todas las causas tiene muchos enemigos. ¿Podía uno de esos a matar a Jordi?

El coche se detuvo. El asistente salió de forma patosa y fue a abrir la puerta de la abogada.

La limusina se había detenido delante del Palacio de Justicia. Tenía la puerta abierta y ella no había salido como un muelle. Permaneció sentada unos segundos, seguramente pensando y midiendo las palabras que iba a usar.

—Habla con el fiscal Álvaro Torres. Él puede ayudarte —dijo sin mirarla, y salió sin decir nada más.

No le dio ni siquiera tiempo de darle una tarjeta de visita, ya estaba en las escaleras del Palacio de Justicia.

La abogada, con su vestido de cientos de euros y ego descomunal, se había ido. No había conseguido gran cosa, un nombre, una pista, una dirección.

El chófer tosió después de haber bajado el cristal que separaba los dos espacios.

Ana arrugó el ceño.

—¿Sí?

—Debería bajar, señorita. Me tengo que ir.

Ana asintió y bajó del coche. En cuanto cerró la puerta, se fue la limusina. Todas las personas que estaban delante del edificio se quedaron viendo a la mujer. Se sintió observada y fuera de lugar. Ella nunca hubiera usado una limusina tan ostentosa, más adecuada en las películas americanas que en la vida del día a día de Barcelona.

Se apartó y entró en una cafetería para tomar un té verde. Se calentó la mano con la taza y envió el mensaje a Karla:

«Carmen Lapuerta, la ex de Jordi Alemany. Búscala, puede que sea una pista».

Entonces buscó el despacho del fiscal. Llamó y la persona que contestó indicó que estaba en el Palacio de Justicia. Tenía que estar a punto de salir de un juicio.

Colgó, le daba justo el tiempo de acabar el té e ir a buscarlo.

Una vez ya en la sala del juicio, se sentó esperando a que este finalizara.

Cuando las puertas se abrieron, salió un hombre con una expresión poco recomendable y esposado, escoltado por dos *mossos* uniformados. Después salieron personas de paisano y abogados con la estola.

Ana iba mirando en internet las fotos del fiscal intentando reconocerlo entre la gente cuando un señor se le acercó por la derecha.

—¿Ana Cortés en persona?

Ella se giró. Después de un primer vistazo, lo confirmó, era él.

—Fiscal Torres —dijo, y se levantó.

—¿Tan sobrada va la policía contratándola?

Ella sonrió.

—No, no es exactamente así. ¿Tiene cinco minutos?

—Y diez. Un placer hablar con usted.

—Gracias.

—Vayamos a la cafetería —sugirió, y caminaron por el pasillo—. Por fin alguien viene a verme. Los policías que estaban investigando iban más perdidos que un pulpo por la Avenida Meridiana.

Ana lo miró de reojo y lo siguió, ese hombre sabía más de lo que había sospechado.

25

¿Por qué nadie se había molestado en hablar con el fiscal?, pensó Ana Cortés.

Quizá la teoría de Karla era cierta. O, por lo menos, iba cobrando más sentido.

¿De verdad la comisión de investigación anterior quería resolver el asesinato?

¿O prefería que se convirtiera en un caso frío?

Decidió preguntárselo a él.

—Llevamos semanas con este tema y no han conseguido nada. ¡Nada! ¿Sabe qué significa nada? —dijo el fiscal mientras removía dos bolsitas de azúcar en un cortado.

«¿Sabe que tanto azúcar no es bueno?», pensó Ana, pero no había ido hasta allí para hablar con él de los riesgos del azúcar refinado ni de la relación directa con la diabetes.

—Me imagino que poco, ¿verdad?

El hombre bufó, dio un trago al brebaje en un típico vasito de cristal con el mango de metal.

—¡Joder, cómo quema! —espetó él.

Estaban sentados en una cafetería a dos pasos del Palacio de Justicia. A su alrededor, abogados con sus clientes repasaban juicios por realizar o recién terminados. Mesas vacías que esperaban a los siguientes clientes y hombres concentrados con carpetas llenas de hojas, pruebas o pleitos.

—Estoy ayudando a mi hermano.

—Lo suponía.

—Como consultora externa, ya sabe…

—He leído algo de usted y muchas veces la he escuchado en la radio —dijo, y subió las cejas—. Si no lo consiguen ustedes, entonces a lo mejor es un

crimen perfecto.

—No existen los crímenes perfectos, existen las investigaciones imperfectas.

—Es fácil decirlo desde la grada y a toro pasado.

—Lo estamos haciendo lo mejor que podemos.

—Con que hagan algo, ya harán algo más.

—¿Qué sabe del caso? ¿En qué puede ayudarnos?

El fiscal resopló.

—Pues la verdad es que sabemos muy poco —confesó, y dio otro sorbo mientras la miraba—. ¿Qué han descubierto ustedes?

El fiscal tenía una frente amplia y pelo rizado. Gafitas redondas y pequeñas, con una sutil montura. Parecía un buen hombre. Con algún kilo de más y un acento de fuera, de la zona de Andalucía. A pesar de haberlo detectado, no quiso preguntárselo, habría sido intimar o llevado a ideas equivocadas.

—Yo tengo una idea. Mis compañeros tienen otra.

—La escucho.

—Por la forma en cómo el asesino ha mutilado y profanado el cuerpo de la víctima, creo que el móvil está relacionado con un crimen pasional o con una venganza relacionada con las fiestas y esa vida mundana que llevaba el señor Alemany.

—La exnovia estaba embarazada. Abortó en una clínica privada. Se ve que el padre no quería hacerse cargo del bebé.

—Pero… Matilde no me lo dijo —susurró Ana.

—Claro, porque su niño es un tesorito inocente.

—Me imagino por dónde quiere ir.

—¿Cómo se llamaba? —dijo arrastrando las palabras mientras intentaba recordar.

—¿Carmen Lapuerta?

—Exacto, hable con ella. Le enseñará el verdadero lado de Jordi.

—Claro, mi compañera se encargará de ello.

—Dígame, me decía que su compañera tiene otra teoría.

—Sí. Karla…

—Espere —interrumpió el fiscal—. ¿Karla? ¿Karla Ramírez?

—Sí. ¿La conoce?

El hombre asintió.

—Siga, por favor.

—Ella cree que es un complot del Hotel Rex para que no se sepa la verdad y que no se vean implicados los policías que antes estaban investigando. Es un poco, tal y como dice la palabra, conspiranoico. A Karla la conozco bien y no es para nada así. Confío en ella. ¿Usted qué piensa?

El hombre, que la escuchaba con atención, acabó el último trago de café y se apoyó en el respaldo. Cruzó los brazos y, con una mano, se tocó la mejilla afeitada.

—Por eso no ha tenido ni información ni ningún avance en estos días, ¿no le parece? —concluyó Ana.

—¿Y cuál sería el motivo?

Ana encogió los hombros.

—Llevamos un día con esto. Hoy dos. No lo sé. ¿Usted qué opina?

—He visto las fotos del pene cortado si a eso se refiere. Yo también he pensado en un móvil sexual. Pero que haya sido un matón o un asesino a sueldo porque dejó embarazada a Lapuerta es demasiado débil como móvil desde mi punto de vista. Pero es curioso, ahora que lo dice.

—¿Qué es curioso?

—El asesino nos ha presentado las pruebas perfectas para una muerte pasional —dijo, y siguió con un tono de autoridad, como si estuviera presentando las pruebas al juez y las estuviera defendiendo—. El novio de una chica despechada que asesina de una forma violenta al ex. No. No creo. A pesar de las pruebas, a pesar de la teatralización de la escena del delito.

—Si eso fuera cierto, el asesino no solo es inteligente.

—Lo es, y mucho, porque, si aún no lo hemos pillado, es que lo ha perpetrado muy bien.

—Cierto. Además, conocía muy bien a la víctima y podría ser una pista que marcara la línea de investigación de la policía.

—Bien. Y si no hubiera sido eso, ¿qué podría ser?

El fiscal se mojó los labios y se ajustó las gafas.

—Ese chico era un problema. ¿Lo conoció, señora Cortés?

—No, no lo conocía de antes.

—Era un abogado engreído.

—¿Engreído?

—Solo había que ver con qué coche iba por ahí. Yo creo que quería ser el Bruce Wayne de Barcelona. El Batman de la justicia. Y, sin embargo, era solo una marioneta.

—No le sigo.

El fiscal se acercó a la mujer y bajó un poco el tono de voz.

—El chico era bueno —admitió—, pero quien lo ayudaba era la madre. Ella sí que es la número uno. Y ella quería que el hijo fuera también el número uno.

—¿Y no lo era?

—¡No! Yo lo he visto en juicios y no lo es. Quiero decir, no lo era.

—Pero ganó el caso medioambiental la semana antes, ¿no?

El fiscal sacudió la cabeza.

—Eso es discutible.

—No le entiendo.

—Tendría que hablar con el abogado que ha perdido el juicio.

—¿Quién?

El fiscal arrugó la frente.

—¿No conoce a los Príncipes del Foro?

En ese momento, fue Ana quien negó con la cabeza.

—¿Cómo?

El fiscal resopló y se pasó la mano por la cara.

—Veo que no le ha dicho nada el juez Vila.

—¿Qué ha olvidado o ha obviado decirnos?

—Creo que ha «olvidado» lo más importante…

26

La cafetería seguía como si nada pasara.

Sin embargo, en la mesa con el fiscal, Ana estaba descubriendo temas y detalles que en el informe de la investigación de los *mossos* no estaban. Temas ocultos de la ciudad. Temas que se quedan entre líneas. Los típicos temas que no aparecen en los manuales.

Los entresijos y los secretos nunca contados ni admitidos, los que no se apuntan en papeles. Esos mismos detalles sintió Ana que le contaba el fiscal.

Era mucha información importante para no haberla recibido de las dos personas más interesadas en resolver el caso.

—Mire, esto es muy sencillo. En Barcelona están los grandes abogados de siempre, pero los jóvenes empujan fuerte. Desde que murió el rey anterior, el puesto lo había ocupado Jordi Alemany.

Y debajo de Jordi Alemany había príncipes.

—Espere, espere. ¿A qué se refiere con el rey?

—¡El Rey del Foro! —dijo él, y ante la expresión de no pillarlo de la criminóloga, entró en detalles—. El mejor abogado de Barcelona. El Foro, el Palacio de Justicia. El Rey del Foro. *¿Capicie?*

—Ahora sí. Entonces, hay un rey. ¿Y quién lo elije?

—Nadie. Solo se sabe porque es el mejor de la ciudad.

Ana asintió, todo eso le era nuevo y le iba grande. Lo suyo era la criminología, no la jurisprudencia.

—Bien. El rey antes de Jordi Alemany se llamaba Luis Gélida.

—Ya —dijo ella—. ¿Y ahora?

—Ahora viene lo bueno, mire. Cuando Alemany era el rey, había muchos príncipes. Pero el príncipe justo detrás era un tal Pau Gilabert. Así que… —y repitió con las manos en el aire, simbolizando un pódium—: en el estante más

alto, el rey, Alemany; debajo, en la segunda posición y el primer príncipe, Gilabert. Después, un sinfín de otros príncipes del Foro. Entre ellos —bufó—, Roberto Lafuente, Bernat Prats, Claudio García. Luego, Fernández-Vázquez, García, Hidalgo, Herrero, Benjamín. Muchos, la verdad.

—Así, que una vez muerto el rey, ahora el rey es Gilabert, ¿no?

—No es tan fácil —respondió el fiscal, y dejó descompuesta a Ana.

El rostro de la criminóloga decía «¿no he entendido nada hasta ahora?».

—El problema es que Gilabert es el abogado que perdió el caso del medio ambiente. Así que, en teoría, muriendo Alemany, sería él. Pero perdió días antes del asesinato.

—Pero, aun así, sería él.

—En un mundo hipotético sí, pero no es tan sencillo.

Ana volvió a mover la cabeza.

—Esto es muy complicado —soltó, rendida.

—No lo es tanto. Verá, si hubiese ganado el pleito contra Alemany, entonces no habría dudas.

—No habría dudas, ¿para qué?

—Que Gilabert sería el sucesor. Con la muerte de Alemany, Gilabert sería el rey. Fácil. A rey muerto, rey puesto. Claro, fácil, sin problemas. Pero no es así.

—Yo no soy mucho de deportes, menos de deportes violentos. Pero esto es como el boxeo; uno pierde el título y lo cede a otro.

—Más o menos.

—OK, ¿entonces, Gilabert podría haber matado a Alemany para quedarse con el trono?

El fiscal se encogió de hombros.

—Eso yo no lo sé, ni puedo averiguarlo —dijo, y levantó la mano—. Esa no es mi función. Pero usted sí puede averiguarlo —confirmó, se giró hacia la barra y concluyó—. Camarero, la cuenta, por favor. Déjeme que la invite al té, por favor.

—Gracias. ¿Dónde puedo encontrar al señor Gilabert?

—No controlo la agenda del letrado, pero creo recordar que los miércoles por la mañana, si no tiene juicios, está en el campo de golf. A lo mejor, rodeado de algún juez u otro abogado de calibre. —Sonrió—. Y ya que va a verlo,

pregúntele cómo puede ser que perdiera de forma tan patosa el segundo mejor abogado de la ciudad —dijo, levantando las cejas.

—¿Cómo dice?

—Seguí el caso y falló en muchas cosas de forma patosa, de novato. Ese juicio huele mal, criminóloga.

El fiscal le cogió la mano y se la acercó a la cara como para darle un beso.

—Quién sabe, señora Cortés, a lo mejor nos volvemos a ver…

Ella sonrió y asintió.

—Quién sabe.

—Mucha suerte con la investigación —deseó, y salió de la cafetería sin más.

Llevaba un traje gris y una maleta de cuero negro. Levantó la cabeza al pisar la acera. Olió el aire como hace un sabueso. Seguramente, olió el aire de la justicia que se acercaba o la del crimen que se estaba cometiendo en algún otro lugar. Se cerró la americana y desapareció por detrás de la vitrina, llevándose su imagen de villano y su corazón de caballero.

Ana se quedó sentada unos minutos más. Acababa de entender, por encima, cómo funcionaba ese mundo tan jerarquizado. Un rey, un príncipe y el resto. El primer príncipe era el primero de los perdedores, como en los deportes. Todos aspiran a ser el mejor, el más rápido, el que salta más alto, el que aguanta más. Todos aspiran y solo uno es el Rey del Foro. Pero la pregunta que se hacía era, ¿cuántos estaban dispuestos a matar para ser el rey?

Esa pregunta la dejó sin reaccionar un buen rato hasta que un coche delante de la cafetería pitó con la bocina a otro que estaba saliendo de un parquin.

Miró el reloj y llamó a un taxi. Tenía muchas ganas de hablar con Gilabert. El que ahora, en teoría, era el Rey de Foro.

27

El club de golf de Barcelona estaba más lejos de lo que pensaba Ana.

El contador del taxi aumentaba sin parar. Aquella investigación le estaba costando más de lo que pensaba. Balanceaba esa imagen de números rojos que no se detenían, y que no se detendrían en un buen rato, con la imagen de la portada de su nuevo libro. Un libro que el escandinavo Patrik Cletman ya se moría por leer.

«La vuelta de la criminóloga», dijo por teléfono.

Pero antes de la fama y de la pasta que le podía dar ese libro, pensaba en el caso. En las palabras del fiscal. En ese organigrama invisible y machista solo para demostrar quién tenía los atributos mejor puestos.

Mientras por la ventanilla comenzaban a aparecer los perfectos campos verdes del campo de golf, se alegró de no haber elegido la carrera de Derecho. Meterse en esa piscina con tantos tiburones. Los mismos que estaba a punto de ver.

Paró el taxi y le dijo que la esperara allí; su entrevista le llevaría poco tiempo.

Entró y se fue directa al salón de los socios. El ambiente olía a lirios frescos y a exclusividad. Un lugar para gente como tío Gilito.

La secretaria de Gilabert le había dicho que la esperaría en el sitio en el que, en teoría, acababa de entrar. Su estómago se quejó. No había comido y no pensaba gastarse otros cincuenta euros para comerse un simple menú de pobre golfista hambriento.

Un hombre levantó una mano. Tuvo que reconocerla porque era la única mujer perdida en ese lugar. Se acercó.

Estaba sentado en una de las varias salitas que había. El joven llevaba una gorra, un polo de manga larga, de una de esas marcas carísimas que solo si

juegas a golf sabes reconocer, y pantalones grises de cuadros.

Al verla, se levantó.

—¿Cortés?

Ella asintió y le estrechó la mano.

—Mucho gusto —dijo con tono afable, y le devolvió el apretón—. Pau, Pau Gilabert.

—Ana Cortés —confirmó, y se sentó.

El hombre levantó la mano.

—¿Quiere algo?

«Sí, un plato de paella o una tostada con escalivada y patatas al horno. Gracias», pensó que le hubiera gustado pedir, pero se contuvo.

—Un agua con gas.

Pidió la bebida al camarero y se sentó.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Bueno, estoy aquí como consultora de la policía, por el caso de Jordi Alemany.

—Uff. Mal caso, la verdad.

—¿Lo conocía?

—¿Quién no lo conocía?

—¿De qué lo conocía? —preguntó, y al momento de haber formulado esa pregunta, Ana se dio cuenta de que era una tontería.

—Hicimos juntos alguna asignatura en la universidad y las prácticas en un despacho en Madrid, junto a otros chicos. Solo los mejores de la universidad.

—Ya. ¿Qué más?

—Fue una desgracia —dijo con el mismo tono que uno dice que tiene que ir al supermercado a hacer la compra.

—Iré al grano.

—Me encantan las mujeres que van al grano.

Ana lo miró fijamente, era un yogurín para ella. En internet decía que tenía treinta y cinco años, pero no le habría echado ni veintisiete. Con esa edad, ella no sabía ni siquiera que iba a tener una familia. Pero ese joven era uno de los mejores abogados de la ciudad. Seguro, guapo y rico.

—Ahora es usted el Rey del Foro, ¿verdad?

—Yo no he matado a Jordi Alemany si es lo que quiere saber.

—No le he preguntado eso. Ya llegaremos.

—En teoría, si no hubiese perdido la última causa.

—¿Cómo pudo perder ese caso? —Él miró al suelo, como si sus zapatos blancos con suela para el *green* tuvieran la respuesta—. Mientras venía, he leído alguna crítica de periodistas de los periódicos locales. Todos hacen referencia a que tenía ganado el juicio —dijo, y se lo quedó mirando, observándolo.

—Era difícil.

—Nadie dice que sea fácil su trabajo.

—Tuve mala suerte.

—Una excusa barata. Me acabo de reunir con una persona que no se cree nada de lo que pasó en ese tribunal. ¿Fue una farsa?

—¿Me está llamando farsante?

—¿Qué le contestó al sargento Malagrid cuando vino a verle después de la muerte del Rey del Foro? —formuló la criminóloga, y en ese momento cayó en el hecho de que no había ningún interrogatorio a Gilabert.

—¿Quién?

«Mierda», pensó Ana sin dar crédito a la situación, pero tomó las riendas y le hizo la pregunta clave.

—¿Dónde estaba el día de la muerte de Jordi Alemany?

—Ostras, no me acuerdo.

—Supuestamente, es el mejor abogado de la ciudad, creo que tiene la suficiente memoria para recordarlo.

—No lo sé, señora Cortés. No me acuerdo.

—Mire, no me venga con tonterías. El cerebro recuerda eventos excepcionales que trastornan nuestro día a día o lo que nos pasa en momentos concretos. Usted recuerda perfectamente dónde estaba cuando cayeron las torres gemelas. La primera vez que condujo. Dónde estaba el día que nos confinaron por el Covid-19, etc. Soy psicóloga también. No me venga con chorradas. —El joven la miró desafiante, sin decir nada—. ¿De verdad quiere ir a testificar a la comisaría de los *mossos* para algo tan obvio?

El hombre sonrió de una forma amarga. Parecía el típico pijo de las películas inglesas. Jóvenes nacidos en el seno de una dinastía de ricos. No daba la impresión de que tuviera mucho que perder.

—Estaba en casa.

—¿Tanto le ha costado? ¿Estaba solo? —preguntó ella, como si fuera un policía más de la comisaría de Travessera de les Corts.

—Con mi pareja.

—¿Alguien más?

—La mujer de servicio, que vive en casa.

—¿Tendría problema con que habláramos con ellas?

—No.

—¿Quién cree que ha matado a Jordi Alemany?

—No tengo ni idea —dijo riendo.

—Claro que la tiene, seguro que tiene su propia teoría.

Gilabert sonrió.

—Yo me ciño a las pruebas.

—¿Qué pruebas?

—A las que me han contado los compañeros.

—Ojo, eso es secreto de sumario.

—Me da igual, se lo puedo decir. ¡Cómo le dejaron la polla! Se lo merecía.

Ana subió las cejas y abrió los ojos.

—¿Por qué se lo merecía?

—Yo también he sido invitado a esas fiestas.

—Sin su pareja.

—Antes de tener pareja y antes de haber sido su abogado contrincante.

—Siga.

—Yo he visto cómo trataba a las chicas. Unos putos clínex usados. ¿Entiende?

—Usted hacía lo mismo, ¿no?

El hombre resopló.

—Era más joven.

—¿Cuánto hace de eso?

—Estábamos en Madrid. Mucho, casi ni me acuerdo.

—Esfuércese. Necesito nombres.

—Pues, ¡yo qué sé! Estaba Vidal.

—¿Nombre?

—Alberto.

—¿Quién más?

—Bernat Prats. Hidalgo también.

—¿Nombre?

El hombre bufó.

—Josep.

—¿Y a las fiestas de Barcelona no ha ido nunca, Pau? Dígame la verdad.

Él miró hacia la puerta de la sala de estar habilitada para los socios. Entraban dos hombres que rondaban los setenta: pelo blanco, elegantes, vestidos como jugadores de golf. En los zapatos, trozos de hierba cortada; debían venir a tomarse una cerveza después de una partida. Se quedaron allí. Luego, Pau se giró.

—Solo una vez.

—Me da igual cuántas veces fue usted a esas fiestas. Lo que quiero preguntarle es si hubo sexo, drogas, etc. ¿Pueden haberlo matado por eso? ¿Usted qué opina?

—¡No lo sé! —gritó, perdiendo los estribos; los demás hombres de la sala se callaron y se giraron a mirarlo.

Al darse cuenta del chillido, se colocó las manos en la cabeza.

—No tengo ni idea. Solo he hecho lo que tenía que hacer, nada más.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Absolutamente nada —insistió, y se levantó—. La invito a irse, señora Cortés. Nuestra conversación se acaba de terminar.

Tardó unos segundos antes de reaccionar y entender lo que estaba sucediendo. El joven abogado la estaba echando.

Había sobrepasado la línea de lo que podía soportar.

Sentada en el taxi, pensó que esa reacción no había sido normal. Un abogado del calibre de un Príncipe del Foro, como lo llamaban en el gremio, debería aguantar mejor las presiones, más lo que se consideran acusaciones.

Sin embargo, Ana pensó que eran cosas diferentes. Cuando defiendes a alguien, no estás emocionalmente vinculado. Las presiones de un juicio para un tercero no son las mismas. Se crea un muro invisible que hace que seas impermeable. Cuando las acusaciones son hacia tu persona, la historia cambia. De la misma manera, un cirujano que opera a un hijo es mucho más propenso a fallar que si lo hace un compañero.

¿Qué escondía Pau Gilabert?

¿Por qué había respondido de esa manera?

«Solo he hecho lo que tenía que hacer, nada más», pensaba Ana varias veces en la frase que le dijo, la pensaba en bucle.

¿Qué era lo que tenía que hacer Pau Gilabert?

Recibió un mensaje de Karla, ya estaba en el Hospital del Mar. La esperaba para subir a ver a Álex. Tenía novedades y tenía ganas de contárselas.

Pocos minutos después, Ana cogió un bocadillo y entró en la habitación de su hermano. Ya estaba allí también Karla.

—Ana. Ven, siéntate, tienes que escuchar esto —dijo Karla con una grabadora en la mano.

28

A pesar de estar en una habitación de hospital, había una energía placentera.

Que estuvieran los dos hermanos y Karla investigando los tres sobre el mismo caso no era algo nuevo. Sin embargo, de esa forma sí.

Ana entró, dio un beso en la frente a Álex y abrazó a Karla.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó la hermana.

—Cada día mejor.

—¿Núria?

—Ese coronel cada día aprieta más los músculos.

—Bien. Que te dé caña, que te la mereces —confirmó Ana con malicia.

Karla rio con la boca cerrada, casi una risita malévola.

—A ver si aprendes a no entrar en casa de asesinos en serie sin permiso.

—¿Te recuerdo cómo estabas tú si no hubiera entrado en Llançà?

De golpe, desapareció el aire de alegría que flotaba en la habitación. Álex tenía razón, pero ese momento tan duro para la criminóloga aún era una herida abierta y ese comentario fue sal en carne viva.

—Lo siento, no quería ser tan gilipollas.

—Tranquilo. Pasará —respondió ella—. ¿Qué os parece si empezamos? Arranca tú, Karla. Ayer lo hice yo.

La otra mujer asintió.

—He entrevistado a varias mujeres que podrían haber tenido una historia conflictiva con Jordi Alemany. Ya que nuestro sargento está encerrado en esta habitación y no podía traer a las chicas, he grabado las conversaciones.

—Muy buena idea, Karla —dijo Álex—. ¿Dónde has conseguido ese chisme?

—Me la ha prestado Alan. Pilas nuevas, un casete que he conseguido en un súper de barrio y a grabar.

Álex se sorprendió y miró a Karla, que se había sentado al otro lado de la cama.

—A ver, ¿qué has descubierto? —preguntó Álex.

—Vamos. Tenemos a la primera: María López. Denuncia por una presunta violación que retiró al cabo de unos meses. No llegaron a juicio. —Dicho eso, apretó el *play*.

El aparato, que estaba en la cama de Álex, comenzó a emitir unos sonidos distorsionados. Era grande, negro, como los que usaban los agentes del FBI en los años ochenta o noventa, antes de la era de internet. Antes de la época de los aparatos hiperconectados y de usar y tirar. Ese artilugio duraba una vida.

Comenzó a emitir la entrevista.

—Me llamo Karla Ramírez, cabo de los Mossos d'Esquadra, grupo de homicidios. Estoy llevando a cabo la investigación del caso del asesinato de Jordi Alemany. ¿Le parece bien que le haga unas preguntas?

—¿Es necesario grabarlas?

—¿Le molesta?

… silencio.

—No.

—Si hay algo que no quiere decir, no lo diga. Tenga en cuenta que esto no es una prueba, solo es para investigación. Mi jefe no ha podido venir, es para que pueda escucharla.

… otro silencio.

—De acuerdo.

—Encontramos una denuncia retirada contra el señor Alemany. ¿Cómo es que la retiró? ¿Era verdad?

Se escuchó cómo la mujer reía.

—La retiré, sí.

—¿Por qué?

… silencio

—Si no quiere contestar, no lo haga, pero nos ayudaría a entender cómo era la víctima.

—¿Víctima? ¡Villano! Ese hijo de puta me drogó en una fiesta y luego... —Respiró hondo—. Prefiero no recordar.

—¿La violó?

—Sí. Varias veces.

—Lo siento.

—Ya... Todos dicen lo mismo.

—A mí, hace unas semanas, casi me sucede lo mismo. Pero el destino fue indulgente conmigo. La peor parte se la llevó una persona a la que quiero mucho,

pero es otra historia. Solo para que sepa que sí la entiendo, de verdad. ¿Por qué retiró la denuncia?

Karla levantó la mirada de la grabadora a Ana. Ana la miró y se sonrieron. Luego, Karla volvió a bajar la vista.

—Porque el gran abogado no podía tener antecedentes. Y me ofrecieron una cantidad de dinero para que me callara.

—Vaya.

—Sí. Con ese dinero tenía para ayudar a mi madre y podía dejar de trabajar en garitos de mala muerte. Total, el daño ya estaba hecho.

—¿Recuerda cuándo fue?

Hubo silencio.

—Hace unos tres o cuatro años. Pasa tan rápido el tiempo.

—¿Quién puede haberlo matado? ¿Tiene una idea?

—No tengo ni idea.

—Hasta aquí —dijo Karla, parando la reproducción, y apretó el botón de avanzar con la cinta—. Luego fui a ver a Lucía García.

—¿Qué le ha pasado a esta chica?

—Otra que retiró la denuncia de maltrato y violación.

—Menudo historial tenía este hombre.

—Espera, ahora viene lo bueno.

La cinta arrancó y la policía se presentó.

—Se lo ha buscado.

—¿Cómo dice?

—Jordi se lo ha buscado.

—¿Por qué?

—Porque era un malnacido. Le iba el sado y los juegos duros. Pegar. Era un vil, un ser despreciable.

—Le puso una denuncia, ¿qué pasó, por qué la retiró?

Se escuchó cómo rebufó.

—¡Joder, vaya mierda! Ir a esa fiesta me ha costado... ¡Joder!

—¿Qué le ha costado?

—Me vino la madre, esa zorra. ¡Que se pudra en el infierno esa madre de malnacidos!

—Siga.

—Me dio un cheque. Tomar o dejar, zorrilla de medio pelo. ¿Ha entendido, agente?

—Cabo, cabo Ramírez.

—Zorra a mí. Cuando ella es la madre de todas las zorras. Hija de puta. No sé si ha tenido el placer, pero parece la hija de Cruella de Vil y la tía esa de la peli El diablo se viste de Prada*.*

Ana estaba asintiendo y medio riendo.

—¿Un cheque?

—Sí, con mucho dinero.

—¿Y lo cogió?

—Pues claro. Soy lista. Hay oportunidades en las que hay que tragar el orgullo, meter en el bolsillo la pasta y correr.

—Y con la pasta desapareció de su vida.

—Retiré la denuncia y que les den a todos.

—Ya. ¿Cuánto hace de esto?, ¿se acuerda?

—Hace unos dos años.

—¿Sabe si hubo más?

La chica bufó.

—Las que quiera. Para generar un Me Too barcelonés.

—¿Usted las conoce?

—Por favor, no me meta en un aprieto.

Hubo silencio.

—¿Quién cree que puede haberlo matado?

—Buff, ni idea. ¡Yo qué sé! Algún novio celoso o vaya a saber.

—¿Novio celoso?

—A Jordi le gustaban las jovencitas guapas...

… silencio.

—Aquí ella se señaló para que entendiera que era una de ellas —explicó Karla en el silencio de la grabación.

—Y las maduritas. A lo mejor fue un marido con celos.

—Vaya.

—No me extraña que se la cortaran, a Jordi, se veía venir.

—Hasta aquí, esta también —dijo Karla, y apretó el botón para pasar rápido la cinta.

—Esto no me lo esperaba. Abre un abanico nuevo de posibilidades.

—En fin, eso ya lo veremos. Seguimos con Ana Martínez. —Apretó el botón de *play*.

—Señorita Martínez, usted interpuso una denuncia por violación que se desestimó, ¿verdad?

—Sí.

—¿En qué año?

—La agresión fue hace un año y la desestimación llegó rapidísimo. Mi abogado aún no se lo explica.

—Me lo imagino. ¿Qué pasó?

—Una de sus malditas fiestas.

—Ya, ¿cómo eran sus fiestas?

—Depravación total. Ibas una vez y no volvías. Si te pillaba esa vez, la habías cagado. Por eso siempre necesitaba niñas nuevas. Para él y sus amigos.

—¿Niñas?

—Menores.

—Usted no era menor.

—No, pero, si lo eras, caías seguro.

—¿Y los amigos no violaban?

—No. Los amigos eran listos, solo iban con mujeres que sí querían. A él le daba igual. Te emborrachaba y, si hacía falta, te drogaba.

—¿Le ofrecieron dinero para retirar la denuncia?

La mujer resopló.

—Sí. Un día vino una señora que dijo ser su madre. Iba de joyas... y un traje de los caros. Parecía que tuviera un palo metido por el culo. Me ofreció un cheque. Le dije que no. Luego lo dobló. Le volví a decir que no. Entonces me preguntó cuánto. Y le contesté que su hijo se merecía estar en la cárcel y que todos supieran qué hacía en su vida privada.

—No aceptó dinero.

Se rio.

—Ni cobré ni gané. Es una maldita injusticia.

—Lo siento.

—En fin, antes o después, la suerte se acaba y la ruleta rusa te mata. No quiero decir que se lo mereciera, pero...

—Ya. Una pregunta más. ¿Quién cree que pudo haberlo matado?

—Ni idea.

—Fin.

—¿No tienes a la exnovia? —preguntó, sorprendido, Álex.

—Sí, ahora va. La última, Carmen Lapuerta. Y acabamos.

—Señorita Lapuerta, usted fue exnovia de Alemany, ¿por cuánto tiempo?

—Unos ocho, nueve meses.

—¿Qué pasó, por qué lo dejó?

—Me dejó embarazada.

—¿Y?

—Pues que yo quería tener el hijo con él y él no lo quería tener con nadie.

—¿Y entonces?

—Pues se metió la madre por medio y me dio dinero para que me fuera. Pagar el aborto y desaparecer de la vida de su hijo. Supongo que no era suficiente para ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Que no soy de ningún linaje, ni de una casa de bien de Barcelona. Y me desecharon.

—¿Y el bebé? ¿Lo tuvo usted sola?

… silencio.

—No. El embarazo no continuó. Aborto espontáneo.

—Lo siento.

—Ese tío era una mala hierba. Donde se metía, crecía la miseria —espetó Álex.

—No se preocupe, estoy acostumbrada.

—Me dijo la madre del señor Alemany que les robó cosas antes de marcharse de su casa.

Hubo silencio, largo, sin que la chica volviera a hablar.

—¿Sabe?, las malas personas te echan mierda, pero no tanto para desacreditarte, sino para alejar a tus amigos. Como venganza.

—Quiere decir que no es verdad.

La chica rio.

—Nunca robé nada. Solo me alegré de no tener nada que ver con esa familia. Lloré mucho, por mi hijo que nunca nació; lo he pasado mal. Pero al final he llegado a una conclusión, es mejor no nacer antes que nacer y estar vinculado toda la vida con esa gente.

—Fin. Esta es la última.

—Un hombre ejemplar. Un estandarte para la sociedad y un modelo a seguir para las juventudes.

—Más o menos.

—Gran trabajo, Karla. Sobre todo, en tan poco tiempo, conseguirlas a todas.

—Gracias —respondió ella.

—¿Qué opinas de todas ellas?

Karla miró a Ana. Su rostro se había entristecido a pesar de las entrevistas hechas a la carrera.

—Mi intuición me dice que lo que buscamos no está aquí —dijo con amargura, apoyando su mano en la grabadora—. He perdido un día importante.

29

Las palabras de Karla le sentaron mal.

Un día de búsqueda perdido, según ella. Él no pensaba así. Las vías de investigación son múltiples e inescrutables. Nunca sabes hacia dónde hay que ir. Y, encima, aún no estaba del todo descartada esa dirección. La línea de investigación pasional, del sexo y de la venganza amorosa no era para descartar *a priori*.

Se giró hacia la ventana. El mar estaba de un color entre el rosa y el naranja. El sol, ya a punto de desaparecer, regalaba una luz cálida y un atardecer que se parecía a los de la isla ibicenca.

—Nada está perdido, Karla. A lo mejor no hemos dado con la chica. Es una línea de investigación que, lo siento, no creo que tengamos que abandonar, ¿no te parece? —concluyó Álex.

Karla no se quedó convencida.

—Ana, ¿qué has descubierto?

La criminóloga sonrió.

—Yo no tengo ninguna grabación. Pero os puedo asegurar que la madre de Jordi Alemany es una víbora, tal como indican esas chicas —dijo, y guardó un momento de pausa para mirar a los ojos a los otros dos—. Tal cual. Además, hay un paralelismo.

—¿Un qué? —preguntó Karla.

—Su madre es algún año mayor que yo. Coincidimos en la universidad. La llamaban la Venere Negra. La mujer era rica y organizaba festines y orgías en la facultad. Una pieza. Una vividora.

—Ahora sabemos de dónde salió el hijo, es una fotocopia de la madre —dijo Álex.

—Pues sí —confirmó Ana.

—Y, encima, el tío, que es juez, seguramente… —comentó Álex, y carraspeó —. En fin, dejémoslo. Sigamos.

—De acuerdo. Primero, fui a ver a la madre. No he rascado mucho. Tiró mierda a la exnovia del hijo diciendo que había robado. Tal y como te escribí en el mensaje, Karla. Ella la acusaba de eso, y poco más pude sacar. Luego, fui a hablar con el fiscal, que es la persona más interesante que he conocido en el día de hoy.

—¿Por qué? —preguntó Álex.

—Por el organigrama tácito de los abogados de Barcelona.

—¿Qué quieres decir?

Ana sacó un papel de la carpeta e hizo un dibujo de la idea que le trasladó el fiscal. Explicó que había un rey en la cúspide de la organización, el Rey del Foro. Debajo, muchos más. Entre ellos, el primero de los aspirantes, que era el Príncipe del Foro.

—Espera, espera, ¿me estás diciendo que, si eres el mejor abogado de Barcelona, te llaman el Rey del Foro? —preguntó Álex, efusivo, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Sí.

—Pues a qué esperamos. Tenemos que entrevistar al que ahora es el rey después de la muerte de Jordi.

Ana puso los ojos en blanco.

—Ah. ¿Ya lo has hecho?

—Si me dejas acabar… —dijo Ana, mientras que Karla le daba con la mano en el brazo a Álex.

—¿Quieres dejarla hablar?

Álex gruñó.

—Lo siento, este caso es muy interesante y estoy aquí, recluso como un felino en una jaula de un circo. No puedo moverme aún y quisiera estar fuera para investigar con vosotras —espetó, enfadado consigo mismo, con la situación.

—Sigue, Ana —dijo Karla.

—Bien. El fiscal me explicó que, Pau Gilabert, el príncipe, tras perder ese importante juicio, no queda claro que sea ahora el rey.

—Interesante —comentó Álex—. ¿Qué más te dijo?

—Pues que el abogado Gilabert perdió la causa de una manera impensable. Sobre el papel lo tenía todo ganado y lo perdió.

—¿Crees que lo perdió adrede? ¿Un error? ¿Una causa infravalorada?

—No me lo ha sabido decir. Cuando hablé con Gilabert, me quedé con su última frase: «Solo he hecho lo que tenía que hacer, nada más».

—Eso no es muy bueno.

—Eso parece, Álex. Pero no quiere decir nada.

—Dime tú lo que has sentido. Qué opinas, qué te llevas de esto.

Ana suspiró. Se levantó de la silla y cruzó la habitación, se colocó delante de la ventana que daba al mar. Tan solo esas vistas eran una medicina para curarse más rápido.

—Lo he visto sobrepasado. No me ha parecido un tío que pueda matar a otra persona.

—¿No?

Ana se dio la vuelta.

—Mira, el asesino entró en la fiesta y, después de haber matado, con una única y quirúrgica puñalada, se fue al lavabo, se quitó la ropa sucia, le echó lejía y salfumán y la metió debajo de agua caliente. Eso es lo que dice el informe de la científica. Y no sabemos cuándo salió ni por dónde. Es un tipo metódico, no le tiembla el pulso y no tiene prisa. ¿Os hacéis una idea del tipo de hombre que estamos buscando?

Álex y Karla asintieron.

—Lo que buscamos es un hombre de sangre fría y que tenía que ganar algo matando a Jordi Alemany, y hacerlo en medio de una de sus fiestas locas y con una chica.

—Gracias por el resumen, Ana. Pero ¿por qué lo dices?

—Porque creo que Pau Gilabert no es nuestro hombre.

Álex alzó las cejas.

—¿Seguro? Piensa que, según tu teoría del rey, de los príncipes y todo eso, es el más beneficiado por la muerte de Jordi —dijo, indicando el papel donde la criminóloga había dibujado.

—Lo sé. Pero he estado con Pau unos minutos y me he dado cuenta de cómo es. Y no, no es él.

—Maldita sea. Dos días de investigación y no tenemos nada aún —espetó, y acabó gritando—. ¡Maldita sea!

—Tranquilízate —pidió Karla.

—No, tranquilizarme no. Cuando un asesinato se convierte en un caso frío, es dificilísimo encontrar al culpable. Las pistas, las huellas, los indicios se deterioran, desaparecen y te quedas con el caso en la conciencia toda la vida.

—Ya, pero acabas de salir de un coma, Álex. No te alteres más de lo que debes.

—Me vienen ganas de gritar, de correr, de saltar.

—Espera —intervino Ana.

—Echo tanto en falta correr y sentirme libre, como cuando salía a correr por el paseo marítimo de Barcelona o por la montaña de Collserola.

—Álex —insistió Ana, pero el hermano siguió hablando sin hacerle caso y entonces le gritó de nuevo—. ¡Álex!

Él y Karla se giraron.

—¿Qué? —gritaron al unísono.

—Tengo una idea. Tengo que hablar con Alan —respondió Ana mientras miraba a Karla.

30

—¿No quieres contarnos tu idea? —preguntó Álex.

—Espérate —respondió Ana, esperando a que el chico contestara.

Tardaron pocos tonos para que el informático forense descolgara.

El móvil de Karla estaba en la cama de Álex, que, una vez más, era usada como mesa de trabajo.

—¿Sí?

—¿Alan?

—¿Qué quieres, Karla?, estoy trabajando —contestó el informático con pocas ganas de hablar.

—Soy Ana, no Karla.

—Bueno, dime, Ana.

—Tengo una idea.

Hubo silencio. Alan era como un gato de costumbres y no le gustaban las novedades o los cambios. Lo que le estaba a punto de decir Ana ya sentía que no le iba a gustar.

—Estás en altavoz, están también Karla y Álex.

—¡Hau! —dijo como un saludo de un jefe indio—. Lo suponía porque es el móvil de Karla. ¿Qué se te ha ocurrido esta vez?

—Si te doy nombres de personas, ¿podrías identificar con las cámaras si estaban en la fiesta?

—¿Cómo?

—Tenemos posibles sospechosos. Si podemos localizarlos en la fiesta, sabremos que pueden ser potenciales culpables. Si no estaban, no podemos incriminarlos por el asesinato de Jordi Alemany.

Álex asintió.

—Venga, Alan, que tú eres un maldito mago de esto.

—Joder, Álex, cada día tú y tu familia me metéis en más apuros y aprietos —respondió Alan, y gritó como un loco—. ¿Sabes qué curro es todo esto?

—Cálmate, si encontraste las huellas de las personas del pantano con la inteligencia artificial, encontrarás esto de sobra. Está claro.

—¡Te odio! —gritó Alan por el altavoz del teléfono de Karla, mientras que esta sonreía—. En dos días es el concierto. ¿Ya tienes las entradas? —gritó de nuevo.

Álex tensó los nervios del cuello.

—Estoy en ello. Te he prometido que las voy a conseguir y las voy a conseguir. Palabra de policía.

—No me extraña que sigas *single* si convences tan bien a tus novias como lo haces conmigo —espetó Alan, y las dos mujeres se rieron.

Álex las miró con la frente arrugada.

—Venga, a trabajar.

—Llevo todo el maldito día con esto. Mis jefes me están tirando de las orejas y no sé a qué hora me iré a dormir —gritó de nuevo, como si tuviera una sobredosis de café en vena.

—Dile a Mario que es importante y que, si no está de acuerdo, que aproveche y que venga a verme aquí.

—Necesito esos nombres y unas fotos —contestó Alan.

—Ahora te las mandamos —respondió Álex, y colgó—. Menudo carácter. Dice de mí, pero ¿quién aguanta a este chico?

—Muy buena idea, Ana —dijo Karla—. Si podemos localizar a estos tíos en la fiesta, el cerco se puede cerrar. ¿De cuántos hablamos?

—Pues unos cinco, más Pau Gilabert.

—Espera, antes de mandar todos esos nombres a Alan, necesitamos filtrarlos. ¿Qué os parece si se lo explicamos al fiscal y que nos confirme los nombres? —preguntó Álex.

—Sí, buena idea. Lo voy a llamar. Me ha dado su tarjeta personal —respondió Ana.

—¡Uy! Su tarjeta personal —replicó Karla con retintín y un tono burlón—. Caray, qué confianzas, ¿no?

—Bueno, entiendo que tener de nuestro lado al fiscal será un plus —añadió Álex—. Buen trabajo, Ana. Te contrato.

Ana puso los ojos en blanco.

—El fiscal solo quiere colaborar, sacarse del lomo este caso mediático e incómodo. Solo eso.

Karla se pasó la mano por los labios, de un lado al otro, como si tuviera una cremallera.

—¿¡Qué!? —dijo Ana de nuevo a Karla.

—¡Teléfono personal!

—Te estás confundiendo, es solo profesional —respondió con los mofletes que se podían confundir con dos tomates—. Además, estoy muy bien con Javier, si no estuviera él con los niños, yo no podría estar aquí. Realizo la llamada y vuelvo enseguida —dijo Ana, y salió de la estancia.

—¡Puedes quedarte! —gritó Karla mientras Ana salía.

Karla se giró hacia Álex.

Él sonrió, la miró directamente a los ojos.

—Tenía ganas de estar a solas contigo —confesó Álex.

Ella cambió su expresión. Sonrió y se quedó como embobada. A Álex le encantaba cuando ponía esa cara tan expresiva. Una mujer dura y tierna a la vez.

—Te echo de menos —dijo Karla.

—Me tienes aquí.

—Ya, pero… digamos que de otra manera, ya sabes.

—Es un poco complicado… —replicó él mientras miraba la estancia—. En este lugar…

—Ya lo sé, es solo para que lo sepas.

—Yo también echo de menos… ya sabes —dijo Álex, levantando las cejas.

Entonces se callaron. Las palabras ya sobraban. Karla aprovechó y se fue acercando al rostro de Álex.

Le miraba los ojos y los labios.

Álex sintió un fuego que se prendía por dentro. Subió por el pecho, le calentó la garganta y fue bajando hasta llegar a la ingle.

La mujer se aproximó hasta que se apoyó en sus labios. El fuego se acabó de encender para los dos, que se fueron besando cada vez más apasionados. No querían soltarse, hasta que la hermana irrumpió en la habitación estropeando el momento.

Puso los ojos en blanco y los dos se separaron, cortando el beso que tanto habían esperado. Pero cuando Karla se apartó, dejó campo abierto y, de repente, se vio cómo el miembro de Álex había formado una tienda de campaña en toda regla con las sábanas.

—Pero, por favor, esto no se puede mirar —gritó al mismo tiempo que se giraba—. Cubrid eso. No, mejor me voy.

Mientras la hermana se iba, Karla, en medio de un ataque de risa, arrojó sobre la cama una chaqueta para disimular la erección.

—No te vayas, ya está.

—No, no, me voy. En un rato vuelvo —dijo, y cerró la puerta.

Álex y Karla se reían. Cuando recuperaron la seriedad, Álex intentó acercase de nuevo a Karla con los morros salidos para darle otro beso, como si alargando los labios pudiera tocarlos.

—No, quieto, casanova. Eso te tiene que bajar, si no, no volverá tu hermana.

Al cabo de un rato, regresó Ana. Se sentó al lado de Álex, ya que la tienda de campaña se había deshinchado.

—Y bien, ¿el fiscal te dio los nombres?

—Sí, solo se ha quedado con Pau y cuatro más.

—¿Cómo los ha elegido?

—Con base en la descripción que le he dado.

Álex asintió.

—Pues ya se los podemos pasar a Alan.

Ana se los cantó a Karla. Ella los envió por mensaje a Alan.

—1-Roberto Lafuente, 2-Alberto Vidal, 3-Claudio García, 4-Bernat Prats y, por último, Pau Gilabert —nombró Ana, y Karla escribió en el móvil.

Una vez enviado el mensaje, su teléfono sonó.

Karla arrugó el ceño y levantó la vista.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —preguntó Álex.

—Ferrer.

—¿A estas horas?

—A ver qué quiere —susurró Karla, y seguido apretó el botón verde.

—Ramírez.

—Cabo, buenas noches.

—¿Qué pasa, jefe?

—Tengo un caso que… —Ferrer se interrumpió, y suspiró—. Creo que están relacionados.

Karla levantó la mirada y la cruzó con Álex.

—Ferrer, ¿qué sucede? Soy Cortés, está en altavoz.

—Cortés. Tenemos un lío aquí. Lamento que no pueda venir, pero este asesinato creo que le toca de cerca.

Álex sacudió la cabeza, una sensación de impotencia y de miedo le cruzó el cuerpo como un rayo. Pensó en lo peor, en sus padres, en los niños de Ana, ¿qué más le podía suceder a su familia?

—¿Qué ha pasado, Ferrer? Por Dios, dígame.

El hombre suspiró.

—Han encontrado el cuerpo de una mujer —informó el subinspector mientras sirenas y ruidos en el ambiente que lo rodeaban amortiguaban la voz del hombre.

—Sí, ¿y?

—Parece que es de Clara Martínez.

En un primer momento no lo entendió. Sentía que el nombre de esa mujer no le recordaba a nadie, pero si no le tocaba de cerca, ¿por qué se lo decía?

Quizá por el coma había olvidado quién era esa Clara. ¿Podía ser otra hermana? ¿Tenía otra hermana que se llamaba así? ¿Una novia? ¿Una exnovia? ¿Se había dejado algo en la vida anterior que no se había despertado con el cuerpo y seguía dormido, latente en su mente?

—¿Debería conocerla? —preguntó Álex.

Karla fue a hablar, pero se calló dejando al jefe que lo explicara.

—Es la novia de Néstor Luna, la que lo ayudó a escapar —explicó Ferrer, y concluyó—: la misma que le disparó.

31

Karla conocía bien el parque de la Ciutadella.

Se había producido un asesinato muy sonado cuando el coche de una mujer se llenó de agua en la fuente central y resultó ahogada dentro del propio vehículo; Néstor Luna tomó aún más protagonismo en la ciudad. El asesinato de una inocente madre que había cometido un error: vender un artículo de su hijo por una aplicación de segunda mano.

Karla caminaba por las calles de tierra compactada y gravilla del parque. La policía recordaba muy bien la zona. Ana se había marchado, tenía que estar en casa con sus hijos después de todo el día dando vueltas. A pesar de que Karla dormía en su casa, había preferido dirigirse sola al parque.

Recordó que en ese preciso lugar se capturó a Néstor. Donde por regla general había niños que corrían, abuelos que paseaban y palomas que comían. Meses antes, gracias a una indicación de Ana y por la intuición de Álex, lo cogieron. Los asesinos siempre volvían a las escenas del delito, informó Ana Cortés. Para revivir las escenas, las sensaciones, para recargar las pilas de la muerte, del sadismo, antes de volver a cometer el próximo delito.

Pero en esa ocasión regresó a la fuente por otro asunto.

Se encontraba desalojada. Otra vez cerrada con cintas amarillas. Ese maldito parque al que Néstor le tenía tanto aprecio o lo que fuera.

Siguió las luces rojas y azules que se filtraban por los árboles. Caminar en un parque de noche no era lo que más le gustaba a Karla. Aunque ese espacio estaba vacío y desalojado, un áurea de misterio y terror quedaba entre sus ramas.

Dio la vuelta a una zona ajardinada y vio a unos agentes que estaban interrogando a un hombre. Llevaba el pelo descuidado y unas prendas sucias, enseguida se reconocía que vivía en la calle.

Detrás, unas zanjas perimetrales tapaban una zona. Al acercarse, vio cómo los de la científica, vestidos con los trajes blancos, hacían fotos a lo que habían encontrado.

—Ha venido muy rápido, Ramírez —comentó una voz masculina.

Ella se giró algo asustada.

—Tranquila, soy yo, Ferrer —dijo con tono calmo.

—He venido directamente. ¿Qué tenemos? —quiso saber Karla, directa al grano.

El jefe bufó y se pasó la mano por el pelo.

—Clara… Martínez —respondió un hombre detrás de ella con una voz grave, rasposa y lenta.

Ella se giró y lo se lo quedó mirando. El hombre indicó con la barbilla el cúmulo de cenizas.

—Le presento a un nuevo compañero —dijo Ferrer, apoyando una mano en su hombro—. Cabo Santamaría.

El «nuevo» sonrió a la mujer. Sus dientes eran blancos, como si fuera modelo de una de esas revistas de hombres sin camisetas. Unos centímetros más alto que Ferrer y con unos hombros anchos, delgado, con una mirada misteriosa, barba dejada y vestimenta oscura.

—Iker Santamaría, para servir —se presentó, educado.

—No le conocía.

—Hace un tiempo que está en la comisaría. Desde que usted se tomó unos días… —explicó Ferrer, y siguió después de aclararse la voz— de vacaciones.

No necesitó intercambiar muchas más palabras para entender que ese hombre era el nuevo y preferido, o protegido, del jefe.

—¿Cómo sabemos que es ella? —preguntó Karla.

El nuevo giró la cabeza y señaló al indigente con la barbilla.

—Ese hombre encontró la cartera cerca —añadió Iker—. Hay DNI y cuatro cosas más. Nada de dinero en efectivo.

Karla echó un vistazo a los alrededores.

—¿Cómo pueden haber quemado un cuerpo en un parque público?

—El responsable del centro me ha dicho que lo habían confundido con uno de los fuegos que hacen para la poda.

—¿Cómo? La poda, ¿en primavera?

—Ramírez, no tengo ganas de dedicar tiempo a este caso, ¿me ha entendido? No haga preguntas inútiles —espetó Ferrer.

—¡Santamaría! —gritó un *mosso* de uniforme cerca del indigente.

—Con permiso —se disculpó Iker mientras le brillaban los ojos al cruzarlos con Karla. Luego, llegó hasta el agente que lo había llamado.

—Jefe, es una mujer que ha sido asesinada. No es una pregunta inútil —gruñó Karla, y se acercó a la escena del delito.

Procuró mirar todo lo cerca que pudo. Se veía un amasijo de huesos desordenados y un cráneo con unos dientes torcidos. Polvo de carbón y un fuerte olor a acelerante químico, quizá gasolina.

Esa pobre mujer tenía una vida, unos anhelos y unos proyectos que ya no se cumplirían. ¿Era Clara? Y entonces le surgió la pregunta clave: ¿y si no lo fuese?

—Cabo, mire, se lo voy a decir claro. Le voy a explicar lo que ha pasado y lo va a entender enseguida. Luego me dirá que tengo razón y nos volveremos a casa —espetó el jefe—. Néstor Luna se aprovecha de esta pobre chica para escapar de la cárcel. La chica, enamorada de él, dispara a nuestro sargento Cortés y lo envía directo al hospital. Suerte que la periodista inglesa tuvo la decencia de llamar a una ambulancia o, si no, Álex estaría muerto. Néstor se cansa de ella, ya no le sirve, y antes de irse de la ciudad cuando las aguas ya están más tranquilas, la mata y quema el cuerpo con la esperanza de que nadie se entere. El bolso se le cae y no se quema, y hemos adivinado la identidad de la chica. Si no llega a ser por ese hombre, no sé de qué estaríamos hablando. ¿Está claro? —finalizó con énfasis mientras miraba directamente a los ojos de la cabo.

—Sí, está claro —dijo Karla, que, mientras su jefe explicaba la reconstrucción de los hechos, se había prometido no decir lo que pensaba, pero fue más fuerte que ella—. Pero no creo que todo esto haya sucedido así. Creo que es la reconstrucción más simplista que he oído en mucho tiempo.

—¿Cómo dice?

—Creo que todo esto es un montaje. No hace falta ver nada más que lo que se ha quemado, dónde, el bolso —añadió Karla.

El jefe dio un paso hacia adelante y la apuntó con el dedo.

—Esa es nuestra versión oficial, ¿está claro? Usted tiene que hacer un informe y lo firmará con todos los detalles que le he indicado —ordenó con un tono insistente.

Karla dio un paso hacia atrás y levantó las manos. Luego, dio otro, y otro.

—Todo suyo, jefe.

—¿Adónde va, Ramírez?

—Me voy a seguir investigando el caso que me ha dado. Este lo tiene resuelto.

—Espere. ¡Es una orden! —gritó el jefe.

Ella se detuvo. Al girarse, vio por encima de los hombros del jefe cómo el cabo Santamaría la miraba con una risita sutil y disimulada.

—¿Qué más quiere? ¡He venido!

—No. ¡Tiene que hacer el informe y firmarlo!

Karla parpadeó un par de veces. Pensó y tuvo el valor de acercarse otra vez al jefe.

—¡Que lo haga el cabo Santamaría! Su nuevo perrito faldero.

—No le permito que me hable así.

—Usted vino a buscarme para ayudar al sargento Cortés por el caso de Jordi Alemany. Estaba de excedencia y vine. Si los sindicatos me pillan aquí trabajando o haciéndome daño, me crujirán por su culpa. Perdería mi excedencia Y seguro que, si eso pasara, ni me defendería. Así que, como tiene tan claro este delito y se lo atribuye sin ninguna duda a Néstor Luna, pues confirme a la víctima. Por mí, está bien. Pero lo hará usted u otra persona, porque yo no. Y me voy. *Ciao, ciao* —concluyó con un tono firme y decidido.

Se dio la vuelta y, a pesar de que el jefe la llamó varias veces, siguió caminando hacia la salida.

32

Karla había decidido regresar al hospital para explicar a Álex lo que le había pasado. Sin embargo, regresó al Hotel Rex. Tenía una idea, un presentimiento que quería confirmar.

Cogió un taxi y la dejó justo en la calle detrás del hotel, delante de un restaurante.

El Passeig del Mare Nostrum estaba plagado de extranjeros. Paseaban con pantalón corto y casi en camiseta, todos tenían cara de ser de países del norte. Lo que allí era una temperatura fresca, en sus países era calor.

Las palmeras se movían al son de la brisa marina cargada de salitre. Karla no se ahorraba las miradas llenas de intenciones de grupos de hombres que caminaban como si fueran manadas de animales depredadores.

Pasó todos los restaurantes y llegó al último. Se pidió una cerveza y admiró un rato las vistas. Las mesas en primera línea de playa estaban hasta arriba, pero ella no estaba allí para cenar ni para gozar de ese ambiente distinguido, sino por un plan.

Al tercer trago de cerveza, se levantó y se desabrochó una zapatilla. Caminó hasta la salida de emergencia del Hotel Rex, la misma en la que no funcionaban las cámaras la noche del asesinato. Se pasó una mano por el cuello y se echó todo el pelo delante de la cara. Luego, intentó apartarlo un poco del rostro para que pareciera algo más natural y se colocó delante de la puerta.

Empezó a hacer movimientos extraños con los brazos y a hacer caras en el espejo de la puerta. A los pocos minutos comenzó a gritar, tocando la puerta con la botella de cerveza en el cristal y llamando la atención de los transeúntes.

Mientras hacía ese espectáculo esperpéntico, se preguntaba si era necesario. Luego pensó en Álex, él lo haría sin ningún tipo de pudor, tan feliz, como un loco. Cuando Álex tenía que hacer lo que se tenía que hacer, no le

temblaba el pulso. Entre grito y grito, como una borracha, se imaginó a Álex riéndose un montón e, incluso, se habría sentido orgulloso de ella.

A los seis minutos de hacer el mono, apareció un hombre de la seguridad.

Este le indicó que se fuera.

Pero ella siguió haciendo caras y sacando la lengua. Había conseguido entender una cosa: las cámaras ahora sí funcionaban. Si no fuera así, no se habrían enterado de su presencia. La sala de seguridad estaba al otro lado del edificio, si no la hubieran visto por las cámaras, no habrían sabido de su presencia.

Karla comenzó a decirle que se fuera él, que ella estaba a gusto allí, todo por signos, porque la puerta estaba insonorizada.

El guardia de seguridad decidió salir. Buscó la llave entre el manojo que le colgaba de la cintura y abrió la cadena que cerraba la puerta de seguridad.

—¿Quiere hacer el favor de marcharse?

—No. Estoy muy bien aquí, en este rinconcito.

—Márchese o tendré que llamar a la policía. Va a asustar a los clientes.

Ella levantó la vista, no había nadie en la piscina que estaba justo encima ni alrededor.

—Decidido, ¡me quedo!

—Está usted borracha como una cuba. Váyase a casa, por el amor de Dios —dijo con tono casi dulce, de negociador de la policía y, si no fuese porque Karla estaba comprobando un plan, le habría hecho caso.

—No tengo a nadie en casa.

—Me da igual, pero tiene que marcharse de aquí o me llamarán a mí la atención, ¿sabe?

Karla lo miró a los ojos mientras se tambaleaba, imitando los torpes movimientos de los borrachos.

—¡Está bien! Me iré. Pero tengo un problema. Grande, muuuy grande.

—¿Cuál?

—Tengo un zapato desabrochado —dijo, indicando el zapato—. ¿Puedes sujetarme esto? —Karla le acercó la cerveza.

—Venga, pero luego se va a ir, ¿verdad?

—Trato hecho —confirmó; le pasó la cerveza y se apoyó en el muro para abrocharse el cordón con el pie levantado—. Ya está. Gracias —balbuceó

mientras recogía la cerveza.

—Feliz noche, váyase a casa —dijo el hombre, sacudiendo la cabeza.

El guardia cerró la puerta, pasó la cadena y echó de nuevo el candado.

Karla se alejó con su botella de cerveza, había conseguido lo que quería. Las cámaras funcionaban.

Regresó al restaurante donde había comprado la cerveza. Era el último de la playa, justo antes de la salida de emergencia del hotel. Se arregló el pelo y enseñó la placa a la señora que estaba en la caja.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, asustada.

—Nada, no se preocupe, pero necesito que me ayude.

—Sí.

—¿Tiene un boli?

La señora la miró de reojo mientras se lo daba.

—Y un trozo de papel, por favor.

La señora estaba empezando a sulfurarse.

Karla apuntó algo y se lo dio.

—Estoy haciendo una investigación muy importante. Necesito que me mande con la máxima prioridad las grabaciones de sus cámaras externas de la noche que he apuntado en el papel.

La señora subió las cejas.

—Esa noche…

—Exacto. Es urgente.

—Pues ha tenido suerte, agente.

—Cabo, cabo Ramírez, por favor.

—Cabo Ramírez, ha tenido suerte, en pocos días se habrían borrado. El disco duro va grabando encima al cabo de unos días.

—Lo imaginaba. ¿Cuándo puede mandármelas?

La mujer miró el reloj y echó un vistazo a la terraza.

—Pues hoy, hay poca gente. En cuanto acabe con la última mesa, se lo mando.

—¿Hoy?

—En pocas horas, agente. Quiero decir, cabo.

Karla sonrió y le dio las gracias.

Salió satisfecha, otra cosa que había funcionado. No sabía qué podían sacar de todo eso, pero exprimiría al máximo todas las posibilidades, como habría hecho Álex.

Caminando para buscar otro taxi, pensó que solo faltaba una cosa.

33

Alan seguía trabajando a pesar de la hora que era.

A Karla le costó llegar hasta su despacho, ya que, después de muchas semanas sin poner un pie en la comisaría, todos los compañeros que encontraba querían saludarla.

Subió al segundo piso y de reojo vio la luz de Mario encendida.

«Bien, dos pájaros con un tiro», pensó Karla.

Entró en el despacho de Mario. Cuando el policía la vio, se levantó y se abrazaron.

Hablaron de las mismas cosas de las que había hablado con los otros compañeros y al final llegó al motivo de su visita.

—Dale recuerdos a Álex de mi parte.

—En un rato se los daré.

—La comisaría sin vosotros dos ya no es lo mismo —dijo Mario con nostalgia.

Karla sonrió y lanzó un beso al aire. Luego, se fue directa a la puerta de Alan.

Tocó y, antes de que contestara, entró.

—No hace falta preguntar quién es…, ya me lo imagino.

—Me has escuchado hablar con Mario.

—No, tú y tu novio sois los únicos que no esperáis a que diga ¡pasen!

Ella rio por unos instantes, no tanto por su deducción, sino por lo de novios.

—¿Qué haces por aquí, Ramírez? —preguntó Alan, concentrado detrás de la pantalla.

—¿Cómo van los trabajos?

—Van —respondió Alan, seco, concentrado.

—Te he traído una cosa.

El chico bufó.

—¿Más trabajo? —ladró, molesto.

—No —aseguró Karla, y sacó de una bolsa de un supermercado una caja de bollería. La pasó por encima de la pantalla y, cuando la vio el informático forense, abrió los ojos de par en par.

—¡Ostras! Son los Pink Donuts. ¿Dónde los has comprado?

—Hay una tienda aquí detrás. Una franquicia que los tiene siempre. He pasado por delante y he pensado que…

La cogió, la abrió y, con una velocidad de una pantera con su presa, agarró uno y se lo metió en la boca. El trozo que se quedó enganchado era prácticamente la mitad. El bocado había sido tan voraz como rápido.

—No me lo creo —dijo con la boca llena.

—¿El qué?

—Que pasabas delante. ¿Qué quieres?

—Te digo que nada. Solo que comas algo de dulce. Eso te mantendrá despierto toda la noche. —Él la miró de reojo, no se lo acababa de creer—. ¿Cómo van las búsquedas?

—Acabo de hacer un importante descubrimiento.

—¿Cuál?

—De las cuatro personas que me has dado, una estaba en la fiesta el día que murió Jordi Alemany.

—No me fastidies —respondió Karla, dando la vuelta.

—Sí.

—¿Quién?

—Un tal Pau Gilabert.

Al escuchar la noticia, la cara de Karla se tensó. Luego, dio la vuelta y miró la pantalla con el informático.

—¿Cómo lo has visto?

El informático se acabó de meter el resto del dónut en la boca y, con esta llena de bollo rosa, le explicó.

—He cogido las videocámaras del circuito interno del hotel y he ido analizando a todos los que entraron en el hotel esa tarde y noche de ese día. Con un programa que he desarrollado con inteligencia artificial, he creado una

base de datos biométricos. Cada persona la busca con su fisionomía en las redes sociales. Cuando la encuentra, añade todas las fotos y vídeos realizados con sus teléfonos móviles. Así, tenemos una visión clara de la gente que había dentro. A su vez, si el sistema encuentra una cara nueva, la busca en internet y añade sus vídeos publicados hasta tener un catálogo completo de los invitados. Cuando los tenga todos archivados, con las cámaras de salida, haré el resto. ¿Quien entró y no salió?

—¿Cuándo lo tendrás? —preguntó Karla, asombrada.

—Esto creo que lo tendré para mañana o pasado mañana. No lo sé.

—Eres un maldito genio. ¿Tienes bastantes dónuts?

—Karla, me has traído seis, con dos bastaba. Ahora, vete a casa a dormir. No hace falta que te quedes aquí, ya estoy yo, que soy quien tiene que hacer esto.

—¿Estás seguro de que Gilabert estaba en la fiesta?

—Segurísimo, te mando un fotograma por *mail* para que lo veas.

Karla se dio la vuelta, pero tuvo la sensación de que se olvidaba de algo. Antes de recordarlo, se giró otra vez. Lo tenía en la punta de la lengua, pero no lo conseguía.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó él.

—Tenía algo más que contarte, pero no me acuerdo.

—Seguro que era una broma o una mentira.

Ella no contestó.

Y cuando justo estaba a punto de desistir, se acordó.

—Estoy fundida, Alan. Si casi venía solo por eso. Escúchame —dijo, y se acercó de nuevo al escritorio—. En breve, te mandarán las grabaciones de las cámaras de un restaurante cerca del Hotel Rex, el que está justo al lado de la salida de seguridad, ¿OK? —Alan asintió, sin entender adónde quería llegar la compañera—. Bien. Si la salida de emergencia en la que no funcionaban las cámaras es por donde salió el asesino, puede que tengamos un poquito de suerte y pasara por las cámaras del bar. ¿Me explico?

—¿Sí?

—Esa es la idea. Si tenemos suerte, podemos saber quién fue y, si pasa por ese lugar, adónde fue. Y, Alan, hasta podemos encontrar una toma de frente. Habríamos ganado la lotería.

Alan chasqueó la lengua.

—Has dicho bien, la lotería. Tenemos las mismas probabilidades de ganar la lotería —confirmó con sarcasmo.

—En fin, hay que probarlo. Ya me dirás.

Karla abrió la puerta del despacho y, antes de irse, le lanzó un beso al aire.

—Nada de besos, y devuélveme la grabadora. Y dile a tu jefe que estaba aquí trabajando y que tiene un trato conmigo —espetó Alan, y dio otro mordisco al siguiente dónut que había en la caja.

Karla cerró detrás de sí la puerta del informático. Tenía una supernoticia. No sabía si era buena o mala, pero tenía unas ganas tremendas de contársela a alguien. Así que salió del edificio de la comisaría de Travessera de les Corts y subió al primer taxi que paró.

34

La noche prometía para Napoleón.

En las primeras semanas en funciones como director de la compañía, todo estaba yendo como había planificado.

El presidente lo adoraba, era admirado por casi todos y había conseguido crearse una vida nueva en la empresa como uno más de la población de Barcelona.

Sin embargo, tenía un primer plan, una sed de venganza y de muerte. Los instintos de un depredador son difíciles, muy difíciles de mantener apagados por mucho tiempo. Así que decidió actuar.

Esa noche había invitado a cenar a Inma, la recepcionista de la empresa.

«Carne fresca», se repetía en su cabeza.

La mujer se presentó en el restaurante del Hotel Hilton con un vestido de noche de lentejuelas, ceñido, y una abertura en la pierna derecha. Un escote tremendo, que casi se veía todo el pecho. Bolso pequeño y ganas de comerse al nuevo director de la compañía.

—Me dejaste deslumbrado el día que te vi.

—Eres demasiado bueno.

—Fue lo mejor de ese día.

—Pero si ese día te nombraron director, ¡cómo puede ser que haya sido yo lo mejor!

—Si no fuera así, hoy no estaríamos aquí. ¿Qué te apetece?

—Lo mismo que a ti —respondió ella.

El camarero se acercó para tomar nota y Napoleón le devolvió las cartas de los platos y le dijo:

—Lo de siempre, para dos, y una botella de borgoña, del mejor que tengáis —pidió, mirando a los ojos a la mujer.

Ella subió una ceja.

—¿No te gusta el vino?

—Me encanta. ¿Me quieres emborrachar?

—Tranquila, tengo reservada una *suite* arriba. Nos quedaremos allí, no tendrás que conducir ni tampoco volver a casa. Si quieres.

—Claro. Me encanta que me sorprendan.

—¿Qué más te gusta?

—Muchas cosas. Luego te las explico.

—Mejor que me lo enseñes, ¿te parece?

Ella le guiñó el ojo y enseguida trajeron la botella de vino francés. Mientras vertía el vino, él la estudiaba con la misma mirada con la que se observa a una presa. Un depredador urbano y camuflado.

Inma, a pesar de sus gustos y sus ganas alocadas de trepar por donde fuera para que alguien le regalara un pedrusco y le pusiera un ático en la ciudad, era una mujer muy atractiva.

—Tengo una pregunta —dijo Napoleón en medio de la cena.

—A ver, que sea picante, por favor.

—Aún no. ¿Conoces a un tal Juan Medina?

—¿El calvito del consejo de administración?

—Sí, ese.

—¿Qué quieres saber?

—Sus debilidades, sus costumbres. ¿Qué sabes de él?

—Mucho más de lo que imaginas. Te lo diré después, arriba —prometió, y le guiñó el ojo otra vez—. Tu amigo tiene un pequeño vicio de nada.

Napoleón subió una ceja.

—¿Cómo sabes tantas cosas?

—Sé mucho más de lo que crees. Si no conoces a las personas con las que trabajas, estás en desventaja. Y el mundo empresarial es una auténtica jungla. Te lo aseguro.

—Lo sé. Tú y yo haremos grandes cosas juntos —dijo Napoleón, mirándola a los ojos—. Necesito gente como tú en mi núcleo duro.

—¿Cuánto de duro?

—Muy duro. Tan duro que luego te lo enseño.

—Me muero de ganas de verlo.

—Primero, disfrutemos de la cena.

Ella rio y asintió.

Comieron los platos del laureado cocinero del hotel y, tal y como había dicho, subieron para una noche de fuegos artificiales.

Napoleón obtuvo lo que quiso, saber más de Juan Medina, y descubrió una aliada que en la empresa podía servirle mucho más de lo que imaginaba.

35

El taxi se detuvo delante del Hospital del Mar.

Tenía muchas ganas de volver a ver a Álex.

Cruzó el enorme *hall* del ala de hospitalización entre parientes que entraban y salían y pacientes con sillas de ruedas.

Subió las escaleras hasta el piso donde estaba ingresado. Entró en la sección adecuada y, después de atravesar el pasillo, en el más pleno silencio, se detuvo en la puerta.

Tocó dos veces.

—Adelante.

La puerta se abrió y vio al sargento.

—¡Ah, eres tú, Karla! Pasa, por favor.

—No sabía si te pillaba durmiendo.

—No, estaba aquí repasando papeles y mirando por internet las caras de los abogados que nos ha dicho el fiscal.

Karla asintió y se acercó a la cama. Apoyó sus labios encima de los suyos. En un beso dulce, espontáneo, sincero.

Se miraron y se sonrieron.

—Te echaba de menos.

Álex sonrió mientras se perdía en los ojos de ella.

—Yo también.

Ella se fue hasta la ventana. Al fondo, luces de barcos daban profundidad a lo que tenían delante. Las luces de los aviones que cruzaban el cielo entre las estrellas jugaban a atar puntos en el firmamento.

—Tenemos una novedad.

—¿A qué esperas para decírmela?

—Alan ha encontrado a uno de los sospechosos del fiscal.

—¡Bingo! ¿Quién es?

—Gilabert.

Al escuchar ese nombre, Álex chasqueó la lengua.

—Tenemos a nuestro hombre —dijo Álex, intentando contener la euforia y considerando la hora que era en el hospital; después de unos instantes de pensarlo, rectificó—. Espera, ¿ese no es el tal Príncipe del Foro? ¿El que encontró Ana en el golf?

—Exacto.

—A Ana no le había acabado de convencer, ¿verdad?

Karla se dio la vuelta y no dijo nada, solo movía la cabeza, asintiendo.

—¿Qué opinas?

—¿Cómo dijo que era la frase?

—Ya sé qué quieres decir, algo así como «he hecho lo que tenía que hacer» —recordó él.

—Ya.

—Pero ¿a qué se refería?

—No tengo ni idea, hay abogados que no tienen escrúpulos y estarían dispuestos a vender a su madre por ganar un juicio —respondió ella.

—¿Y si Ana se ha llevado una imagen equivocada?

Karla se sentó en la silla que seguía a su lado. Y se agachó, apoyando la cabeza en la cama. Álex le pasó la mano por el pelo. El mismo por el que iba loco, absolutamente loco, años atrás, cuando el amor era testosterona e impulsivo.

Pasaba la mano por el pelo mientras este desprendía un olor a camomila del champú que usaba, y ella descansaba como una gatita ronroneante.

—¿Cómo fue con Ferrer? —preguntó Álex.

La mujer levantó la cabeza con la expresión de haber visto un fantasma.

—Mal, es un imbécil.

—Hey, hey, tranquila, relájate —dijo Álex.

—¿Tú me lo dices, míster nervios a flor de piel?

—Pues sí, te lo digo yo —afirmó Álex, y empujó de nuevo su cabeza en la misma posición para seguir acariciando su cabello—. Dime, ¿qué ha pasado?

—Pues que ese imbécil quería que firmara un informe con el que no estoy de acuerdo.

—Tranquila —pidió, alargando la a final con un tono de voz adecuado a la hora que era.

De hecho, a esa hora, Álex ya debería estar durmiendo. Pero la curiosidad, repasar los papeles del caso y la aparición de Karla hicieron que aún estuviera despierto.

—Venga, cuenta.

—¿Quieres saber la verdad?

—Quiero saber qué piensas.

—No creo que sea Clara Martínez, la novia de Néstor.

—¿Y por qué?

—Han quemado el cadáver, solo han dejado el bolso con su DNI por la zona, con la esperanza de que alguien lo encontrara. No han quemado el cadáver en un descampado vete a saber dónde para que jamás lo hubiéramos encontrado, sino en medio de la ciudad. Para que no pasara desapercibido. Además, Clara tenía los dientes más o menos bien, que yo recuerde. La persona que estaba en esa fogata tenía los dientes apiñados. Seguro que no es ella, vamos. Hasta un poli recién salido de la academia lo habría visto. Pero Ferrer dice que Néstor Luna es el asesino, que esa era Clara Martínez y que hiciera un informe y lo firmara —soltó Karla sin respirar.

—Néstor no se ha ido.

—¿Qué tiene que ver?

—Ese es un maldito mensaje para mí.

Ella se rio.

—¿Te crees el centro del universo o qué?

—No, desde luego que no. Pero eso es como decir «me he deshecho de mi pareja». Sin embargo, ya que tú me cuentas esto, quizá no se ha deshecho de ella y quiere que nos lo creamos. ¿Quién sabe? Pero de lo que sí estoy absolutamente seguro es que se ha quedado en Barcelona.

—¿Por qué? Ya es libre, podría irse a Punta Cana, a República Dominicana, entre palmeras y cócteles. A Bali, a Japón. No. Se queda aquí, maldita sea, el maldito Asesino del Criptograma se queda en Barcelona. ¿Para qué? ¿Para que lo cojamos otra vez? —ironizó Karla, que, a pesar del intento de Álex de calmarla y hacerla descansar, no lo conseguía.

—Tranquilízate. Escúchame. Néstor Luna es un psicópata de manual. No me extrañaría lo más mínimo que mate a Clara y a muchas más personas. Lo que me ha sorprendido es que no matara a Emily.

—¿La periodista inglesa? —preguntó con un deje de celos hacia la expareja de Álex.

—Sí, tranquila. Descansa. Emily Walsh está en Londres, en manos de la justicia por ayudar a un criminal a fugarse. Pero eso es otra historia. Seguro que no estaba en los planes de Emily que esa zorra me disparara. Pero está claro que tendrá que enfrentarse a la justicia. El *Daily Sentinel* le habrá pagado uno de los mejores abogados después de haber publicado esa exclusiva y haber forrado de periódicos a medio Reino Unido. En fin —concluyó Álex con una cierta amargura—. Lo que te quiero decir es que Néstor seguirá matando esté donde esté y se ha quedado en Barcelona porque es su terreno, bueno, mejor dicho, una ciudad que conoce y que ya domina. Tiene una cierta edad y no querrá cambiar otra vez de ciudad, de región, menos de lengua. Pero lo peor es que un psicópata quiere tener la situación bajo control, y ese punto de narcisismo hace que tenga ganas de seguir actuando aquí.

—Sigo sin entender por qué quiere quedarse, me parece una estupidez.

—Claro, en nuestra mente sana, lo es. Es una estupidez. Pero para él no lo es. No es una estupidez seguir en su corral. Aquí puede ser importante. No sé cómo, pero habrá que descubrirlo.

—Si tú lo dices.

—Piensa en el tiempo. Si consideras las semanas que han pasado desde que me disparó Clara hasta ahora, ha estado aquí. Y se va a quedar, seguro.

—Ahora tenemos otro problema, Álex —respondió Karla, ya con los ojos cerrados.

—Sí, desde luego. Pero si los dientes no encajan con sus fotos… Podemos empezar por ahí. Cuando estemos fuera del caso Alemany, difundiremos la foto de los dientes de la víctima y la enviaremos a todos los dentistas nacionales. Y rezar para que haya compatibilidad.

—Vale.

—Tenemos que hablar con Alba y decirle lo que pensamos a pesar de lo que diga Ferrer.

—Vale —repitió más suave, a punto de dormirse.

Álex se dio cuenta y la miró.

—Ven, Karla, súbete aquí conmigo —dijo a la chica, y le cedió la mitad de la cama.

Luego, la tapó con la manta y se durmieron acurrucados.

A Álex le costó dormir. Sus pensamientos se iban a Néstor y a esa zorra de su discípula. Recordaba el momento del disparo. El silencio posterior. Los pies que se alejaban y la ambulancia. Por segundos no se había desangrado y muerto en el suelo de esa casa alquilada.

Se calmó.

Respiró hondo.

Las ganas de salir de allí a buscar a Néstor eran tremendas, pero la parada en boxes continuaría al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente.

Paciencia.

Necesitaba paciencia.

Todo llegaría, pensó en su interior.

Pero lo que tenía claro Álex era que antes o después volvería a atraparlo. Aunque fuera la última cosa que hiciera. Aunque le costara la placa y tuviera que hacerlo como civil. Aunque tuviera que perseguirlo hasta el último rincón del mundo.

Se durmió mirando las estrellas que se veían por la ventana.

Y soñó cosas raras, estrambóticas.

Néstor aparecía en sus sueños y lo quemaba mientras Karla se quedaba a su lado como un espectador, divirtiéndose.

Luego, iba a una piscina y nadaba y encontraba perros muertos y ranas muertas que le salían de la boca.

El juez Vila entraba en su habitación del hospital como un elefante con trompa y decía:

—Sargento Cortés, ¿sigue durmiendo? Ya es por la mañana, tenemos trabajo, hijo.

Álex abrió los ojos. No era un sueño, era verdad. Se giró hacia la ventana y era de día. Despertó a Karla, empezaba un nuevo día y el juez se había presentado inesperadamente.

36

El juez Vila no avisó.

Fue directo a la habitación y pilló durmiendo a los dos policías. En el momento en que se dio cuenta de que Karla estaba allí, concedió unos instantes para que la mujer se despertara. Salió de la habitación, cerró la puerta y esperó a que lo llamasen.

Karla pasó al lavabo, se refrescó y en pocos minutos ya estaba lista para el día.

—Sargento, ¿qué novedades tenemos?

—Alguna, la verdad. Pero me hubiera gustado explicárselas con mi hermana y aún no ha llegado.

El juez miró el reloj y suspiró.

—Cortés, no tengo tiempo. He pasado por aquí antes de un juicio en el Palacio de Justicia. No puedo quedarme más de diez minutos. Así que, por favor, indíqueme qué han averiguado en estos dos días.

Álex y Karla se miraron y ella asintió.

—Juez Vila —dijo Álex—, usted no nos ha dicho toda la verdad.

Al escuchar esas palabras, el juez abrió al acto los ojos, como si alguien le hubiera pisado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Déjeme explicárselo. Su sobrino era un fiestero y un mujeriego, además de consumir drogas, alcohol y, en algunos casos, no tratar bien a las mujeres, por decirlo de forma suave.

El juez dio un paso adelante y el mostró el dedo índice.

—Eso es un ultraje a un funcionario público, cuidado.

—Señor Sergi Vila, aquí no estamos en su tribunal del Palacio de Justicia. Usted es un tío preocupado por su sobrino. Como es normal, claro. Pero no me

venga con ultrajes y tonterías de esas, porque, si no, no vamos a decirle que hemos averiguado más cosas nosotros en dos días que el equipo anterior en varias semanas, ¿me entiende?

Esas palabras de Álex no le sentaron muy bien. El ego del juez se sintió ofendido. Aunque esa dosis de humildad no le venía mal.

—Si nos obvia información adrede, no podemos hacer nuestro trabajo —espeto Álex—. Nos da igual, hasta cierto punto, que su sobrino fuera un violador —dijo, y miró Karla cuando estaba rectificando—. Lo que sí es importante en una investigación es que nosotros lo sepamos y no vayamos dando palos de ciego.

—Mi sobrino no era un violador —ladró el juez—. Si considera los hechos, nunca fue condenado como tal. Y eso es lo que vale —concluyó, apuntándolo con el dedo.

—En fin, no quiero seguir avanzando en círculo por culpa de su cabezonería, ¿quiere saber qué hemos descubierto?

El juez lo pensó. Tuvo que deglutir dos veces antes de tragarse el orgullo y todo lo que había hecho, amañado y tapado de las fechorías de su sobrino.

—Dígame, sargento, ¿qué ha descubierto?

—El sargento Luis Malagrid. Lo conoce, supongo.

—Sí, el responsable de la investigación anterior.

—Pues ese hombre ha ocultado, por alguna razón que desconocemos y puede que no lleguemos a saber, la verdadera identidad del asesino de su sobrino.

—Una conspiración.

—Karla piensa exactamente eso —confirmó Álex, y le dio paso a ella.

—Hay una puerta de emergencia cerrada con unas cadenas y que no puede usarse. Esa noche, las cámaras de esa salida no funcionaban y hoy, bueno, ayer, sí funcionaban. Y, por supuesto, no nos pasó toda la información. Tuve que exigirle las grabaciones o no nos las hubiera entregado. Sin contar que el hotel lo ha cubierto totalmente. Una conspiración hacia él y hacia usted.

—Malditos cerdos, los voy a… —despotricó el juez, y se detuvo, por las implicaciones que podía tener seguir esa frase.

—En fin, juez, que no han avanzado no porque no pudieran, sino porque no quisieron.

El juez apoyó los puños muy apretados en el piecero de la cama de Álex.

—Pero eso no es todo. Mi hermana piensa que el móvil de su asesino no es pasional ni sexual, como nos quiere hacer creer recreando la escena del delito, sino de otra naturaleza. El asesino tenía otro motivo para matarlo, pero sabía muy bien lo de las fiestas, lo de las violaciones, las drogas y demás. Lo conocía muy bien.

—¡Lo conocía muy bien! —coincidió, pensativo, el juez.

—Una puñalada limpia, directa, afinada. Nada de celos ni de impulsividad. Un tipo frío, calculador, planificador. Esperó la ocasión perfecta para matar a su sobrino. En la fiesta perfecta y en el lugar perfecto. Disimulando y camuflándose con los asistentes. Aprovechando el alboroto para escabullirse en medio del caos que, incluso él mismo, podía haber creado en ese momento. Un profesional y con un móvil muy potente —afirmó Álex.

—Yo conozco esos ojos. Sé que tenéis más. Seguro que tenéis ya un nombre, ¿verdad? —gritó con los ojos rojos y hambrientos de sangre, casi como un vampiro, un Nosferatu con sed de venganza.

Álex torció la boca. Miró a Karla y ella se encogió de hombros.

—Lo sabía —afirmó el juez—. ¿Quién?

—Preferiría esperar a Ana y decírselo en firme.

—No, quiero saberlo ahora. O lo tenéis o no lo tenéis. Yo tengo un juicio, no tengo toda la vida para esperar a vuestra consultora —gritó el juez, enfurecido, no tanto con Álex, sino con la rabia acumulada de varias semanas sin noticias ni respuestas.

Después de poner la miel sobre los labios del juez, quitársela era un juego de alto riesgo.

Álex suspiró.

—Hemos conseguido la imagen de una persona en la fiesta de esa noche. Hemos identificado a uno de los sospechosos que consideramos un posible homicida, uno que podría tener un móvil para matar a Jordi. Cuando lo interrogamos, nos dijo que estuvo en su casa con su pareja.

—¿Quién?

—Pau Gilabert —anunció, y miró cómo reaccionó el juez.

Este dio un paso hacia atrás.

—¿Cómo? No puede ser.

Karla le enseñó el pantallazo que tenía de las cámaras y el juez arrugó la frente y las cejas. La expresión era la misma que si le hubiese alcanzado una bala directa al corazón.

—¿Pau? No puede ser. A ese chico lo he ayudado. Mi hermana también, la madre de Jordi, ¿y va y lo mata? —balbuceó, ya con un rostro que había pasado del dolor y la incredulidad a la rabia y la venganza—. Voy a emitir ahora mismo una orden de arresto y lo voy a enviar a la cárcel de por vida. Se acabaron su vida y su carrera —gritó, y se dio la vuelta.

—Juez —llamó Álex, este cogió la maleta y estuvo a punto de marcharse si Álex no hubiese insistido—. ¡Juez Vila!

Se giró.

—¡Qué! —gritó con mala leche.

—Una condición.

—No está en situación de exigir nada.

—Claro que sí. Tiene un nombre, pero no tiene ni pruebas ni testigos si no vamos Karla, Ana y yo. Tiene que escucharme.

El hombre de traje costoso, camisa de gemelos dorados, pelo blanco y gafas torcidas por la rabia se detuvo.

—¿Qué quiere?

—Karla va a interrogarlo primero.

—No creo.

—Pues no hay trato.

—Aquí quien manda soy yo.

—Es verdad, quien manda es usted, pero yo dicto las normas o no jugamos.

El hombre miró el reloj y emitió un gruñido más fuerte que el anterior. El mismo que haría un oso herido.

—Está bien —gritó, y cerró la puerta con un portazo.

Álex sonrió y se giró hacia Karla.

—Te has pasado.

—No lo creo.

—Puede que sí.

—Eso ya da igual. Piensa que tienes una sola bala en la recámara. Si no es él, que confiese todo. Da igual los modales o las normas. Tienes una sola bala y luego será carne de cañón —dijo con seriedad Álex, como si estuviera

hablando con un subordinado—. A ver qué quería decir con: «He hecho lo que tenía que hacer».

37

Jordi Alemany necesitaba su justicia.

A pesar de que todos los asesinatos la necesitan, él puede que más.

No tanto por todo lo que había hecho en su vida, sino por el complot y el entramado judicial y vengativo que se había urdido.

No tenía del todo culpa de lo que había pasado, pero sí responsabilidad de sus actos. Al final, el karma se encarga de devolverte lo que haces y lo que no haces.

Jordi lo había recibido con creces.

Pero son dos cosas diferentes, el karma y la justicia.

Karla conocía muy bien la fina línea que las separa.

Pau, que estaba delante de ella sentado en la sala de interrogatorios de la comisaría de Travessera de les Corts, lloriqueaba como un niño.

Lo miró con pena. Sin saber bien por qué, ya que, cuando se ponía el traje de la justicia y de policía, no quedaba espacio para la compasión.

—¿Por qué lo has hecho?

—Yo no maté a Jordi. Nunca se me hubiera ocurrido.

—Ya, pero estabas en la fiesta, Pau. ¡Mentiste a mi compañera Ana! ¿En cuánto más lo hiciste?

—No. Tuve miedo. Miedo de que me descubriérais.

—¿Descubriérais? ¡Pues claro! No somos paletos, antes o después lo hubiéramos averiguado. Si se lo hubieras dicho a Ana, seguramente te habrías ahorrado el paripé de los coches patrulla con sirenas en el Palacio de Justicia. Esposas, fotos de los periódicos. Todo eso. ¡No has demostrado ser tan inteligente, Pau!

—Estoy arruinado.

—Ya te digo. Pero creo que hay una buena noticia en todo esto —dijo ella.

Pau levantó la mirada.

—No hay ninguna, ¿qué intentas venderme, poli?

—Sí. Si colaboras y nos confiesas que has matado a Jordi, el juez tendrá un poco más de tolerancia, de tacto con los cargos.

—No. No fui yo.

—¿Por qué mataste a Jordi? ¿Por envidia? ¿Por dinero? O por ser el rey. Fue por eso, ¿verdad? Por ser el rey. Dime la verdad.

El joven la miró con desdén y arrugando la frente. Sus ojos rojos ya estaban empezando a hincharse.

—No me jodas, poli. Yo no quería ser rey. De hecho, ni quería ser abogado, maldita sea.

—¿Cómo?

—Mis padres me obligaron. Luego sí, me gustó, pero no quería joder a la gente.

—¿A cuánta gente has jodido, Pau?

—Me gustaban las fiestas de Jordi, sí, pero nunca me he acostado con nadie sin su consentimiento. Yo soy honesto.

—¿Honesto con qué? ¿Con tu pareja, con Jordi?

—Con mi integridad.

—Pero vamos a ver, Pau Gilabert, si te gustaba la depravación de las fiestas. ¿Qué me cuentas?

—Yo, en las fiestas, era alguien al lado de Jordi. Como abogado, era alguien, pero siempre detrás de Jordi. Lo respetaba.

—Claro, entonces, un día te cansaste de ser la sombra y lo mataste. Así, de la noche a la mañana, de príncipe te convertiste en puto Rey del Foro, ¿verdad?

—¡No! No quería ser el rey. ¿Es que no recuerdas que perdí esa maldita causa del medio ambiente?

Karla subió las cejas. Le hubiera gustado que estuviera allí Álex, pero, no pudiendo dejar el hospital, estaba al teléfono, al otro lado del cristal, con una videollamada siguiendo la conversación en directo. Como si estuviera. El teléfono lo sujetaba Ana, comentando el interrogatorio con él.

—Cierto. Hemos investigado y, ¿cómo puede ser que perdieras la causa si ya lo tenías todo ganado? No lo entendemos. ¿Nos lo explicas?

El hombre se giró hacia el cristal.

Rio. Pero no una risa de diversión, sino una de esas amargas, de las que se hacen cuando uno tira la toalla. Cuando uno dice en su interior «de perdidos al río».

—Acepté dinero para perder —confesó, y esa frase retumbó como en una cueva con eco.

—¿Cómo dices?

—Perdí adrede, para que Jordi ganase. No quería, pero era mucha pasta, mucha más de la que hubiese cobrado en muchos y muchos años. No pude decir que no. Si al final se va a la mierda la carrera, pues mira, tengo tanto dinero que me iré a donde sea a vivir.

—No me lo puedo creer, el Príncipe del Foro acepta un soborno del rey. ¿En serio? —El hombre asintió—. Por eso dijiste la frase «He hecho lo que tenía que hacer» a mi compañera, en el campo de golf.

El abogado bajó la cabeza, sintiendo culpa por lo que había hecho.

—¿Quién te ofreció el dinero?

El abogado tragó saliva.

—Un día, antes del inicio del juicio, vino a verme la madre de Jordi.

—¿Matilde Vila?

—Sí. Me ofreció dinero. Yo dije que no, que no podía, que era un juicio importante, que estábamos hablando del medio ambiente y de mi carrera. Que no, que no quería perder, aunque fuera contra su hijo Jordi, íntimo amigo mío.

—¿Y qué pasó?

—Me hizo lo que dicen de ella y que yo no había creído.

—¿Qué dicen?

—Que es un escorpión, que te embaucaba, saca el aguijón y te lo mete en la yugular. Y si no haces lo que te pide, te mata.

—Caramba. Sigue.

—Empezó a enumerar todo lo que había hecho la familia Vila y Alemany por mí. Que si la carrera, que ayudaron a mis padres, que si las fiestas en Madrid, las vacaciones en Ibiza, que si la residencia y los alimentos que habían ayudado a que fuera un muy buen abogado. Todo eso que yo pensaba que había recibido por buenas personas, era solo un préstamo hasta que llegara el momento que cobrar el favor.

—Pero has dicho que cobraste una pasta. No me encaja.

—A final, me plantó un cheque de un pastizal en la mesa.

—¿De cuánto?

—Un millón.

—¿Cuánto?

El abogado asintió.

Karla necesitó unos segundos para respirar y a volver a la concentración de antes de escuchar la cifra.

—No me lo creo. —El abogado se encogió de hombros—. Pero… espera un momento, el juicio del que estamos hablando, el del medio ambiente, si te dieron un millón a ti y todo lo que pagaron al despacho de Vila y Alemany… Tenía que ser un tema muy gordo.

El abogado sonrió de forma amarga.

—Ni te lo imaginas, poli. Ese juicio tiene un calado que ni se lo imagina la población.

—Entonces, corroído por el arrepentimiento de haber aceptado el soborno y haber perdido, dijiste «me quedo con la pasta y con el puesto del Rey del Foro, ya que he perdido».

—No, no funciona así. No sé cómo explicártelo. Ahora que ya no está el rey, la lista debe reconfeccionarse. Ahora los mejores abogados se juegan el reinado con las próximas sentencias importantes, y si ganan.

—¿Qué gana uno que está considerado como el rey?

—El caché de su trabajo lo pone él, lo desvincula de lo que puedan cobrar los demás. Si quieres el mejor abogado, págalo.

Pau bajó la mirada por unos instantes, luego continuó.

—Yo no he matado a Jordi. Pero el asesino se ha equivocado.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenía que haber matado a su madre. Ella es el cabeza de familia y la que mueve los hilos. A ella tenían que matar.

—Yo de ti no diría nada más, están grabando la conversación. Pueden usarla en tu contra si quieren.

—Que hagan lo que quieran, ya estoy arruinado —dijo, y agachó la cabeza hasta apoyar la frente en la mesa y entre sus brazos.

Karla miró hacia la ventana de espejo, se levantó y salió de la estancia. Entró en la habitación oscura donde estaba Ana en videoconferencia con Álex.

—Bien hecho, Karla —dijo Álex—. Pero tenía razón Ana, no es él.

—Esto es una mierda —gruñó Karla.

—Si no encontramos al verdadero asesino de Jordi Alemany, ese tío se va a comer el marrón para siempre. El juez no va a escuchar tonterías, va a mover todo lo que pueda para meterlo entre rejas con una perpetua revisable bajo el brazo.

—Y lo peor es que se lo hemos puesto en bandeja —se lamentó Ana.

—Ya. Pero si no ha sido él, y el asesino estaba en la fiesta, tiene que ser alguien que tuviera un móvil diferente —intervino Álex.

—Esperad, chicos. Tengo una idea —dijo Karla—. Colgamos. Te mantenemos informado, Álex.

Entonces Ana apretó el botón rojo y miró fijamente a los ojos a Karla.

—Tengo una idea. Ven, que te la explico —dijo Karla, y se fue de la sala.

Cuando estuvieron en el umbral, el agente que estaba como testigo y grabando el interrogatorio le dijo:

—Cabo, ¿qué hacemos con el abogado?

Karla se giró.

—Es cosa vuestra. Mételo de momento en el calabozo, al final, se lo ha buscado.

38

Karla entró como una saeta en la sala de trabajo.

Fue directa a la mesa de Laura, que estaba hablando por teléfono y, al ver a su jefa, aceleró la conversación y colgó.

—Karla, ¿has vuelto? ¿Cómo estás?

—Hola, Laura. Necesito tu ordenador portátil.

—Tiene poca batería.

En cuanto lo tuvo al alcance de la mano, lo cogió, se fue directa a su mesa y sacó el suyo, que estaba en un cajón.

—¿Quieres que te ayude, jefa? —preguntó Laura, levantándose.

—No, gracias —respondió, e indicó a Ana que la siguiera.

Las dos entraron en la sala de *briefing*. En la pizarra había fotos, anotaciones y folletos conectados con cuerdas rojas que servían para vincular personas, sucesos o lugares. Pero el sujeto no era Néstor ni ningún asesino que conociera Karla.

Sonrió amargamente.

Se sentó en una mesa y colocó los dos ordenadores. Los encendió e indicó a Ana que se sentara a su lado.

—Karla, frena. ¿Qué te pasa?

—No tenemos tiempo. A ese desgraciado de Gilabert lo van a meter en la cárcel por asesinato. Pero lo peor es que el asesino verdadero seguirá en la calle. Tenemos que buscar la verdad y no tenemos tiempo.

—Karla, está todo confuso. Tenemos que volver a empezar desde cero —dijo Ana con su visión de la realidad ofuscada.

—No, a lo mejor no, tengo una idea.

—A ver —dijo, y se sentó a su lado.

—Mira. Supongamos que no sea un asesinato pasional o por el tema de la violencia machista. ¿Sí? Hasta aquí estamos, ¿verdad?

—Correcto.

—Bien. Solo nos queda la opción de que podría ser algo vinculado con su trabajo, ¿no?

Ana se encogió de hombros.

—Puede.

—Claro, puede ser un asesino a sueldo llegado de Estados Unidos porque alguien le cae mal, pero no es el caso. Creo. ¿No?

—Supongamos que no —confirmó Ana.

—Bien, supongamos que no sea el príncipe quien lo ha matado.

—Es decir, Gilabert. Estoy de acuerdo, ese hombre es demasiado blando como para perpetrar un asesinato tan bien planeado. Ni con la ayuda de vete a saber quién.

—Bueno, no estamos por esto, de momento. Supongamos que sea uno de los príncipes debajo de Gilabert. Lo que he pensado es lo siguiente, Ana. Al rey lo han asesinado y el príncipe que debía sucederlo se ha destronado porque, previamente, ha perdido un juicio contra el rey. Si lo hubiese ganado, sería rey de forma automática. Pero no es el caso. Entonces, quedan esos cuatro nombres de los abogados que nos ha indicado el fiscal, ¿no? —analizó Karla.

—Correcto.

—Entonces, busquémoslos. Los hacemos venir, los interrogamos y controlamos la coartada que puedan tener.

—¿Te soy sincera? —preguntó Ana.

Karla arrugó el ceño, sorprendida por la pregunta.

—No es un gran plan —respondió Ana, decepcionada.

—¿Tienes uno mejor?

—No.

—Entonces, enciende el ordenador y busca a Bernat Prats y a Claudio García. Y yo busco a Alberto Vidal y Roberto Lafuente. ¿Te parece?

Ana asintió, algo más convencida, incluso regalando a la compañera de investigación una sonrisa.

Buscaron a los individuos. No era difícil, eran abogados, y con que pusieran su nombre en internet, salían muchas noticias, causas y páginas web

que sobresalían sobre otras. Incluso con publicidad.

Karla buscó a Roberto Lafuente.

Marcó el número de su despacho y, mientras esperaba que le pasaran con su secretaria, Karla miró la estancia. La sala de *briefing* le traía muchos recuerdos. Reuniones con el subinspector Ferrer y con los que habían estado antes. Fotos, pistas, gritos, discusiones, besos, desayunos. Esa estancia había visto de todo. Con ella y, visto lo visto, también sin ella.

—Sí, dígame —contestó una voz de mujer, sensual, elegante, fina.

—Soy la cabo Ramírez.

—¿Cómo puedo ayudarla?

—Necesito ver esta tarde al abogado Lafuente.

La mujer al otro lado del aparato se detuvo un momento, y luego continuó.

—¿Por qué razón?

—Por la muerte del abogado Jordi Alemany.

—Sí, entiendo. Esta tarde no habría complicaciones, ¿sobre las dieciocho horas?

—Está bien. Que pregunte por mí. Cabo Ramírez.

—Perfecto. Así haremos —aseguró la secretaria, hablando en plural como si se tuviera que presentar ella también a la comisaría—. Si tuviera el abogado algún contratiempo, devolveremos la llamada a este móvil. ¿Y adónde tendremos que ir?

—A la comisaría de Travessera de les Corts —confirmó Karla.

La mujer al teléfono se despidió y colgó.

Karla tuvo la sensación de que esa mujer era la amante o pareja del abogado. No se explicó por qué, solo era intuición.

Al colgar, vio cómo Ana seguía al teléfono. Apuntó el nombre en una hoja que dejó entre ellas dos. Indicó el nombre del abogado y la hora a la que se presentaría.

Se puso a la búsqueda del siguiente.

Alberto Vidal.

Abogado de un despacho del Passeig de Gracia. Uno de esos caros, a juzgar por las fotos, con mucho cristal, techos con frescos, estilo modernista y cuadros caros colgados en las paredes.

Karla llamó al despacho y la recepcionista contestó.

—Le paso con la secretaria del abogado —dijo la recepcionista.

Esperó unos instantes en silencio, escuchando una melodía de violines.

—¿Sí? —preguntó la secretaria.

Karla se presentó y le explicó para qué la llamaba.

—Lo siento, el señor Vidal está en el aeropuerto, no podrá acudir a la comisaría hoy.

—¿Aeropuerto? ¿Cuál?

—El de Barcelona.

—¿Se va?

—Sí.

—¿Adónde?

—A un juicio al extranjero. No estoy autorizada a decírselo —dijo la mujer.

Y escuchó un ruidito raro, cíclico y fino. Molesto, muy molesto para Karla. No entendía qué podía ser.

—¿Perdone? —gritó Karla—. Soy de los Mossos d'Esquadra, me lo tiene que decir —gritó, y estuvo a punto de dar un manotazo en la mesa.

Se dio cuenta de que estaba replicando exactamente lo que siempre hacía Álex y que ella le reprochaba: sus prontos.

—Lo siento, tiene que marcharse. En poco menos de media hora, el avión despegará.

—¿Y cuándo vuelve?

La mujer volvió a hacer el ruidito molesto.

—A principios del mes que viene. Aprovechará para unas vacaciones.

—No, no. No lo ha entendido bien. Estamos en medio de la investigación de Jordi Alemany y necesitamos verlo e interrogarlo, ¿lo entiende?

Otra vez el ruidito. Y lo entendió. Era una lima de uñas. Maldita fuera, se estaba haciendo la manicura al teléfono con ella. Si la hubiera tenido delante, le habría dicho lo que pensaba.

—¿Tiene una citación judicial?

—¡No!

—Entonces, vuélvame a llamar cuando la tenga. El abogado no va a perder ese vuelo por una simple investigación. Jordi Alemany murió hace muchas semanas, una semana más o menos no creo que cuente. Feliz día, agente —dijo, y colgó.

—¡No soy agente! —gritó solo por el mero hecho de desahogarse; la secretaria ya no podía escucharla.

Karla se giró y Ana le dijo que bajara la voz.

—¿El señor Prats no está? ¿Y dónde está? —preguntó con mucha más moderación y educación que la compañera.

Mientras hablaba Ana, Karla se dio cuenta de que debajo de la visita que había apuntado ella, se encontraba el nombre de García, a las quince y cuarto.

—¿Se está yendo a Ibiza? ¿Y por qué?

—Participa en un Iron Man que se celebra allí —explicó la persona al otro lado del teléfono.

—Pon el altavoz —susurró Karla.

Ana miró la pantalla y apretó el botón.

—Sí, se va a Ibiza por unos días.

—Entendido.

En ese momento se escuchó una voz leve, casi susurrando. Fue un instante, una décima de segundo. Como si el destino quisiera echar una mano a las dos mujeres.

—No menciones el barco. —Se escuchó.

Ana levantó la vista para mirar a la compañera. Las dos arrugaron la frente.

—¿Cómo dice? —preguntó Ana para asegurarse.

—Nada, decía que se ha llevado el arco si le interesa.

—¿El arco? ¿Para qué? No se necesita en el Iron Man —añadió Karla—. Solo es bici, natación y correr.

—Nada, en fin, no está. Cuando vuelva, le informaremos. Adiós —concluyó, y colgó.

—¿Hola? —dijo Ana—. No, espere —insistió, mirando la pantalla, pero ya habían colgado—. Los vuelvo a llamar —refunfuñó con un tono de rabia acumulada.

—No, espera. Era la secretaria, hacía lo que le decían. Lo que necesitamos lo tenemos.

—Menuda cretina —insistió Ana con el mismo mal genio que su hermano —. Quién narices era esa persona que le dijo lo del barco.

—Ana, tenemos dos abogados que han dicho que vendrían sin problemas, es decir García y Lafuente. En cambio, justo hoy, justo cuando se están

moviendo las aguas y da la casualidad que encerramos a Gilabert, dos no están disponibles: Vidal y Prats —dijo Karla.

—¿Vidal por qué? —preguntó Ana.

Karla le explicó lo de su vuelo al extranjero y unas largas vacaciones justo ahora.

—Bueno, también puede ser que tengan reuniones.

—Demasiadas coincidencias, Ana. Siento que estamos cerrando el cerco. El asesino está oliendo que le pisamos los talones y se está poniendo candente la cosa.

—Así que tenemos a dos. Pero no podemos llamar al juez y pedir una citación judicial para dos personas, encima que tenemos a Gilabert en el calabozo.

—Ya, dos son demasiados. ¿Cómo podemos hacerlo? Si fuera por lo menos uno —confirmó Karla.

El móvil de Karla sonó, en la pantalla apareció el nombre de Alan.

—¿Alan? —contestó la policía.

—Oye, estás por aquí me han dicho, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

El chico tosió un par de veces.

—Tus gritos llegan a nuestras oficinas.

—No será para tanto. ¿Qué tienes?

—Es mejor que vengas. Tengo una novedad, pero no te va a gustar.

39

La novedad no le gustaría.

¿Por qué?, se preguntaba Karla por las escaleras.

Alan era un mago de la informática. Si alguien podía conseguir algo, ese era él. Aparte de ser un friki y un desastre con las relaciones personales. Como diría Álex, un caso perdido, pero al mismo tiempo un genio.

Entró Karla sin llamar.

—¿Qué tienes, Alan? —preguntó seguida por Ana.

—Venid, daros la vuelta —indicó Alan para que pudieran ver la pantalla.

El chico tenía unas ojeras tan grandes que parecía un oso panda, su ropa olía a varios días sudando y sin ducharse, y la mesa de trabajo era una acumulación extrema de vasitos de café de la máquina que podían provocar una verdadera crisis sanitaria.

—Mirad. He conseguido acabar con todos los vídeos y tengo la lista de los invitados menos una chica que no se le ve la cara en ningún momento.

—¿Por qué?

—Porque una vez la cubre un chico, luego tiene un florero, el sombrero de otro tío. Y en la estampida corre sin que se le vea el rostro. De esa chica no tengo el nombre.

—¿Y del resto?

—Todos menos esta chica y un hombre.

—No buscamos a una mujer, buscamos a un hombre —confirmó Ana.

—Estamos seguros, ¿verdad? —preguntó Karla.

—Segurísimo. La forense fue clarísima, la fuerza que se usó era la de un hombre.

—OK. Entonces, tenemos un hombre al que no se le consigue ver la cara y no he podido saber quién es.

—¿Pero tienes una foto clara? Si no, la comparamos con los cuatro abogados del fiscal.

—Karla, ¿crees que me chupo el dedo? —dijo con retintín.

—Sigue.

—No hay foto de este individuo. A diferencia de la chica, que fueron momentos fortuitos, a este se lo ve que, adrede, gira o se tapa la cara en cada cámara. Mirad estas fotos y vídeos —dijo mientras les mostraba la pantalla.

—Es él. Estoy segura —se emocionó Karla.

—Bueno, no podemos estar tan seguros —afirmó Ana—. ¿Qué más tienes?

Alan detuvo la imagen cuando el hombre, en la recepción, se ocultaba disimuladamente de la cámara con un folleto de publicidad. Era alto, fuerte, con el pelo corto y vestido de negro. En los pies, unas botas parecidas a las militares. Y Ana lo vio.

—Botas. Las marcas en la moqueta y en la ducha que dejó el asesino, juraría que son esas.

—OK. Alan, ¿qué pasa con este?

—No sale por la puerta principal.

—¿Cómo?

—Todos salen por allí en la estampida. Todos los invitados que he contado uno por uno salen por esa jodidísima puerta. Ese tío no.

Karla chocó las manos en el aire.

—Lo tenemos. Alan, eres un *crack* —dijo, y le dio un beso en la frente.

—Déjame, esos besos guárdatelos para tu novio —refunfuñó, apartándose de la cabo y limpiándose enseguida la piel—. Pero no es todo. ¿Adivina quién pasa por la cámara del restaurante? Es decir, que sale por la cámara de salida de emergencias.

—¡No me digas!

—El mismo —afirmó, y, al girarse, accionó los mandos de su ordenador y cambió de ventana en la pantalla; apareció la grabación del restaurante—. Espera, espera…, aquí lo tenéis.

El hombre alto con pelo corto salió con tranquilidad y caminó como si no hubiese sucedido nada. Cruzó Passeig del Mare Nostrum y entró en la terraza del mismo restaurante de las cámaras.

—Bien. Ahora, mirad esto. —Alan detuvo las imágenes—. ¿Por qué irte por la calle si puedes irte por la playa?

—Sigue con la grabación —pidió Karla.

—Sí, pero ya casi no se ve. Sigue por la playa, creo —dijo Ana.

—Yo creo que no —afirmó Karla—. Dale al *play*.

La imagen continuó, el hombre cruzó la terraza y se fue diluyendo por la noche.

—Espera. Alan, ¿puedes hacer *zoom* en la zona en la que desaparece?

—Sí, espera.

El chico aumentó el rectángulo que representaba el veinticinco por ciento de la pantalla y lo convirtió tan grande como el monitor.

—OK, ahora, pon brillo y contraste. Que las imágenes negras sean grises, a ver si conseguimos entrever algo más.

Alan lo hizo y, conforme más editaba, más se distinguía la playa, el mar y el cielo oscuro.

—Aquí tenemos el misterio. Rebobina y vuelve desde que aparece aquí, Alan.

Efectivamente, el hombre apareció, cruzó la terraza de madera entre las mesas del restaurante y caminó por la arena hasta llegar a una pequeña embarcación.

—Ostras, hemos dado con él, ¡esto es oro, Alan! ¡Lo tenemos, Ana! —gritó Karla.

La pequeña embarcación se fue mar adentro hasta que se dieron cuenta de que había un velero fondado en la bahía de Barcelona.

—Ana, el abogado Vidal se iba a un juicio al extranjero, pero Prats se iba en su barco a Ibiza, a un Iron Man —recordó Karla.

—Alto, pelo corto y fuerte, es decir, deportivo. Puede ser él, Karla. Y hay un detalle más. La forense dijo que Jordi Alemany fue asesinado por un cuchillo de doble filo, uno liso y uno dentado. ¿Esos no son los típicos cuchillos de submarinista?

—Cierto.

—¿Y si nos equivocamos y estamos armando todo esto para nada?

—Tienes razón, pero ¿y si acertamos? Demasiadas coincidencias para este caso y demasiadas negligencias. Sé que es él y tenemos que poner remedio a

todo esto. Ahora solo nos queda una cosa por hacer —dijo Karla.

—¿Y sería…? —preguntó Ana con miedo a la respuesta.

—Detener ese barco.

40

¿Cómo detener un barco?

Puede ser una pregunta importante si dentro tienes a un sospechoso de asesinato.

Seguramente, es una tarea difícil.

Pero más difícil fue convencer al juez de que el asesino de su único sobrino no era el que estaba en el calabozo, sino en un barco rumbo a Ibiza.

Karla conducía con Ana dirección al puerto. Sorteaba coches y pitaba como una loca. Esa manera tan impulsiva de conducir la aprendió de Álex, tantas veces visto e interiorizado.

Pitaba y gritaba como si con su efusivo carácter pudieran apartarse más rápido.

Corrían por la Ronda Litoral, a esa hora, llena de tráfico.

La llamada con el juez duró casi veinte minutos con explicaciones de pruebas y deducciones. Todo lo que les decía el olfato y que los había llevado a pensar que ese hombre era el verdadero asesino de Jordi. No quería escuchar, no daba crédito. Para él, el culpable más fácil era Pau Gilabert. Nadie más.

Pero al final tuvo que aceptar que, a pesar de lo que él creía, debía dejar de lado su cabezonería y aceptar que había una posibilidad de que se hubiera precipitado. Pau podía ser incriminado por algo que no había hecho. Un inocente sobre la conciencia de un juez pesa más que cien condenas justas.

¿Cómo detener un barco?

Para un ciudadano de a pie, puede ser complicado. Pero para un profesional de la mar no lo es para nada. El juez les aconsejó que fueran al Port Vell. Allí estaría el helicóptero de salvamento marítimo esperándolas.

Cuando el Altea que habían cogido del garaje de la comisaría entró en la zona indicada, las aspas del helicóptero ya estaban girando, casi a punto de

volar. Las estaba esperando a ellas dos.

Un hombre las acompañó del coche al helicóptero. Subieron y se colocaron los cascos.

—Bienvenidas a bordo —dijo el piloto, mirando hacia atrás, y continuó señalando el portón de acceso—. Cuidado con las manos.

Las chicas se apartaron y se cerró el portón.

—Soy el capitán Romero. Estamos despegando, enseguida estoy con vosotras —explicó, y después de incrementar las revoluciones del rotor y apretar unos botones en varios lugares de la consola, el vehículo despegó.

En pocos segundos, el helipuerto se hizo pequeño, mostrando la típica H donde aparcaba el aparato. El puerto también se empequeñeció y después, Barcelona.

—Cabo Ramírez, ¿verdad? —preguntó, y ella asintió—. Hemos enviado una lancha de soporte para el reconocimiento, la más rápida que tenemos, por si nos hace falta.

—Gracias, capitán. Estamos buscando esto —dijo Karla, y le acercó su teléfono con la foto del velero que en teoría era propiedad de Bernat Prats. En el casco, aparecía el nombre de Leila.

—Entendido. Si está, lo interceptaremos. Que nos escuche será otra historia.

—Ya… —respondió mientras las dos mujeres se miraban a la cara preocupadas.

El helicóptero se dirigía a toda velocidad mar adentro. Un cohete que alcanzaba los trescientos kilómetros por hora. Es decir, podía viajar diez veces más rápido que el barco. No sería difícil alcanzarlo, sino, como decía el capitán, que un asesino aceptara entregarse a la policía.

Pero a veces la mente es traicionera y las hazañas más complicadas no resultan serlo.

Cuando el punto a lo lejos que el capitán les indicó desde el cristal frontal resultó ser un velero, Karla suspiró.

El helicóptero comenzó a dar vueltas en círculo.

El nombre del velero se veía muy bien, Leila, el nombre y el modelo coincidían.

—Apague los motores y retire las velas. Mandaremos un hombre a cubierta, está usted detenido —dijo el capitán por los altavoces.

Un hombre con una chaqueta roja de marinero apareció en la cubierta y se quedó mirando el aparato.

Luego, desapareció de nuevo y detuvo la marcha hacia la isla balear.

Karla se giró hacia la otra mujer con una mirada enigmática, casi perpleja. En tres días habían puesto patas arriba la investigación y detenido a dos presuntos asesinos. El equipo de investigación anterior seguía en las primeras páginas de un libro donde se describía un asesinato y no se avanzaba.

Karla no supo si sentirse bien o mal, esa dualidad de sensaciones no iba con ella. Pero estaba tranquila porque había hecho todo lo que había podido. A pesar de eso, el hombre que estaba allí abajo no sabía quién era en realidad. Sí, era Bernat Prats, pero… ¿era el asesino de Jordi Alemany?

41

La puerta se abrió y Karla entró en la sala de interrogatorios.

Había vivido muchas veces esa situación, tanto ella entrando con Álex mirando el cristal a través como ella quedándose fuera como una espectadora.

Esa vez le tocaba a ella. Álex estaba a solo un teléfono en videollamada desde el hospital. Al otro lado del cristal.

Delante de ella estaba Bernat Prats. ¿El fugitivo? ¿O un efecto colateral de toda esa situación? Uno de los abogados que había nombrado el fiscal y que, según Alan, podía ser el asesino de Jordi Alemany.

Tenía ojos de hielo. Azules, clarísimos. La policía tuvo la impresión de que podían ser incluso lentillas. Alto, fuerte, fibrado y con una barba cuidada de varios centímetros que le cubría el cuello. El pelo, corto, casi militar. No había dudas, coincidía con el hombre que Alan había localizado en las cámaras.

—Buenas noches —saludó Karla, y se sentó frente a él—. Soy la cabo Ramírez.

El hombre la siguió en todos los movimientos, sin decir nada.

—¿Está dispuesto a colaborar? Está usted en una… —empezó Karla, y fue interrumpida.

—Sé perfectamente qué es esto. Yo represento la ley y la defiendo. Soy abogado —espetó, y levantó las manos—. Estoy aquí para lo que pueda ayudar.

—Gracias —dijo, y sacó una foto.

En ella, Jordi Alemany aparecía saliendo del tribunal, contento, sonriendo.

—¿Sabe quién es?

—Sí.

—¿Puede indicar quién es?

—Jordi Alemany.

—¿Lo conocía?

—Personalmente; era amigo.

—Ya… ¿Cuánto de amigo?

—Pues desde la universidad.

—¿Amigo de los que se llama cuando se tiene un problema?

—Creo que sí.

—Amigo de fiestas también, ¿verdad?

—Sí.

—¿Había colaborado en la captación de chicas para sus fiestas? ¿O solo se encargaba de llevar las drogas y el alcohol? ¿O, simplemente, iba y ya está?

—Yo no tengo ninguna denuncia por violación, a diferencia de otros.

—Otros como… Jordi, ¿verdad?

—Sí.

—¿Usted no hacía esas cosas?

—Yo soy una persona seria.

—Seria —repitió Karla—. Jordi también parecía una persona seria en un tribunal, ¿sabe?

—Es diferente.

—¿Dónde estaba el día de la fiesta?

—¿Cómo?

—Me ha entendido. El día de la fiesta donde Jordi fue asesinado.

—Estaba navegando, creo.

—¿En esta época del año?

—Me gusta hacer submarinismo todo el año.

—Submarinismo —replicó Karla—. Fíjese, yo le podría enseñar unas imágenes que le sitúan en la fiesta esa noche.

—Yo estaba en mi barco.

—Yo creo que no. ¿Se lo preguntamos a Pau Gilabert?

En ese momento, el hombre de hielo dejó de mirar directamente a la policía, como si estuviera en una prueba del polígrafo. Apartó un instante la mirada, algo le había cambiado la concentración. O bien estaba todo estudiado.

—Pau Gilabert es otro de esos amigos que a los cinco minutos no saben lo que recuerdan de esas fiestas. Podían estar pedo varios días. Una…

—¿Una?

—Nada.

—No, dígamelo.

—Una auténtica depravación.

—Nosotros creemos que usted estaba en esa fiesta.

—¿Tiene testigos?

—Aún no, pero, si hace falta, los encontraremos. Tengo todos los nombres de los asistentes a esa fiesta y las direcciones. Encontrar a alguien que lo haya visto será un instante —aseguró Karla, y se quedó mirando a ver qué decía el sospechoso.

Analizando sus movimientos, cómo ponía las manos, las expresiones faciales, todo. Pero el hombre era un bloque de hielo. No hacía nada. Ni una microexpresión. Sabía muy bien cómo llevar un interrogatorio, cómo gestionar las emociones y enmascararlas.

—Encuéntrelos —desafió, levantando los pulgares de las manos cruzadas.

—Mire, señor Prats, no tengo tiempo que perder. Tenemos sus huellas en el hotel y le colocamos en la escena del delito en esa noche. No sé cómo explicárselo mejor, ya que usted es listo, abogado, y su inteligencia le da de sobra para sumar dos más dos.

El hombre parpadeó y pensó en qué decir, en interpretar su mejor actuación, su mejor defensa, es decir, la suya propia.

—No sé de qué me está hablando.

—No haga como el que no sabe. Tenemos imágenes y sus huellas en el hotel. Solo es cuestión de…

—¿Huellas en un hotel? Hombre, admito haber estado en ese hotel anteriormente. Está claro. No puedo negarlo. Es un hotel, es un lugar público, ¿qué quiere? —dijo, cortante y riendo con una risita de malvado, como quien está por encima del bien y del mal.

—Tenemos las huellas que dejó al salir de la puerta de emergencia del hotel.

—¿Puerta de emergencia? Menuda tontería. Pues a lo mejor las dejé otro día.

—No. Fue el día del asesinato. Le facilitaron el acceso a la puerta. Nadie usa esa salida porque tiene cadenas, según el personal del hotel. Justo ese día no funcionaban las cámaras y no hay ni una imagen de alguien saliendo por allí. Sin embargo, usted sale en las grabaciones del restaurante de al lado, sube a una lancha y va directo a su barco. ¿Ahora se acuerda?

—Creo que se equivocan de persona.

—Ya…

—No tiene nada en la mano, cabo Ramírez, ¿no se da cuenta? ¡Nada! Solo conjeturas, unas huellecitas que podrían ser de otro día y una acusación muy pesada sobre mi persona que puede deteriorar mi intachable carrera. Creo que ha llegado el momento de que me deje ir —dijo, y se levantó.

Se abrochó la americana con la intención de irse.

—¡Siéntese! ¡Siéntese! No he acabado con usted —amenazó Karla, sintiendo miedo, sintiendo esa inseguridad que te da la improvisación y saber que estás jugando entre la línea de la legalidad y la de la deducción.

Ese hombre que se había levantado se volvió a sentar con una expresión enfadada.

—¿Qué más, cabo?

—Cuando acabemos, no se preocupe, que se lo diré —espetó Karla—. En esta comisaría no hablamos por hablar. No lanzamos faroles ni hablamos sin fundamento —mintió; era precisamente lo contrario a lo que estaba haciendo —. Tenemos el arma del delito.

El abogado levantó una ceja por una décima de segundo. Él no se dio cuenta. Fue involuntario.

—¿Qué dice? —preguntó riendo, desdramatizando.

—Su cuchillo de pesca submarina está camino del laboratorio de la científica. No tardarán en encontrar sus huellas y, sobre todo, trazas de sangre de la víctima, ¿verdad, señor Prats?

42

El hombre de los ojos de hielo se quedó congelado.

No pudo enmascarar la sorpresa que provocaron en su rostro las palabras de la mujer. La policía había dado con el arma del delito. Eso era lo más importante, eso era ganar un juicio. Tenían menos importancia las huellas, las cámaras y el resto. El arma del delito era la clave de todo el rompecabezas. Pero quedaban flecos.

—Un cuchillo de pesca submarina, con dos filos, uno liso y uno dentado, ¿tengo que seguir?

—¡No! —respondió, borde—. No hace falta.

—Sabe lo que implica…

—Sé perfectamente lo que implica ese cuchillo. Pero no podía desprenderme de él, ¿me entiende?

—No, no le entiendo, ¿me lo puede explicar?

—Ese cuchillo era de mi padre. Él me enseñó a navegar, a pescar a pulmón, a amar el mar. ¡No podía desprenderme de ese cuchillo! —gritó con los dientes y las mandíbulas apretadas—. No podía.

—¿Y por qué usó esa arma y no otra que podía tirar al fondo del mar y no lo culparía?

El hombre sonrió con amargura.

—Porque los cuchillos de ahora no cortan como ese. La composición mineral de ese cuchillo ya no la tienen las hojas de ahora. El cuchillo de mi padre, una vez afilado, corta hasta un ladrillo.

—Por eso cortó tan bien el pene, ¿fue solo un movimiento?

—Ni se enteró. Pasó el filo y se lo separó con inmensa facilidad. Como mantequilla —describió, y se quedó mirando a la mujer.

—¿Por qué lo mató?

Sonrió de nuevo. El hombre de hielo se miró las palmas de las manos como si buscara una respuesta en ellas.

—Llevaba mucho tiempo planificándolo. Ya no soportaba a Jordi ni a su jodida familia. Le allanaban el terreno y le daban todo lo que no se merecía. No merecía ser el Rey del Foro. Su madre, esa arpía, siempre le había protegido y mimado. Colocado en el bufete de la familia y con los mejores trajes, los mejores coches y los mejores casos, que se los hacía la mamá. Como el resto, como ya pasaba en el instituto y en la universidad. Jordi era un cazurro de campeonato. No daba un palo al agua. Todo le caía del cielo. Estaba cansado de ver cómo defendía la justicia cogido del brazo de la injusticia, ¿lo entiende?

Karla asintió.

—¿Por qué ese día?

Él rio un instante, recordando lo que iba a decir a continuación.

—Las fiestas… No, qué digo. Las bacanales eran una perversión desenfrenada. Chicas, drogas, sexo. Todas iban a él. Ninguna le duraba más de un par de orgasmos. A veces, ni eso. Todas querían ir con él en el Lamborghini. Se lo rifaban. Todas las que acudían a las fiestas soñaban ser su novia o, por lo menos, pasar un rato con él. Qué veían en él no lo sé.

—Claro, y para los demás, las migajas.

—Me entiende, ¿verdad? —Karla asintió—. Era insoportable.

—Por eso le cortó el pene y se lo aplastó. Por dos cuestiones: por desprecio a su vida sexual y… —dijo, alargando la espera adrede— para que los investigadores se centraran en un caso sexual o amoroso, ¿verdad?

—Me sorprende, cabo, es más inteligente de lo que pensaba. Bravo.

Karla miró hacia el cristal, al otro lado estaba Ana Cortés. Ella había sido quien había entendido toda esa situación. Las puñaladas no coincidían con el resto y los demás detalles.

—Si las investigaciones iban enfocadas a una agresión de carácter sexual o venganza amorosa, sería más complicado de resolver.

—En la policía tenemos gente muy cualificada. Y el Hotel Rex, ¿qué tiene que ver con todo esto?

—Las fiestas eran cada vez más desastrosas y molestas para el hotel. Dejábamos la habitación descompuesta; a pesar de las cifras que pagaba Jordi, no les salía a cuenta. Yo tuve la idea. De la salida, de la cámara, de salir con el

barco sin dejar rastro. Pero la cámara del restaurante no estaba cuando yo hice el estudio. ¡Esa cámara no tenía que estar! —confesó, y negó con la cabeza.

—¿Así que el hotel era consciente?

—Digamos que no. Les escribí de forma anónima. Hice una propuesta con unas condiciones y aseguré que se acabarían las fiestas. Tuve respuesta afirmativa y empezó el plan.

—Se ha destrozado la vida, señor Prats.

—No, la familia de Jordi nos la ha destrozado. Yo solo he puesto orden en la sociedad otra vez. Gente como esa no debería tener hijos, debería ser castrada desde la adolescencia.

—¿Se siente un héroe?

—Lo soy. Aunque a sus ojos no lo sea.

Karla asintió.

—Una última pregunta, señor Prats —dijo ella, ya con tono de acabar—. ¿Tan importante es ser el Rey del Foro?

El abogado la miró fijamente y, después de tragar saliva y meditar la respuesta, le dijo:

—A ver cómo se lo explico. Cuando nunca has sido nada y siempre te lo has conseguido todo a pulso, y los demás lo han tenido caído del cielo, llega un momento en que te agarras a lo que es tuyo, a lo que te toca, a lo que te mereces. Aproveché la ocasión de que Pau había aceptado un soborno para perder la causa. Era el momento perfecto. No podía esperar a otro porque no habría uno mejor. ¡Yo tenía que ser el Rey del Foro! ¡Yo lo merecía! ¡Yo lo he sido siempre! No, Jordi, *mimado*, Alemany. ¡Y ya lo había conseguido! Si no hubiera sido por vuestra culpa, por una vez que hacéis bien vuestro trabajo…

—Claro. Y, además, se sabe el refrán: a rey muerto, rey puesto. Pero no ha sido así, Prats, no le ha salido bien la jugada —concluyó, y se levantó de la silla —. Buenas noches, señor Prats. No hace falta que le diga sus derechos, porque ya los conoce de memoria y sabe qué viene ahora. Suerte, la necesita. —Y se fue de la estancia.

Entró en la sala del cristal, donde se podía ver y escuchar el interrogatorio. Álex estaba aplaudiendo desde el otro lado de la pantalla.

—Enhorabuena, Karla. Tú y Ana lo habéis conseguido, sois unas *cracks*. Este es el claro ejemplo de que me puedo ir de vacaciones y el chiringuito no se

cae —dijo el sargento.

—No te líes, tú recupérate, que esta comisaría necesita tus gritos de nuevo —respondió Karla.

—¿La comisaría? ¿Tú no? —preguntó él.

—Bueno, es un decir. Claro.

Ana Cortés, que sujetaba el teléfono, le apoyó la mano en el hombro. Tenía cara de felicidad mezclada con admiración.

—Enhorabuena, Karla.

—Sin ti, no habría sido posible, ni tan bien ni tan rápido —replicó Karla.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ana.

—Pues yo creo que nos hemos merecido unos días de descanso —dijo Karla, y bufó cansada.

—¿Y él? —quiso saber Ana, señalando al asesino.

—Pues a él le queda un calvario. A pesar de que te voy a decir, en *petit comité,* que Barcelona no echará de menos a esa pieza de Jordi Alemany. Pero esto yo no lo he dicho —susurró Karla, mirando al hombre de hielo que se había quedado impasible en la silla, como un autómata que espera órdenes del amo.

—¿Te vienes a casa? —dijo Ana.

—Sí, necesito dormir en una cama de verdad y una ducha.

—¡Eh! Que te dejé dormir conmigo, ¿no es esa una cama de verdad? —respondió Álex, aún por teléfono.

Karla puso los ojos en blanco.

—Luego te llamo. *Ciao, ciao*. —Y colgó—. Karla, también necesitas una cena como Dios manda. Javier ha preparado pollo al horno con patatas.

—Me encanta cómo cocina Javier —comentó, y se fueron.

Las dos mujeres dejaron la comisaría con el asesino de Jordi Alemany a disposición del juez y del fiscal. Al día siguiente, prepararían el informe para que pudieran seguir los trámites del juicio y los eslabones siguientes.

Mientras, Pau Gilabert, a pesar de que había destrozado su carrera, salía esa misma noche del cuartelillo.

Las dos investigadoras del caso se marcharon contentas a casa. Mientras el taxi las acompañaba a casa, Karla pensó en todas esas pobres mujeres a las que esa familia y, más en concreto Jordi, les había cambiado la vida a peor. Tener la

vida marcada por gente así tiene eco el resto de la vida. Solo mujeres de carácter fuerte podían superar esas secuelas físicas y psicológicas. Karla se sintió afortunada de tener una familia normal y que no había caído en la trampa de fiestas como las que montaba Jordi Alemany.

A partir de ese momento, el Lamborghini verde ya no pasearía con superioridad por las calles de Barcelona, y sus fiestas ya no se celebrarían. Pero la perversión humana no se había extirpado de la ciudad y seguro que antes o después se volverían a celebrar.

Mientras su gato Rocky le ronroneaba en el sofá, miró la ciudad desde la altura del piso de Ana. En las vistas que tenía, pensó que antes o después el refrán se cumpliría: a rey muerto, rey puesto.

43

Un jueves después.

Barrio de Sant Andreu de Barcelona.

Juan Medina había aparcado el coche.

Se estaba dirigiendo hacia un garaje al que iba todos los jueves a esa hora. Después de cenar, se iba a ese lugar donde se encontraba con gente. No gente normal, gente como él.

Todos tenemos nuestros vicios, decía la canción.

Juan aparcó y caminó los cientos de metros que había entre el coche y el garaje. En ese barrio de Barcelona, había poco aparcamiento y encima, muchas veces, encontraba rayajos en los laterales de su vehículo o pequeñas abolladuras que horas antes no estaban.

Tocó la reja y la subieron.

El compañero lo saludó. Nada efusivo, solo un ligero gesto. Un casi imperceptible movimiento de barbilla.

Era un señor de su misma edad, gafas gruesas y pelo grasiento.

La mesa estaba lista. Esa noche estaban solo ellos dos en el club de ajedrez del barrio. Una partida rápida y de vuelta a casa, que al día siguiente se trabajaba.

Un garaje sin calefacción y con paredes grises. Algún póster colgado y unos sofás viejos a los lados. El club era un sitio donde todos podían ir y los socios mantenían con una cuota. Un lugar agradable si eras un cerebrito o un estratega que necesitaba desahogar sus propias ansias.

Al otro lado del tablero, Victorio, un socio del club desde hacía menos tiempo.

La partida, tal y como había imaginado Juan, fue más corta de lo habitual. Victorio era un jugador de los malillos del club, pero quería jugar y se tenía que dar oportunidad a todos, de enfrentarse a todos.

A pesar de que ese día su hija le había pedido que se quedara a ver una película con ella, decidió marchar.

Una vez acabada la partida, se despidieron y regresaron a sus domicilios.

Cuando dio la vuelta a la calle, hacia su coche, Juan se fijó en el portón lateral de una furgoneta de alquiler que estaba abierta, ligeramente corrida.

«Qué extraño, alguien se la tiene que haber dejado abierta», pensó.

Se dio la vuelta a ver si había alguien. Seguramente, sería alguien de una mudanza y volvería enseguida, un par de puertas más allá.

Pero la verdad era mucho más dura.

Cuando estuvo delante, la puerta se abrió de repente y un hombre lo arrastró dentro.

Un pañuelo mojado, colocado delante de la boca, lo convirtió en un corderito.

Juan era consciente pero manso.

Las paredes eran de madera, insonorizadas. En el techo, una mísera luz de cortesía estaba encendida.

Napoleón se quitó el pasamontañas.

Las pupilas de Juan se dilataron y sus esperanzas se desvanecieron.

Delante de Napoleón, se encontraba el único que se había opuesto a su elección casi unánime como director.

Miró al hombre, lo apuntó con el dedo y le dijo:

—Nadie juega con Néstor Luna.

EPÍLOGO

El dolor era intenso, cada día más.

Núria, la chica de la rehabilitación, le apretaba las piernas y le estiraba los músculos. Sin ese dolor, no habría vuelto a caminar y volver a la vida normal. Los días en hospital eran contados ya, estaba a punto de salir y apropiarse de su vida.

Álex tenía ganas de tener una vida normal, de superar el disparo que Clara le había arrojado y, en consecuencia, cambiado.

Karla era una incógnita en su vida, su corazón le decía que tenían que darse una oportunidad más. Una vida nueva juntos. Pero… ¿cómo? ¿Dónde?

¿Karla volvería con él?

Y, lo más importante, ¿sería el mismo policía después de lo que le había pasado?

Todas esas preguntas le venían cuando estaba bajo presión de la fisioterapeuta.

Esa mañana, mientras le estaba haciendo caminar, entró el juez Vila.

—Me alegro de verlo en pie, sargento —dijo el juez.

—No sabe usted bien lo que duele esto —replicó Álex, caminando de una forma que parecía un autómata.

—¿Tiene un minuto? —preguntó el juez.

—¿Núria, nos concedes cinco minutos? —pidió Álex.

—Que sean tres, que tenemos mucho trabajo —afirmó con el dedo apuntándolo, y se fue sin mirar al juez.

Una vez que cerró la puerta, el juez le dijo:

—¿Quiere sentarse?

—No, prefiero de pie, ¿qué ha pasado?

—Venía a darle las gracias. Sin usted, no habría podido encarcelar al asesino de mi sobrino.

—¿Yo? Yo estuve en la cama. Lo hicieron todo Karla y Ana.

—No sea modesto, usted las ha coordinado. En tres días, lo han resuelto, cosa que el otro equipo de investigación no fue capaz de hacer; no dieron palo al agua en muchos días.

—Bueno, digamos que fue una cuestión de suerte —insistió Álex.

—No hace falta que me convenza, no soy juez por nada. Pero sin vosotros, no habría sido posible. Gracias —afirmó, y le estrechó la mano—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No, nada, gracias. Ha sido un placer conocerle —mintió con descaro, ya que en su interior pensaba otra cosa—. Hasta la próxima.

—Hasta la próxima, Álex Cortés. Si necesita algo, sabe dónde encontrarme —confirmó.

—Espere, ya que lo dice, necesitaría dos cosas.

El juez Vila se detuvo, ya a punto de marcharse, y se acercó de nuevo, arrugando las cejas.

—Dígame.

—¿Conoce los Pachi-Chachi?

—¿Debería?

—No, la verdad es que no. Es un grupo de música que toca esta noche en el Palau Sant Jordi. Al informático que consiguió encontrar la imagen de Prats, le gustaría ir a verlo. ¿Sería posible que se consiguieran dos entradas? ¿Aunque fueran en el peor puesto o en el guardarropa?

El juez sonrió.

—Miraré lo que puedo hacer. ¿Y la segunda?

—Mi hermana. Va a escribir un libro sobre su historia, necesitaría su visto bueno.

—Está bien, mándeme un borrador y le echaré un vistazo. No le prometo nada —claudicó con las manos levantadas.

—Y una entrevista para el libro —añadió, espontáneo, y se dio cuenta de que era demasiado pedir eso, pero ya lo había hecho.

—Me voy sargento, esto se está desvirtuando —indicó, y se marchó sin más.

Álex sonrió y se sentó en la cama. El cansancio aún le podía. Pero hacía poco ni siquiera soñaba con levantarse de la cama.

Sintió la misma paz que tienen los justicieros o los *cowboys* cuando se acaba una película americana: con la tranquilidad de haber puesto de nuevo orden en la ciudad.

La pregunta que ya le surgía, y lo había atormentado sin dejar que del todo pudiera saborear el logro, era: ¿hasta cuándo?

¿Hasta cuándo no tendremos otro asesinato?

¡ADELANTO GRATIS!

La serie del sargento Álex Cortés continúa con:

Piscina para la muerte:

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la próxima investigación de Álex Cortés, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO SIGUIENTE NOVELA

Era una noche de chicas.

La idea la había tenido la forense cuando conoció a Ana Cortés.

Había propuesto ir una noche a cenar las tres: Ana Cortés, Karla Ramírez y ella, Alba Guevara.

Una noche de chicas y de diversión.

Habían tardado un par de meses en sincronizar agendas para cenar las tres juntas.

Habían elegido un restaurante a las afueras, en una urbanización alejada, porque decían que en ese local hacían las pizzas muy buenas.

Italianos auténticos, como los que ya no hay, le habían dicho a Karla. Así que fueron a la pizzería perdida por las colinas de los alrededores de la ciudad.

Un plan diferente en un lugar distinto. No el típico restaurante bonito y elegante o una franquicia cara. No, algo diferente. Un local reciclado de decenas de otros restaurantes cerrados. Una pared blanca, otra roja y otra verde. Hortera, auténtico, horrible, bajo ciertos puntos de vista.

—Mucho aceite picante para la señorita. Claro —dijo el camarero con un marcadísimo acento italiano.

De aspecto del sur, pelo largo, bronceado y con la camiseta una talla menos de la que tocaba. Gesticulaba y hacía un espectáculo cuando hablaba o servía en las mesas.

—Este tío está buenísimo —comentó Alba mientras se desabrochaba un botón de la camisa—. A ver qué hace ese chico con esto.

Debajo de la camisa negra, se atisbaba un sujetador rojo fuego, como su carácter.

Las otras dos mujeres rieron.

—¿Qué pretendes hacer? Estás casada —rio Karla.

—Ya lo sé, pero ese muermo nunca me toca. Y necesito… —comentó con pasión— a un italiano en mi vida que me vuelva a encender y que me dé un par de repasadas a mis tuercas.

El camarero la iba mirando y riendo a cada cruce de miradas.

—Ya te dije que sería muy guay una cena las tres —dijo Karla.

—Esto me parece más un *tupper sex* que una cena —replicó Ana.

—¿Qué diablos es un *tupper sex?* —preguntó Alba.

—¿Nunca has estado en ninguno? —exclamó Ana, dándose cuenta de que era una pregunta retórica—. ¡Tenemos que hacer un día entre nosotras! Mira, es una reunión de amigas, pero en lugar de hablar de recetas o chismorreos, te presentan juguetes y productos sexuales… ¡Ya me entiendes! Viene una experta, te lo explica todo, te ríes un rato y, al final, si te interesa algo, lo compras. Es divertido y aprendes cosas que no sabías que necesitabas.

—Ya que lo dices, tengo una amiga que hace eso del *tupper sex* y es fenomenal. Lo hicimos con amigas y nos meamos de risa —dijo, y luego rectificó—. Bueno, nos encendimos tanto que tuvimos que volver a casa a… ya sabes.

Las tres volvieron a reír.

—¿Y tú, al final qué vas a hacer con Álex? —preguntó Alba a Karla.

La mujer se puso colorada. El camarero llevó la botella del aceite picante y la forense lo miró intensamente y sacando pecho, nada disimulada. Él hizo como que no veía y regresó a la barra aireándose. Luego, señaló a la mujer desde allí, hablando con el pizzero. Rieron, y lo vio solo Karla, que los tenía de cara.

La forense vertió el aceite picante en la *pizza* con osadía, sin haberlo probado. La *pizza*, de un tamaño desproporcionado, era de masa fina y para dos personas. Cuando la mujer le dijo que eso era enorme, el chico transalpino le hizo un gesto con los dedos, en forma de piña, y le dijo que eso era la *pizza* auténtica, el resto eran tonterías. Eso a ella la derritió y encendió al mismo tiempo.

—No lo sé, veremos —dijo Karla—. Han pasado demasiadas cosas en pocos días como para poder tomar decisiones.

—Ana, ¿tú qué opinas?

—Yo creo que tienen que ser felices, juntos o separados…

—Ana, venga, mójate. No nos sueltes una respuesta de psicólogo criminalista.

Ella sonrió. Acabó de tragar el bocado y miró a las dos compañeras.

—Yo creo que están hechos para vivir juntos. Son una pareja perfecta, solo que, bueno, las circunstancias no han sido las más apropiadas —soltó.

—Bueno, pues por la felicidad de Álex y de Karla —propuso la forense con un tono casi amargo mientras levantaba la copa de vino.

Las otras la imitaron, las copas se tocaron y luego bebieron.

—Este lambrusco está como el camarero: de vicio —dijo la forense.

—Alba, yo creo que tienes un plan secreto y es emborracharnos.

—No, qué va. Una noche de chicas hay que celebrarla por todo lo alto. Mañana será otro día… —comentó, y la lengua ya empezaba a fallar.

Después de comerse la *pizza*, pidieron unos tiramisú y abandonaron el restaurante italiano. Cuando ya estaban en el aparcamiento, Alba hizo como si se hubiera dejado dentro algo y regresó. De forma poco disimulada, le dio una nota con su teléfono personal al camarero. Le hizo un guiño y salió.

Las otras dos mujeres hicieron como si nada.

Caminaron hacia los coches, que estaban aparcados en un aparcamiento de tierra.

—Bueno, chicas, ¿repetimos esta noche? —preguntó Alba—. Me ha gustado esta *pizza*, podemos venir incluso aquí la próxima vez.

—A ti no te ha gustado la *pizza*, sino el camarero —dijo Karla, y luego, con Ana, se rio.

—Bueno, digamos que el servicio es importante y aquí es muy bueno. Excelente elección.

—Chicas, yo no tenía que haber comido postres. Tengo la barriga llena e hinchada. Si me voy a dormir ahora, se me quedará la digestión a medias —dijo Karla—. ¿Me acompañáis a caminar un poco?

—¿Aquí? —preguntó Alba, mirando a su alrededor.

—Nada, Alba, aunque sean dos pasos.

—Vale, venga, vamos —dijo Ana, mirando a Alba.

Las tres volvieron a cerrar los coches y comenzaron a caminar hacia la misma carretera por la que habían venido, es decir, la única iluminada de la urbanización.

La zona era silenciosa y oscura. Las casas que estaban en los laterales eran la mayoría de segunda residencia o bien humildes. No había ni un coche por la zona.

—Muchas gracias. No estoy acostumbrada a comer tanto —dijo Karla.

—No te preocupes, te entiendo, nos vendrá bien digerir el lambrusco y el tiramisú —coincidió Ana.

—No es por ser un poco aguafiestas, pero ¿sois conscientes de que, si alguien aparece y nos hace algo, nadie sabe dónde estamos? Y aunque gritemos, no creo que haya muchas personas que nos puedan rescatar —comentó con un tono algo asustado.

—En eso estoy de acuerdo con Alba. Sería mejor volver lo antes posible —confirmó Ana.

—Aunque, si lo pienso bien, si aparece un hombre guapo, que me rapte primero a mí… —bromeó Alba.

Al decir eso, Karla se detuvo. Miró hacia la izquierda, donde había un edificio que parecía abandonado. La oscuridad envolvía a toda la estructura, que parecía a medio hacer.

—¿Lo habéis oído?

—No hagas bromas, Karla —regañó Ana.

Karla se acercó a la reja. Al otro lado, un matorral anticipaba una estructura de hormigón similar a una estación de autobuses. Altas columnas cubiertas por placas de hormigón apoyadas. Una higuera y un agujero enorme.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Karla.

Intentó agudizar la vista y se quedó de piedra.

—Ostras, ¿lo habéis visto? —volvió a decir, pero esta vez en voz baja.

—Karla, si quieres asustarnos, lo estás consiguiendo. No es el lugar para hacer bromas, joder —dijo Alba, ya seria.

—He visto a alguien. ¿Quién narices viene a este sitio de noche y encapuchado? —murmuró, y siguió el perímetro del terreno vallado hasta la entrada.

En la precaria puerta, típica de una obra a medio hacer, había un cartel: «Piscina Municipal. Fecha de inauguración: 2012».

Karla, sin esperar a que las demás la ayudaran, comenzó a trepar por la reja y saltó al otro lado, aterrizando entre arbustos secos.

—¿Te has vuelto loca, Karla? ¡Vuelve aquí! —la llamó Ana.

—Dejadme echar un vistazo —pidió Karla al mismo tiempo que sacaba de la funda la pistola.

Luego, encendió la linterna del móvil y se hizo paso entre la maleza.

—Ahora vengo —susurró casi sin que las compañeras pudieran escucharla.

—Suerte que no había digerido —refunfuñó la forense.

Caminó apartando ramas y evitando zarzas. El terreno estaba lleno de ruinas y hierros que sobresalían, resultado de una obra abandonada y peligrosísima.

Su corazón empezó a latir más fuerte, no por la digestión pesada, sino por el miedo.

¿Qué hacía un hombre en ese lugar con una capucha?

Karla tuvo un presentimiento, una sensación, un temor.

Cuando llegó a la boca del agujero, vio cómo unos andamios impedían ver a través. Así que siguió el perímetro, entre columnas de hormigón que sujetaban un techo que daba la sensación de que podía caer en cualquier momento.

Dio la vuelta al otro lateral del edificio y miró hacia dentro, hacia el agujero, hacia el abismo. Ese era el lugar donde había visto al encapuchado irse.

Se giró, miró si podía seguir allí. La maleza cubría la zanja. Podía estar detrás de los arbustos. Mirándola. Sintiéndola. A punto de saltarle encima.

No le gustó lo que estaba sintiendo en ese lugar, no era miedo, era terror, era olor a putrefacción.

Se giró e iluminó el fondo de lo que tenía que ser una piscina. Entre las aguas oscuras, apareció una alfombra enrollada. De la parte superior, salía una mata de pelo y quizá una mano. No tuvo dudas, era un cadáver. Tenía que avisar para que llegaran refuerzos, a lo mejor estaban a tiempo de detener a ese hombre encapuchado. Tenía que irse, estar allí era demasiado peligroso.

Entonces, cuando decidió irse, escuchó una rama romperse detrás de ella.

A Karla se le congeló la sangre.
Alguien estaba detrás de ella.

¿Te ha gustado?

Descubre “PISCINA PARA LA MUERTE”, la siguiente entrega del inspector Álex Cortés.

IR AL LIBRO

Una piscina abandonada llena de cadáveres. Un asesino en serie que actuó durante años sin levantar sospechas. Una cuenta atrás contra el tiempo para salvar a la última víctima.

Barcelona es el coto de caza de un nuevo depredador, que se convierte el objetivo de la policía.

La Comisaria de Travessera de les Corts recibe el encargo de resolver el caso.

¿Lo conseguirán identificar y capturar antes de la siguiente víctima?
Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos llenos de suspense e investigación, no podrás dejar de leer *Piscina para la muerte*.

IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este

código:



MIS OTRAS NOVELAS

Serie El Forense
RESUMEN DE LA SERIE:

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

La serie de **El Forense**, protagonizada por el médico **Fosco Merrell,** resuelve en cada novela un caso que nace con una autopsia. Junto a la tenaz inspectora **Olivia Wolf,** realizan investigaciones a contrarreloj para resolver enigmas que entrelazan sucesos del pasado y peligrosas luchas entre mafias.
Las investigaciones están ambientadas en **Akeron City**, una ciudad oscura y lluviosa donde la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción.
El Forense es un thriller policíaco que te mantendrá enganchado, página a página.



El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey

Serie Gildo Falcone
RESUMEN DE LA SERIE:

La vida es incierta; cómete el postre primero.

La serie de **Gildo Falcone**, protagonizada por el inspectro chef **Gildo Falcone,** resuelve en cada thriller culinario un caso que nace con un asesinato relacionado con la cocina o la cultura italianas.
Con los consejos y ayuda de su madre, su mentora en la cocina y en la vida, resuelve los casos con astucia y deducción analítica.
Las investigaciones están ambientadas en **Roma**, la ciudad eterna que Gildo surca con su inseparable Vespa Primavera 125 de color rojo.
Los ingredientes de la serie de Gildo son crímenes, italianidad, humor y cocina.



Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza

Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie Bruno Malatesta

RESUMEN DE LA SERIE:

Antes o después, el pasado llama a la puerta… y lo hace con fuerza.

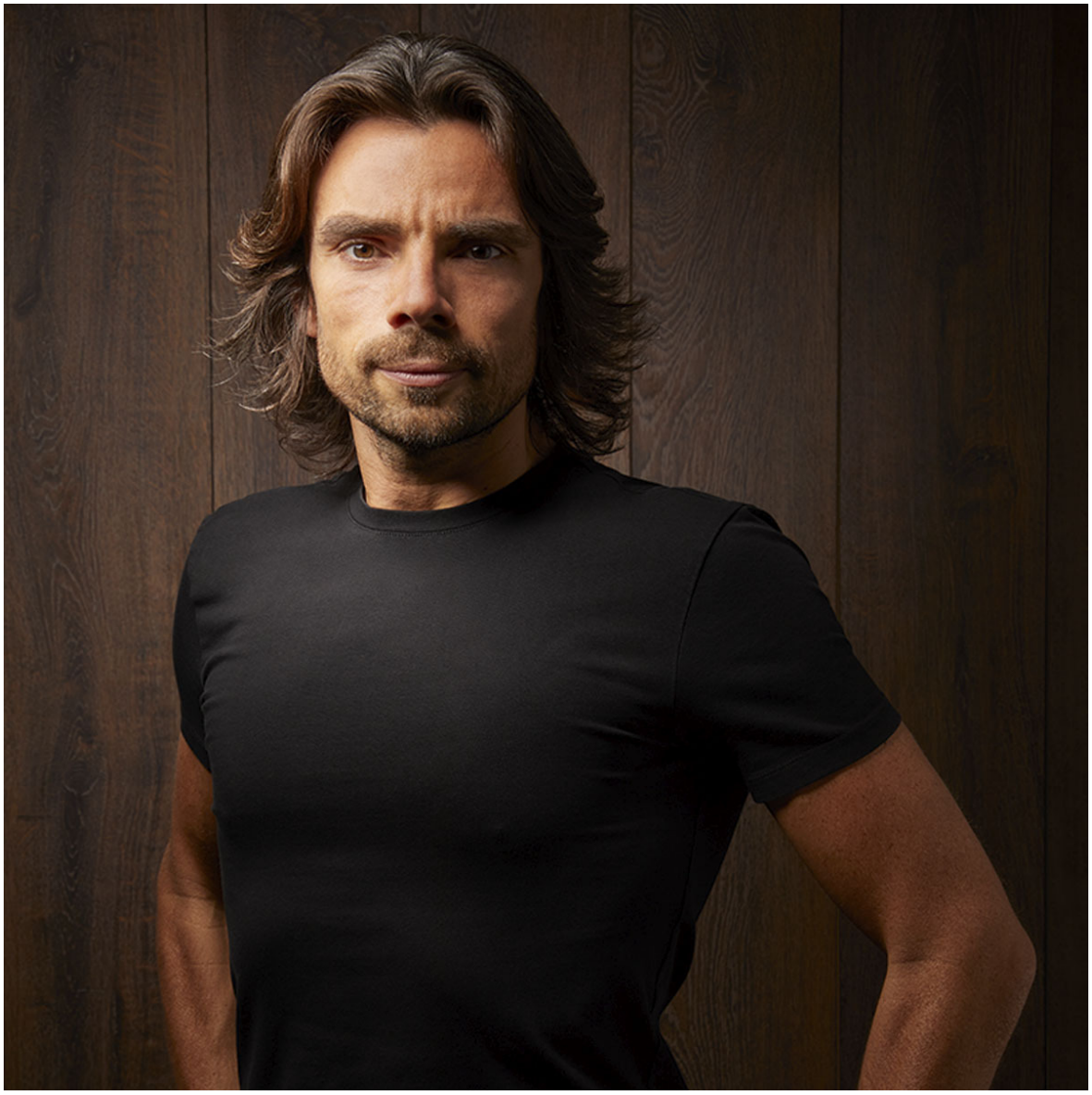
La serie de **Bruno Malatesta**, protagonizada por el famoso mecánico de coches de carreras **Bruno Malatesta**, en cada investigación trata un caso que nace con un asesinato, un robo o un secuestro relacionado con el mundo de los motores. Acompañado por la sorprendente Rita De Angelis, resolverán los casos con astucia, deducción y mucha velocidad.



El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector, me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta,** protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava.*

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

También comparto con Pablo Poveda el Podcast LA COSA MEDITERRÁNEA, donde hablamos de escritura, de novelas y sobre todo de lo que hacemos cuando no escribimos.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Lista de obras:

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte

Última Salida

Serie Gildo Falcone

Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie El Forense

El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey



Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis

novedades cuando las publique:

